Sophie Saint Rose

Por Nuestro Bien



Por nuestro bien

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo

Capítulo 1

—Karen, ¿has terminado con eso?

La pregunta de su madre le hizo levantar la vista de la caja donde estaba metiendo los libros y la miró con sus preciosos ojos azules entristecidos por la pena mientras se apartaba un mechón negro de la sien. Su madre suspiró acercándose. —Cielo…

—Lo sé, lo sé. Pero es que en cada sitio que miro, recuerdo mil cosas de la abuela. —Cogió un libro desgastado de tanto leerlo. —Le pedía una y otra vez que me lo leyera para dormirme.

Su madre sonrió sentándose a su lado sobre la alfombra y cogió el libro abriéndolo. —Puedes quedártelo si quieres. Puedes quedarte todo lo que te apetezca.

—¿Por qué tenemos que vender la casa?

—El barrio ya no es lo que era. Y la oferta es muy generosa, Karen. ¿Acaso vas a venir tú a vivir aquí? ¿Vas a dejar Nueva York y tu maravilloso trabajo? —Suspiró mirando el libro de nuevo y acarició su tapa. Su madre cogió su barbilla con suavidad y se la levantó para mirarla con sus mismos ojos azules. Los ojos de la abuela Karenina. —A veces hay que dejar cosas atrás para continuar con nuestras vidas. No la estás defraudando por seguir adelante.

—Sus cosas… —susurró con lágrimas en los ojos—. Tirar todo esto como si no fuera nada. Como si no fuera importante… Su piano. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —No puedo soportarlo.

Su madre asintió. —Vete a casa. Ya seguiré yo.

No podía consentir que su madre se ocupara de todo. Su hermano había tenido que regresar al trabajo después del funeral y no era justo que ella se encargara de empaquetar tantos recuerdos. Negó con la cabeza. —Queda mucho por hacer.

Su madre la besó en la frente. —Gracias, cielo.

—Lo siento mamá.

—¿Por qué?

—Porque si para mí es duro, para ti tiene que ser cien veces peor y no tengo derecho a decir nada.

Su madre reprimió las lágrimas y forzó una sonrisa. —Tienes derecho a decir lo que quieras porque la querías. Y ella te quería a ti. Con locura. —Se levantó en silencio y se limpió las lágrimas disimuladamente. —¿Acabas tú con el despacho del abuelo?

—Sí, mamá. No te preocupes. Yo me encargo. —Se metió un mechón de cabello negro tras la oreja, cogiendo otro libro de la estantería que tenía al lado.

—Los libros los donaremos a la biblioteca. Revisa que no quede nada importante entre las páginas. Sabes que la abuela a veces metía notas y no quiero que quede nada personal en ellos.

—No te preocupes. Ya lo estoy haciendo.

Cuando terminó la estantería que cubría toda una pared, suspiró porque la señora Mills, la encargada de la biblioteca se iba a poner muy contenta con las veinte cajas de libros que se donarían. Ella había apartado varios volúmenes para llevarse a Nueva York. Libros que había leído de adolescente y que de alguna manera le habían marcado. Decidió ponerse con el escritorio del siglo diecinueve, que su madre trasladaría a su casa porque había estado en la familia desde siempre. Se sentó en la silla y abrió el primer cajón para empezar a clasificar los documentos según su importancia, colocándolos sobre la superficie que su abuela pulía una y otra vez para que estuviera impecable. La mayoría de los documentos eran contables y facturas que su abuela había ido guardando a lo largo de los años. Apretó los labios al ver la factura del funeral de su abuelo doce años antes. Recordaba ese día como si fuera ayer porque había sido uno de los días más duros de su vida. Su abuela no dejaba de repetir que le echaría muchísimo de menos y que le necesitaba para seguir viviendo. Karen había intentado animarla y distraerla. Temió por ella porque tras perder a la persona que había compartido cincuenta y dos años de su vida, todos pensaban que no tardaría en

irse con él, pero su abuela les sorprendió saliendo de casa y apuntándose a las actividades de la parroquia.

Sonrió sacando un folleto del coro y rió leyendo una nota escrita por su abuela al final del papel. *"Esto no lo repito más. Qué vergüenza."*

Su madre entró en el despacho con un paño en la mano. —¿De qué te ríes?

—De esta nota de la abuela respecto al coro.

—Oh, Dios mío. Fue horrible. Cantaba como una grulla. Nadie quería decirle nada porque...

—Acababa de perder al abuelo y no se atrevían a decirle que cantaba fatal. Lo sé, me lo dijo por teléfono.

Su madre sonrió cogiendo el folleto. —Siempre hacía estas cosas.

—Una vez le pregunté por qué y me respondió que de esa manera no se cometía un error dos veces.

—Así que haces lo mismo.

Karen se sonrojó. —No es cierto.

—¿Cómo que no? Cuando fuiste a ballet aquella vez…

—Eso fue distinto.

—¡Escribiste en la suela de la zapatilla que ni se te ocurriera ponértelas de nuevo! —Su madre se echó a reír.

—¡Hice el ridículo! No tengo ningún ritmo. —Sacó un sobre que estaba amarillento y frunció el ceño al ver una letra preciosa en el remitente. Lo cogió con cuidado porque parecía muy frágil. —Mira esto.

—Oh, es una de las cartas de tu tatarabuelo —dijo su madre sin darle importancia—. Déjala en los documentos personales. Ya las revisaré cuando tenga tiempo.

Dejó caer la mandíbula sorprendida. —¿Qué?

—Sí, debe haber más por algún sitio. —Su madre se pasó la mano por su cabello castaño mirando a su alrededor. —Uff, cuanto trabajo nos queda todavía y tenemos solo cuatro días. Voy a seguir en la cocina. Cielo, ¿quieres llevarte los envases de cobre que tanto te gustan? —Distraída con la carta asintió. —Los meteré en una caja

aparte, pero te cansarás de limpiarlos y no usarlos nunca. —Salió del despacho y gritó desde fuera —¡Pediré una pizza! ¡Papá estará al llegar!

—Vale. —Giró el sobre viendo la dirección de la abuela y que iba a su nombre. Qué extraño. Si era de su tatarabuelo lo lógico es que se la enviara a su bisabuela, no a la abuela Karenina.

Al mirar el remitente se le cortó el aliento viendo un sello de lacre con un escudo. La letra del remitente ponía Lord Lapworth. ¿Lord? Sin creérselo del todo miró hacia la puerta mordiéndose el labio inferior. La curiosidad pudo con ella y sacó las hojas de su interior.

Estaba fechada el cuatro de abril de mil novecientos cuarenta y cuatro. Hizo un cálculo rápido y su abuela debía tener unos catorce años. Frunció el ceño. Estaban en plena segunda guerra mundial en aquella época. Era increíble que aquella carta estuviera en sus manos. Con curiosidad empezó a leer.

"Londres 4 de Abril de 1944

Mi querida Karenina

Envío esta carta a tu nombre con la esperanza de que llegue a tus manos y saber de ti, aunque al no tener noticias vuestras desde hace tanto tiempo, temo que ya no estéis viviendo en esa dirección o que haya ocurrido algo. Espero de todo corazón que os encontréis bien en estos duros momentos. Son tiempos difíciles para todos y temo por vosotros. Por favor si lees estas líneas, responde a la carta para saber que estáis bien. Se oyen cosas terribles todos los días y necesitamos saber de vosotros. Dile a tu madre que sé que hice mal, ¿pero no va siendo hora de dejarlo atrás? Yo lo deseo más que nada y me gustaría verla por última vez. Ya han pasado veinte años… Demasiado tiempo para no ver a un hijo. Dile que siento no haberla apoyado. Sé que seguramente no entenderás nada de lo que te estoy escribiendo, pero díselo igualmente, ¿quieres?

También quiero decirte que me gustaría haberte conocido. Me han dicho que eres igual que mi querida esposa. Y que tienes su

sonrisa.

Ahora me siento ridículo escribiéndote porque seguro que ni sabes quién soy y debería haber empezado por el principio. Soy tu abuelo, Karenina. Y me gustaría conocerte. No sé lo qué te habrá contado tu madre de mí, pero has de saber que vivo en Inglaterra, en una ciudad que se llama Londres. Espero que pase pronto esta maldita guerra y poder visitaros porque me he dado cuenta de que debo ser yo quien dé mi brazo a torcer porque la culpa fue toda mía. Debería haberlo hecho hace muchos años y te pido disculpas por ello. Espero que Dios me dé salud para poder pedirte esas disculpas en persona y ver esa sonrisa que mi corazón echa tanto de menos.

Te envío un abrazo enorme y dile a tu madre que la quiero y que la he querido siempre. Por favor contesta estas líneas, aunque solo sea para saber que seguís vivos. Y a ti, mi querida niña, deseo verte con toda el alma. Te envío otro abrazo enorme para ti y mis mejores deseos hasta que pueda encontrarme contigo en persona.

Lord Lapworth. Duque de Lounsbury."

Karen abrió los ojos como platos. ¡Un Duque!

Posdata. Si tenéis problemas y necesitáis poneros en contacto conmigo con urgencia, enviar un cable a la embajada. Ellos se pondrán en contacto conmigo cuanto antes e intentaré ayudaros en todo lo posible.

Sorprendida dejó la carta sobre la mesa. Tenían familia en Inglaterra y ella en la inopia. ¡Su tatarabuelo era Duque! Asombrada se levantó para salir del despacho y atravesó el hall para llegar a la cocina, donde su madre estaba rodeada de enseres decidiendo qué se quedaría. Levantó un jarrón de cristal tallado mostrándoselo. —¿Te lo llevas? La abuela me regaló uno muy parecido en mi boda.

—Mamá, ¿por qué nunca me dijiste que tenía familia en Londres?

—¿Crees que lo querrá Luke? —Hizo una mueca mirándolo como si no la hubiera escuchado. —No, a Luke esto no le va con esa casa tan moderna que tiene. Si fuera de diseño…

—¡Mamá!

Bufó dejando el jarrón sobre la encimera. —Hija, fueron cosas de mis abuelos. Y por mucho que pregunté, nunca quisieron contarme nada.

—¿Ni tu madre?

—Tu abuela no sabía mucho de lo que había ocurrido. Debió ser muy grave porque su madre no quería hablar de ello.

—Pero el Duque parecía muy arrepentido y…

La miró a los ojos. —Repito. Debió ser muy grave. Y doloroso para que mi abuela no quisiera saber nada mas de ellos.

—¿De ellos? —Dio un paso hacia ella asombrada. —¿Cómo que de ellos?

—No lo vas a dejar, ¿verdad?

—¡Pues no! ¡Parece mentira que no me conozcas después de veintiocho años, mamá!

Gruñó levantando una tetera. —¿Quieres las teteras? Hay más de cuarenta y todas son de porcelana.

—¡Mamá!

—¿Eso es que no?

—¡Quiero saber qué ocurrió!

—¡Pues no lo sé! —Se retaron con la mirada y Karen entrecerró los ojos cruzándose de brazos. —Pide la pizza.

—Por mucho que cambies de tema, me voy a enterar. ¡Y deja de hacerte la tonta! Sé de sobra que lo sabes porque eres más cotilla que yo todavía.

Su madre jadeó indignada. —¡Karen!

—¡Suéltalo de una vez!

—¡Tu abuela decidió dejarlo como estaba y yo no lo voy a revivir de nuevo!

—Muy bien. ¡Lo respeto, pero yo quiero saber qué pasó! ¡Por Dios, ni que fueran asesinos o algo así!

Su madre hizo una mueca y asombrada se llevó una mano al pecho. —¿Intentó matarla?

—No. —Suspiró yendo hacia la mesa de al lado de la ventana y se sentó. —No intentó matarla. —Apartó una jarrita de té y se la quedó mirando. —Ni sé por dónde empezar.

Se acercó a ella y se sentó a su lado. —Por el principio. ¿Cómo te enteraste tú?

—Escuché un día a mis padres hablando en su habitación. Esa tarde había llegado una carta de unos abogados de Londres donde le comunicaban que tenía propiedades en Inglaterra y que debían hacerse cargo de ellas. Un tema de impuestos o algo así. La abuela llamó para enterarse de qué ocurría. Como no pude escuchar la llamada, me acerqué a la habitación al oír a mis padres hablar.

—Continúa.

—Mi padre no podía ir a Londres, aunque ella insistía en que fuera él. Pero por trabajo mi padre no podía, así que llegaron al acuerdo de que mi madre fuera a Londres para arreglar la venta de las propiedades. Ahí fue cuando me enteré. Mamá fue a Londres y vendió todo lo que había heredado de su abuelo.

—¿Del abuelo? ¿No las heredó de su madre?

—Su madre no heredó nada, cielo.

—Pero si el Duque estaba arrepentido…

—Mi bisabuelo murió un año después de escribir esa carta. Seguro que al no recibir respuesta, decidió no dejarle nada a su hija porque temería que no se hiciera cargo de su herencia, ¿entiendes?

—Sí, así que le dejó propiedades a su Karenina. A su nieta.

Su madre sonrió. —Todas en la familia llevamos ese nombre.

—En recuerdo de la Duquesa.

—Exacto. Mi abuela la adoraba. —Sonrió con tristeza acariciando la jarrita.

—¡Mamá! —Su madre se sobresaltó llevándose la mano al pecho y mirándola con los ojos como platos. —¿Quieres ir al grano?

—Uy… ¡Cada día eres más neoyorkina!

—¡Gracias!

—Bueno, el caso es que le dejó las propiedades a mamá y ella lo vendió todo. Punto. No sé más.

—¡Sí que sabes! ¡Qué pasó para que tu abuela no le hablara a su padre!

—Eran otros tiempos.

—Eso ya lo sé.

—La posguerra de la primera guerra mundial. Según lo que escuchaba aquí y allá, el Duque tenía problemas económicos y…

—¿Y? —preguntó impaciente.

—Y la vendió.

La miró extrañada. —¿Cómo que la vendió? —Su madre apretó los labios sin responder y al darse cuenta de lo que quería decir se levantó indignada. —¿Cómo que la vendió?

—Fue un matrimonio de conveniencia. En aquella época se hacía mucho.

—¿La bisabuela se casó dos veces?

Silbó haciéndose la loca. —Creo que voy a pedir la pizza. Tu padre estará hambriento cuando llegue y necesita energías para mover muebles.

—Ah, no… Tú no te mueves de ahí.

—A ver... No sé los detalles, ¿de acuerdo? —Karen asintió. —Solo sé que necesitaban el dinero y que su padre la obligó a casarse. Ella se escapó después del matrimonio y vino a los Estados Unidos rompiendo con la familia. Aunque a veces tenía contacto con una prima suya que era como una hermana. Al parecer ella la ayudó a escapar. Nunca se casó con el abuelo porque estaba casada y ese matrimonio nunca se disolvió.

Karen dejó caer la mandíbula del asombro. —Me estás metiendo una trola.

—No. La abuela era hija del pecado. —La miró maliciosa. —Y a ella le encantaba porque decía que había sido hija del amor verdadero.

—Así que nunca contestaban a sus cartas.

—Nunca. Y la abuela tampoco respondió a la que has leído. Su abuelo murió un año después y no se volvió a saber nada hasta que los abogados se pusieron en contacto con ella años más tarde. Eso que yo sepa.

—¿Le preguntaste por qué?

—No sabía nada de esa carta, hasta que un día buscando un papel la vi en el escritorio. Recuerdo que estaba preparando mi boda y me la encontré. Como tú la leí y le pregunté a mi madre si había respondido. Me dijo que no porque su madre le había dicho que no lo hiciera, aunque cuando fue a vender las propiedades a Londres, había tenido curiosidad y se había puesto en contacto con esa parte de la familia, pero que no habían querido conocerla. Así que ni me molesté en saber más.

—Es lógico que no quieran saber nada después de tres generaciones.

Su madre chasqueó la lengua. —Eso es pasado y nosotras tenemos mil cosas que hacer para tener la casa lista para los nuevos propietarios. Así que mueve el culo. —Se levantó, pero como Karen se quedó allí sentada pensando en ello gimió. —Hija, hablo en serio.

La miró a los ojos. —Estaba arrepentido.

—Puede que sí. ¡Pero tenía que haberlo pensado antes de vender a su propia hija! ¡Y todo por dinero para salvar sus propiedades! ¡Antes de hacerle eso a un hijo quemaría la casa!

Karen sonrió y se levantó para abrazarla. —Es un alivio. —Su madre se echó a reír y la besó en la mejilla. —¿Ni por mil millones?

—Bueno, por mil…

—Muy graciosa.

—Incluso puede que por cincuenta.

—¿Ahora estoy de saldo?

—¿Un crucero por el caribe?

—Ja, ja. —Se apartó divertida y la besó en la mejilla. —De todas maneras, yo no diría que sí ante el cura, así que no cobrarías.

Su madre acarició su mejilla. —La abuela no tuvo más remedio que decir que sí.

Karen perdió la sonrisa. —¿Qué quieres decir?

—Su hermano le dio una paliza que casi la mata. Si no hubiera dicho que sí…

—¿Su hermano?

—Como te he dicho era otra época.

—¿Cuántos hermanos tenía?

—Solo un hermano. Su madre murió unos meses antes de la boda. Siempre fue algo enfermiza y en cuanto murió…

—Ellos vieron el camino libre para hacer con la bisabuela lo que les daba la gana —dijo indignada.

Su madre sonrió. —¿Pero sabes qué? Tengo una satisfacción enorme porque su hermano estiró la pata en un accidente con el coche dos años después de que ella se escapara. Sin descendientes para su título. ¿Y sabes quién lo heredó cuando murió el Duque?

—¿Quién?

—El hermano de esa prima de la abuela. Eso me dijo mamá cuando vi la carta.

—Vaya, es fascinante descubrir cosas así de tus familiares.

—El escritorio era el del Duque. —Su madre continuó con su trabajo.

—No fastidies.

—Se lo trajo la abuela de Inglaterra porque estaba en una de sus propiedades allí olvidado. Como el piano y varias piezas del comedor. El juego del escritorio de la vitrina del salón era suyo. Se lo dijo el administrador, que le había conocido.

—¡Pensaba que lo había comprado en algún mercadillo!

—Y hay varias piezas por la casa. El marco de encima de la chimenea, el de plata, también vino de allí. —Se volvió y frunció el ceño. —Y ahora que recuerdo… cuando mamá volvió de Inglaterra metió muchas cajas en el garaje.

Se miraron la una a la otra antes de chillar y correr a la puerta que daba al garaje. —Oye, yo primero —protestó su madre.

—Sí, claro. —Abrió la puerta que daba al garaje y gimieron al ver al menos cincuenta cajas. —Me había olvidado del garaje.

—Y yo. Hacía años que no entraba aquí.

El viejo Chevrolet del abuelo todavía estaba allí cubierto con una lona, pero ambas lo rodearon para mirar las cajas apiladas cuidadosamente. —Dios mío. ¿Qué vamos a hacer con todo esto? —preguntó Karen asombrada.

—Primero hay que ver qué hay en ellas.

Karen señaló una caja. —Al parecer aquello deben ser juguetes. Al menos eso pone la caja. Espero que no sean juguetes de otro tipo.

—¡Niña!

—¡Sí, después de las sorpresas que me dais no sé de qué te extrañas! Y no te indignes tanto. Como si tú no los utilizaras con papá.

Su madre se puso como un tomate haciéndola reír a carcajadas. —Serás cotilla.

—Lo he heredado de ti. Y al parecer de la abuela también, así que debe ser que lo llevamos en el ADN. Y la culpa es tuya que dejaste el vibrador encima de la mesilla de noche. No tuve que cotillear demasiado.

—¿Volvemos al tema por el que estamos aquí?

—Mamá, el sexo es algo muy natural.

—¿Quieres que te tire de las orejas?

Karen se echó a reír a carcajadas y miró las cajas poniendo las manos en jarras. —Yo por la derecha y tú por los juguetes.

—Hecho.

Capítulo 2

Mathew Harrison se pasó la mano por la frente y suspiró mirando a su alrededor. Habían sacado todas las cosas de las cajas del garaje para colocarlas allí. —Madre mía, la cantidad de cosas que tenía tu madre. Karen, deberíamos llamar al tasador. Esto son obras de arte antiquísimas.

—¡Mamá! —Karen sacó un montón de cartas de una caja y su madre las miró asombrada. —Son las cartas de tu bisabuelo. ¡Y están sin abrir!

Su madre se acercó sorteando varias cosas y se arrodilló a su lado mirando el interior de la caja. —Hay muchísimas.

—Al menos cien. —Sacó el resto de las cartas y vio una especie de diario abajo del todo. Se lo quedaron mirando fijamente antes de mirarse a los ojos. —Parece…

—Hija, deberíamos dejarlo así.

—Sí, ya. Lo que pasa es que quieres leerlo tú primero.

Su madre metió la mano y lo sacó con cuidado. —Cariño, son las dos de la mañana —dijo su padre agotado.

—Vete a la cama —dijeron las dos a la vez para ignorarlo mirando el diario.

—Ni hablar. Me quedo que sino no me entero. —Se sentó en el sofá a su lado. —¿Es el diario de tu abuela?

Su madre abrió la primera página y jadeó sorprendida. —¡Es el diario del Duque!

—No fastidies. —Karen estiró el cuello para ver que era cierto. Era su letra y fascinada vio cómo su madre pasaba la primera hoja. —La primera anotación es de mil novecientos dieciséis.

—El día que heredó el ducado —dijo su madre leyendo rápidamente.

—Cielo, lee en voz alta y así nos enteraremos todos.

Su madre empezó a leer los pensamientos del Duque y los dos escucharon atentamente cada una de sus palabras. Era un narrador maravilloso y Karen sintió que estaba en el siglo pasado viviendo aquella vida en plena primera guerra mundial. Expresaba muy bien lo mal que lo pasó la familia y como habían estado a punto de perderlo todo. Como se sentía aterrorizado por los suyos. Sobre todo por su adorada esposa, pues los medicamentos escaseaban y temía constantemente que se pusiera enferma. Los años pasaron y las alusiones a su única hija fueron frecuentes. Consideraba que era muy inteligente y estaba muy orgulloso de ella. Al contrario de su hijo, que era un caprichoso que se las daba de futuro Duque. Eso preocupaba a su tatarabuelo porque no consideraba que estaba preparado para heredar sus posesiones. Así que pensaba seriamente en dejar todo lo que no estuviera relacionado con su título a su hija. Pero una mujer en aquella época necesitaba un respaldo detrás. Un hombre con posibles para que las propiedades sobrevivieran a los gastos y los impuestos. Así que buscó un candidato adecuado para ella.

Su madre la miró asombrada. —Quería dejárselo todo a ella.

—Sigue leyendo, mamá —dijo impaciente mientras su padre roncaba en el sofá.

—Sigue tú. Es todo muy triste y sé que irá a peor.

Le pasó el diario y Karen siguió leyendo. Y fue a peor porque su amada esposa falleció repentinamente y eso destrozó a la familia. Su hija estaba tan apenada que no salía de sus habitaciones y su hijo después de perder a su madre, que era la única que le controlaba, empezó a beber en exceso. El Duque intentando seguir adelante buscó un marido adecuado para Karenina a espaldas de su hijo y consiguió que se conocieran. El Duque escribió que la merienda había ido muy bien. *"Ha sido amor a primera vista. Lo he notado en cuanto se han conocido."* Karen siguió leyendo impaciente y describió una reunión que había tenido con ella en su despacho. Le había dicho que se casarían antes de final de año y ella no se había

negado. Es más, estaba encantada y deseosa de ser su esposa. Su hija se había volcado en ese nuevo amor, saliendo del sufrimiento por la muerte de su madre.

—No entiendo nada —dijo su madre exasperada.

—Espera, seguro que nos enteramos ahora.

Siguió leyendo como el Duque le comunicó a su hijo esa boda en la cena de esa misma noche y como su hijo no había estado de acuerdo, alegando que no se fiaba de él.

—Ya llegamos al meollo. Ese cabrito…

Pero el Duque le dijo que la decisión estaba tomada y entonces llegó la fiesta de compromiso. Habían invitado a lo más granado de la sociedad Londinense que se había desplazado a Lapworth House, la residencia en el campo para celebrarlo. Por supuesto todo pagado por el futuro esposo que quería agasajar a sus invitados. Pero antes de la fiesta Karenina bajó con su vestido nuevo al despacho para mostrarse a su padre y escuchó la conversación que los tres tenían en privado.

—Otra cotilla.

—¡Mamá!

Su padre se sobresaltó abriendo los ojos. —¿Qué? ¿Qué?

Ambas pusieron los ojos en blanco antes de que Karen continuara leyendo. Karenina escuchó como llegaban a un acuerdo para que Martin pagara los impuestos de las propiedades y algunos arreglos que se debían hacer. Ella entró en el despacho y preguntó enfadada que si se casaba con ella por las propiedades del Duque y se montó el lío porque su hermano comprendió que pensaban dejarle las propiedades a ella. El Duque no supo por dónde salir al conflicto y le dijo la verdad a su hijo.

—La leche. Ahora sí que se monta.

El Duque relató como parecía que su hijo lo comprendía. Aunque estaba algo disgustado, su carácter despreocupado le hizo ver que no podría mantener todo el patrimonio y viviría mejor sin él. Martin habló con su prometida y le dijo que mantendría el legado por ella porque a él no le interesaba en absoluto. Y Karenina lo comprendió.

Más tranquila y enamorada asistió a la fiesta donde todos disfrutaron de una noche deliciosa felices por los novios. Pero esa noche el hijo del Duque medio borracho entró en la habitación cuando estaba dormida, dándole una paliza que por poco la mata y aterrado el Duque lo envió a Londres por el escándalo si alguien se enteraba. Su prometido quiso denunciarle a la policía, pero el Duque le rogó que no lo hiciera. El ducado se vería empañado y Karenina se sintió traicionada. Por los dos. Lo había visto en sus ojos y al Duque se le había roto el corazón. Ella quiso suspender la boda y su prometido intentó que entrara en razón, pero dolida se negaba a casarse con un hombre que no la protegía por el que dirán. Entonces después de mil negativas durante su convalecencia, su prometido mostró otra cara. Les amenazó con arruinarles como le dejara en evidencia ante todos, anulando el compromiso. El Duque creía que lo hacía porque estaba desesperado por perderla, pero obligándola a casarse, consiguió todo lo contrario. La perdió para siempre. Y él también. El Duque supo que había perdido a su hija el mismo día de la boda cuando llevándola del brazo ante el altar ni le miró una sola vez. Esa no era su hija. Era una desconocida que se mostraba fría y distante con todos. No sabía lo que había pasado en su viaje de novios, pero cuando se encontró de nuevo con ellos en Londres varios meses después, Karenina era cínica y altanera con todos. Intentó hablar con ella mil veces, pero siempre desviaba el tema a frivolidades como la ropa que su marido le había encargado en la modista o en cómo estaba decorando la casa de Londres. Preocupado por ella y por la brecha que era evidente en su matrimonio, habló con Martin, pero también se mostraba frío y distante diciéndole que como era su matrimonio era problema suyo y no de él. Se le rompió el alma cuando su sobrina llegó a su casa diciéndole que Karenina se había escapado dos noches antes y que Martin ni se había molestado en ponerse en contacto con él para saber si estaba en su casa. El Duque relató la desesperación por encontrarla y como padre e hijo hasta se habían peleado llegando a las manos porque su hermano se había reído encantado de su desaparición. No fue hasta dos años

después cuando su sobrina le comunicó donde estaba y que estaba bien. Para el Duque fue un alivio enorme enterarse, pues ya la daba por muerta.

No escribió demasiado por la muerte de su hijo, pero en sus pocas palabras se mostraba que casi estaba aliviado, aunque por supuesto estaba destrozado por su muerte. Eso le hizo recordar a Karenina, mencionándola a menudo a lo largo de los años, sobre como era su vida en los Estados Unidos según su sobrina. En su última anotación escribió:

"Cómo me hubiera gustado hacer las cosas de manera diferente. Pero mi vida se acaba y solo espero que cuando yo no esté y nadie me recuerde, tampoco quede el dolor que debo haber causado."— Los ojos de Karen se llenaron de lágrimas. —*"Solo soy un viejo que ha intentado hacer las cosas de la mejor manera posible para los que amaba y sé que muchas veces me he equivocado. Pero la penitencia de estos años ha sido demasiado dura. Estoy cansado. Muy cansado. Y solo deseo que Dios me lleve para ver a mi hermosa Karenina, que sé que me estará esperando. Cómo deseo estar a su lado. No hay nada que desee más que verla de nuevo."*

Cerró el diario y se limpió las lágrimas antes de mirar a su madre que también estaba llorando. —Pobre hombre —susurró apenada.

—Lo sé. —Dejó el diario en la caja con cuidado. —¿Crees que la abuela lo leyó?

—Claro que sí. No podría resistirse como nosotras a saber qué había pasado. Lo que me extraña es que no me lo hubiera contado.

—¿Cuándo te enteraste tú de la paliza de su hermano?

—Lo escuché aquella noche. Cuando la llamada a los abogados.

—Así que se lo había contado su madre.

—No lo sé, hija. Igual la abuela había retorcido la historia en su mente.

—Lo que está claro es que nunca le perdonó —susurró apenada mirando las cartas sin abrir.

—Igual temía perdonarle si las leía.

Dejó las cartas en su interior porque ya no necesitaba leerlas. —¿Crees que la bisabuela amaba a su marido?

Su madre la miró sorprendida. —Claro que sí. ¡Se adoraban! Se querían con locura. Eso lo he visto yo. Mis abuelos se amaban muchísimo.

—Es que no puedo entender que si amaba tanto a ese Martin…

—Sería algo pasajero que se le pasó en cuanto vio su otra cara. —Bufó mirando su reloj de pulsera. —Las cinco de la mañana. Menos mal que mañana es sábado y tu padre no trabaja. —Ambas le miraron y sonrieron al ver que seguía durmiendo con la boca abierta espatarrado en el sofá. —Nos acostaremos arriba en lugar de ir a casa. —Su madre se levantó estirándose la camiseta rosa que llevaba. —Hija deja eso para mañana. —Karen cerró la caja pensando en el Duque y apretó los labios con tristeza. —Karenina murió hace muchos años. Ya no puedes hacer nada.

Miró a su madre a los ojos. —Lo sé. Eso es lo que me apena.

—Es lo que tiene conocer varias versiones, que todos lo ven desde su punto de vista. Pero conocía a mi abuela y sé que si se fue, era porque no lo soportaba más. No era una persona cobarde, eso te lo aseguro. Ahora a la cama.

Vio cómo se acercaba a su marido y le acariciaba la mejilla con amor despertándole y como cogía su mano. Él en silencio se levantó dejándose llevar entre tanto trasto.

Suspiró levantándose del suelo y se fijó en un retrato antiguo que estaba sobre el aparador. Le llamó la atención porque no lo había visto nunca. Lo debían haber sacado sus padres cuando ella estaba distraída con una de las cajas. Se acercó con curiosidad y vio la foto de una mujer preciosa vestida de novia en los años veinte. Era en blanco y negro, pero la tristeza que había en sus enormes ojos era patente para quien la mirara. Tenía la cabeza ladeada e intentaba sonreír al lado de un hombre sentado en una silla. Era realmente apuesto y la miraba cogiendo su mano de manera delicada como queriendo que se volviera hacia él. Pero esos ojos… Esa tristeza era difícil de ocultar. Se le rompió el corazón sabiendo que era su

bisabuela el día de su boda. Sin poder evitarlo, su corazón lloró por lo que había provocado que su abuela escuchara aquella conversación en el despacho aquel día. Seguro que había estado muy contenta por su próximo matrimonio. Se la imaginaba llegando a la puerta del despacho para oír la conversación de los hombres y había creído que su prometido se casaba con ella por las propiedades, lo que ya sería un chasco. Unido a que su hermano le pegara dominado por la envidia y que ninguno de los que se suponían que la querían, la protegieran, se sintió sola y traicionada. Miró el rostro del tal Martin y en cómo cogía su mano. Para quien viera la fotografía parecería un novio como cualquier otro, pero Karen pudo sentir su desesperación porque su novia reaccionara y le mirara a los ojos. Se preguntó cómo habrían sido esos meses de matrimonio y seguramente habrían sido un infierno si ella se había ido. Miró sus manos unidas y una lágrima cayó por su mejilla sin poder evitarlo, porque estaba segura de que ese hombre también había perdido su corazón el día en que Karenina desapareció.

Sentada tras su escritorio en su despacho de Nueva York, se giró en su sillón para ver las luces de la ciudad. —Sí, mamá —dijo al teléfono—. He alquilado un trastero enorme y todo será trasladado allí. Ya he avisado a los de la mudanza.

—¿Estás segura? Podríamos venderlo…

—No me parece bien. Yo te pagaré lo que ha dicho el tasador. Te enviaré el cheque.

—Eso me da igual.

—Podrás irte a ese crucero que tanto querías —dijo divertida—. ¿Ya has firmado los papeles de la venta de la casa?

—Esta mañana. He llorado lo que no está escrito, pero ya está hecho.

Suspiró apenada porque no volverían a la casa de la familia y eso le hizo recordar que la había comprado su bisabuela cuando llegó a

los Estados Unidos. Frunció el ceño. —Mamá, la casa era de la bisabuela, ¿verdad?

—Sí. La heredó mi madre a su muerte.

—¿La compró de soltera?

—Cielo, estaba casada.

—Bueno, da igual. Pero si se fue de Inglaterra, ¿de dónde sacó el dinero para comprar la casa? ¿Y de qué se mantenía?

—Mi abuela nunca trabajó. Ni en casa. Siempre tuvo servicio. Una señora la ayudaba en las tareas de la casa. Y recuerdo que de pequeña tenía hasta cocinera. Pero es que mi abuelo era un hombre que ganaba dinero. Tenía una fábrica de papel.

—Pero no se fue a vivir con ella de inmediato, ¿no es cierto? Tendrían un periodo de noviazgo.

—No lo sé, cielo. Esos detalles nunca me los contaron. ¿En qué estás pensando?

—Ella tuvo que venir con dinero. Con mucho dinero, mamá.

—¿Crees que robó a su marido?

—¿Si no cómo iba a comprar una casa que en aquella época era una mansión? ¿Y mantenerse sin trabajar? Además del viaje que tampoco es barato.

—Ese Martin era rico. Seguro que le había regalado joyas.

—Sí, me imagino que sí.

—Tienes que dejarlo, cielo. Nunca vas a enterarte de lo que ocurrió.

—Claro que sí, porque mañana me voy a Londres.

—¡Karen! ¿Estás loca?

—Tengo vacaciones, así que me voy un mes a enterarme de lo que pueda. Ya te contaré.

—¡Es definitivo! ¡Tu curiosidad un día te va a meter en un buen lío!

Se echó a reír mirando la primera página del periódico en que trabajaba. —Me gano la vida metiéndome en la vida de los demás, mamá.

—¿Pero para qué vas?

—Quiero ver dónde vivían. Cómo era su vida y si conozco a la familia mejor. Sobre todo a la familia de esa prima. He investigado en internet y he encontrado un par de referencias del nuevo Duque y sé que es un señor retirado que en la actualidad vive en Londres. Le encontraré. —Su madre suspiró y Karen se echó a reír. —Lo que te pasa es que te mueres por venir y no puedes.

—Tu padre pondría el grito en el cielo.

—Te mantendré informada.

—Ten cuidado, ¿quieres?

—¿Acaso no lo tengo siempre?

—Te quiero. Llámame.

—Yo también te quiero. Y no te preocupes. —Colgó el teléfono y se levantó cogiendo su bolso para salir de su despacho. Se moría por hacer ese viaje después de darle vueltas durante dos semanas.

Al salir del despacho hizo una mueca al ver la redacción casi vacía. Estaba claro que tenía que empezar a tener vida social porque ni se había dado cuenta de la hora que era. Ahora que era redactora jefe podía permitirse liberarse un poco del trabajo y ese viaje era perfecto en ese momento. Conocería algo de Inglaterra y disfrutaría haciendo lo que más le gustaba que era el trabajo de investigación. Decía su madre que no se enteraría de lo que había ocurrido. Ja. Por supuesto que se iba a enterar. Como si tenía que despertar a los muertos para que se lo contaran ellos mismos, pero ella no se quedaba con la duda.

Caminó por el atestado pasillo que la llevaba a la ventanilla del registro civil e hizo una mueca al ver la cola. Mierda. Perdería toda la mañana. Sacó su acreditación de prensa colgándosela al cuello y se acercó a una mesa donde una chica de su edad estaba hablando por teléfono. —Disculpe…

La chica levantó un dedo interrumpiéndola, mostrando una uña pintada de rojo fuego y giró su silla para darle la espalda. Karen levantó una ceja mirando sus rizos rubios recogidos en una cola alta

y se cruzó de brazos escuchándola hablar de lo que había hecho ese fin de semana. Al parecer la película que había ido a ver al cine era un rollo y su cita besaba fatal. La había llenado de babas.

Karen chasqueó la lengua y miró el teléfono estirando el dedo y pulsando el botón que colgaba. La chica miró el auricular sorprendida antes de mirarla a ella. —¿Me has colgado?

—¿Eres funcionaria?

—¡Sí!

—Pues haz tu trabajo, guapa. ¿O quieres que yo haga el mío y cambie de opinión haciendo un extenso artículo sobre cómo los funcionarios se dedican a otras cosas en lugar de hacer su trabajo?

La chica se sonrojó mirando con sus ojos castaños la acreditación que tenía colgada del pecho y rápidamente colgó el auricular. —¿En qué puedo ayudarte?

—Ya me parecía. Necesito información sobre una boda de los años veinte.

—¿De mil novecientos veinte? —preguntó incrédula.

—Puesto que no hemos llegado al dos mil veinte creo que esa es la fecha correcta. Y no es exactamente en mil novecientos veinte. Puede ser desde el final de la primera guerra mundial hasta el veinticinco. Sí, creo que voy a abarcar toda esa franja para asegurarme.

—Esos registros no están informatizados. Debes ser más exacta y ponerte en la cola —dijo con burla—. Buena suerte.

—Bonita, creo que no me has entendido. —Levantó la grabadora que llevaba en la mano mostrándosela divertida. —¿Quieres que hable con tu supervisor de la conversación que tenías con tu amiga? —La chica palideció. —No, ¿verdad? Pues ya tengo ayudante para encontrar ese matrimonio. Así que mueve el culo.

La muchacha gruñó y le puso delante un block con un bolígrafo. —¿Nombres de los contrayentes?

—Oh, eso es fácil. Lady Karenina Lapworth y su marido sé que se llamaba Martin. Por eso tengo que encontrar el matrimonio para saber el apellido del marido.

—¿Solo eso? Oye, ¿sabes cuántos matrimonios se registran al año en este país?

—Muchos me imagino. Así que cuanto antes te pongas…

—¡No puedo justificar bajar al almacén sin una razón! ¡Entonces sí que se me caerá el pelo!

Se mordió el labio inferior mirando a su alrededor y pensando en ello. Sonrió teniendo una idea. —Ya sé lo que vas a hacer. Me vas a llevar hasta tu supervisor y yo hablaré con él.

—¿Y no le dirás nada de la puñetera llamada? —preguntó la rubita con desconfianza.

—Si te portas bien no diré ni pío.

Gruñó levantándose y le hizo un gesto con la mano para que la siguiera. Pasaron entre unas mesas y la llevó hasta una puerta golpeando con el puño un par de veces.

—Adelante —dijo una voz aburrida al otro lado.

Estaba claro que eran unos apasionados de su trabajo. Karen puso su mejor sonrisa para seguir a la chica al interior del despacho y el hombre que debía tener unos cincuenta años y estaba pasado de kilos al verla se levantó de su silla mostrando que estaba a punto de reventar la camisa.

—Isel, ¿qué ocurre?

—Pues…

—Soy Karen Harrison del periódico New York Herald Tribune y estoy haciendo una colaboración con el The Sun. ¿Usted es?

—Harry Kelby.

—¡Harry! Se llama como mi padre. —Sin pedir permiso se sentó mostrando autoridad. —Verá Harry… Estoy haciendo un reportaje sobre una mujer que emigró a los Estados Unidos en los años veinte y necesito cierta información de sus registros. Por supuesto pondré su nombre como colaborador al final del reportaje.

—¿Ha dicho The Sun?

—Sí, eso he dicho. Si me dice donde tengo que ir a mirar los registros, usted no tiene que encargarse de nada más que de darle permiso a Isel para que me ayude. Al parecer hay muchos

matrimonios que revisar. No le robaré mucho tiempo. Se lo aseguro. —Le guiñó un ojo.

—Pero para eso hay que rellenar impresos y…

—Vamos, no me haga perder el tiempo. Si quiere hago que mi jefe llame al suyo, pero nos llevaría al mismo sitio. A mí revisando los registros, que por otro lado son públicos y tengo derecho a ver. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Qué me dice, amigo? ¿Me ahorra un día de espera?

El hombre se pasó la mano por la nuca y bufó mirando su escritorio atestado de papeles. —Isel acompáñala.

—Sí, jefe.

Encantada se levantó extendiendo la mano. —Un placer hablar con usted.

Él retuvo su mano. —Pondrá mi nombre en el reportaje, ¿verdad?

—Por supuesto. E incluso le enviaré una copia.

—Bien. —Miró a su subalterna. —Vigílala. No quiero que lo descoloque todo. Los de archivos están al borde del motín.

—No se preocupe. Soy muy organizada. —Salió ante Isel que cerró la puerta. —Bueno, ¿hacia dónde?

—¿Siempre consigues lo que quieres?

—La mayoría de las veces. —Isel gruñó haciéndola sonreír. —Venga, no pongas esa cara. Lo vamos a pasar genial. ¿Necesitas un café?

Capítulo 3

Cinco horas después no habían conseguido nada e Isel murmuraba por lo bajo cada vez que pasaba una hoja.

—Te va a salir una úlcera —dijo distraída.

—Todavía vamos por el año veintitrés y me da que no vas a parar hasta acabar con la década.

—Si no les encuentro por supuesto que no pararé. ¿Están aquí todas las regiones de Inglaterra?

Exasperada Isel levantó la vista. —No fastidies.

—¿Qué?

—No tienes ni idea de dónde se casaron, ¿verdad?

—Pues no.

—¡Aquí solo están los de Londres!

—Ah… Bueno, de todas maneras, solo han podido casarse aquí o en la casa de campo.

—Vaya, pues es un alivio.

—Oye las investigaciones van así. Es aburrido, pero…

—¿Y a mí por qué me metes?

—Para que hagas algo distinto que no sea hablar con esa amiga tuya durante las horas de trabajo. —Le guiñó un ojo dejándola pasmada cerrando el volumen. —¿Hay otro del año veintitrés?

Isel cogió un volumen y se lo puso delante de malas maneras para coger el que había revisado y colocarlo en su sitio refunfuñando por lo bajo. —Igual tienes hambre. ¿Por qué no vas a pedir algo de comer? Yo invito.

—¿Por qué no me cuentas qué estamos haciendo?

—Buscar un matrimonio. Ya te lo he dicho —dijo distraída.

Isel se sentó ante ella mirándola fijamente. —¿Y por qué ese matrimonio es tan importante?

Suspiró porque al parecer Isel tenía tanta curiosidad en el tema como ella al principio. —Estoy investigando la vida de la esposa. ¿Le abandonó en los años veinte e intento averiguar el por qué y el cómo lo hizo?

—¿Se fugó con otro?

—No lo sé.

—Seguro que se fugó con otro.

Levantó la vista del volumen extrañada. —¿Por qué piensas eso?

—Porque en las novelas las damiselas de esa época siempre se fugan con jardineros y tíos así, huyendo de un matrimonio forzado. ¿Fue un matrimonio forzado?

Asintió mirando los ojos castaños de Isel que sonrió de oreja a oreja. —Pues ya verás cómo se fugó con el jardinero. Seguro que tenían sesiones tórridas en los establos de noche. —Abrió los ojos como platos. —Ella se escapaba en cuanto su marido se quedaba dormido para encontrarse con él en su lugar predilecto al lado del lago bajo las estrellas.

—Vivían en Londres.

—Cachis. Entonces era el mayordomo. O el cocinero. Una vez conocí a un cocinero por el que hubiera recorrido medio mundo.

—Estoy segura de que has conocido un montón de todo —dijo divertida.

—Como si tú fueras una santa.

—Te aseguro que mi vida sexual es de lo más aburrida. ¿Quieres seguir con los tomos? ¡No acabaremos nunca!

—¿Era hermosa?

—Sí —respondió exasperada volviendo a mirar el libro.

Isel suspiró. —Me encantaría vivir una historia así.

—Te aseguro que no es tan de color de rosa como lo pintan. Sino no se hubiera largado.

—Pero se escapó para ser feliz. ¿Fue feliz en los Estados Unidos?

Levantó la vista pensando en ello. Su madre le había dicho que había sido feliz viviendo con su bisabuelo y era una fuente fiable. —Sí, fue muy feliz.

—Me alegro. Consiguió lo que quería huyendo de un marido horrible.

—¿Por qué piensas que era horrible? Igual no se entendían.

—Sino no se hubiera ido. Solo huyes de lo que te hace daño. —Isel siguió revisando su tomo y Karen se la quedó mirando unos minutos pensando en ello. Tenía razón. Su bisabuela tuvo que sentirse muy mal o asustada para huir de lo que conocía. Debía temer algo o no lo soportaba más porque su madre le había dicho que era una mujer valiente. Y tenía que serlo para emprender una nueva vida en un país desconocido. Y sola. Tenía que averiguar qué era lo que había ocurrido porque tenía la sensación de que no solo huía de un marido exigente.

Después de comer pizza y cenar hamburguesas estaba a punto de dejarlo para el día siguiente cuando Isel chilló sobresaltándola. —¿Qué?

—Lady Karenina Anne Eleanor Lapworth contrajo matrimonio con Efraín Martin Kelderhouse el veintidós de mayo de mil novecientos veinticuatro en Saint James.

—Déjame ver —dijo emocionada levantándose. Isel le señaló la anotación y cogió el tomo leyéndolo una y otra vez.

—Él nunca se casó otra vez y no consta divorcio por ninguna de ambas partes.

—¿Cómo lo sabes?

—Tendría que venir anotado ahí. —Isel apuntó la referencia en un papel. —Ahora vamos al ordenador.

—Quiero una fotocopia del registro.

—Ahora te la hago, pesada. Vamos a ver si él tiene hijos y esas cosas.

—Genial.

La siguió hasta el piso de arriba y se sentaron en su mesa. Las instalaciones estaban vacías y cogió una silla sentándose a su lado.

Isel metió la referencia y el nombre de él en la base de datos. Ambas fruncieron el ceño al no encontrar resultados. —Qué raro.

—¿Por qué lo dices?

—No consta nada. Ni fallecimiento ni hijos…

—Tampoco consta su nacimiento.

—Eso no lo esperaba. Todavía están grabando los datos de esos años. Además, con las guerras mundiales se perdieron muchos datos, pero el fallecimiento debería estar ahí.

Karen apoyó la espalda en el respaldo de la silla. —Así que no murió en Inglaterra.

—No, este tío no murió en Inglaterra.

—¿Y si murió en la segunda guerra mundial?

—También debería constar. Los registros de fallecimientos en combate se llevaban a rajatabla para comunicarlo a la familia, ¿entiendes?

—Igual después de que Karenina se fuera, se mudó de país. Con la guerra…

Isel vio la decepción en sus ojos. —Lo siento.

—Bah, no pasa nada.

—Igual la buscaba y murió en otro sitio.

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Si huía de él… —Se encogió de hombros antes de apagar el ordenador. —Igual era uno de esos que no la quería soltar y la buscó hasta morir. Hay mucho pirado suelto.

—La obligó a casarse con él. Amenazó con arruinar a la familia si ella se echaba atrás con el compromiso.

—Pues ahí lo tienes. Ella escapó y el Martin este no se daría por vencido fácilmente si tanto la quería.

—Pero tenía propiedades. Era rico. ¿Quién se quedó con esos bienes?

Isel entrecerró los ojos. —Me da que mañana vas a visitar el registro mercantil.

—Eso es lo que estaba pensando.

—Si quieres te acompaño.

La miró sorprendida. —¿De verdad?

—Bah, le diré al gordinflón que seguía ayudándote con los registros. No se entera de nada.

—¡Estupendo! Pues nos vemos mañana en mi hotel. Me hospedo en el Regent.

Isel silbó. —Al parecer tienes pasta.

—No me digas que ahora me vas a pedir dinero.

—Yo mientras tenga el estómago lleno…

Karen se echó a reír. —Perfecto.

Estaba desayunando y masticando el croissant que le habían llevado los del servicio de habitaciones, mientras esperaba a Isel que al parecer no le gustaba madrugar. Miró su reloj de pulsera Cartier regalo de su abuela el día de su graduación. Hizo una mueca porque no se había preguntado en ese momento de donde había sacado el dinero. Nunca habían vivido mal. De hecho, siempre habían estado en una buena posición económica y la mansión familiar de doce habitaciones era buena prueba de ello. Pero siempre había creído que el dinero había salido de la venta de la fábrica de papel de su bisabuelo y que el dinero había sido bien invertido. Además, su padre era abogado y tenía un sueldo estupendo. Suspiró mirando el ventanal. Estaba claro que no podía haber estado más equivocada porque todo había salido de allí. Miró los papeles de la fábrica de papel que tenía sobre la mesa. Estaban a nombre de su bisabuelo Nathaniel Keenley y estaban fechados en diciembre de mil novecientos veintiséis. La fábrica se vendió en mil novecientos sesenta y la vendió él mismo antes de morir. Entrecerró los ojos mirando la firma de la venta. Su abuelo había sido médico, así que era lógico que la hubieran vendido si no pensaban seguir el legado familiar.

Llamaron a la puerta con fuerza y sonrió levantándose. —Al fin —dijo abriendo la puerta.

Isel estaba ante ella con unos papeles en la mano. —Listo.

Se los cogió mientras pasaba. —¿Cómo que listo?

—Tengo un amiguete… vamos, que es un follamigo, y ayer después de dejarte fui a verle. Pues Roy trabaja de vigilante de seguridad en el registro mercantil. Le he hecho un favor y me ha dejado entrar antes de tiempo. ¿A que soy la leche?

—¿Le has hecho un favor? —gritó cerrando la puerta.

—Ha sido un favor mutuo. Hacía tiempo que estaba algo estresada. —Descarada cogió un croissant y le dio un buen mordisco.

Asombrada miró los papeles de nuevo y vio que eran las propiedades que estaban a nombre de toda la familia. —¿Qué es esto?

—Era por si te ponías pesada. Después de que te fueras, investigué un poco en el ordenador de la oficina y saqué toda la información del Duque de Lounsbury, el padre de nuestra Lady Karenina. —Cogió su taza de café y bebió mientras Karen no salía de su asombro. —Bueno, pues ahí tienes el certificado de defunción. El de su esposa y su hijo fallecido en un accidente de automóvil en mil novecientos veintiséis. —Chasqueó la lengua. —Es que antes los coches eran un peligro. ¿Sabías que se abrían las puertas como si nada y salías despedido? Ahí tienes un recorte de prensa donde sale la noticia de su muerte. Fue mucha gente al funeral. Hasta la princesa. —Se sentó y cogió otro croissant. —Esto está buenísimo.

—No sé dónde lo metes.

—Quemo todas las calorías que consumo. Esa es la clave.

Atónita se sentó a su lado revisando los papeles. Era un trabajo impecable pues había ido tirando de todos los hilos. Sacó los papeles de las propiedades del primer marido de Karenina. —¿Lo vendió todo?

Isel asintió sin dejar de masticar. —En mil novecientos veintiséis. Dos meses antes de la muerte del futuro Duque. ¿A que es una coincidencia increíble? —preguntó irónica.

La miró asombrada. —¿Crees que lo mató él?

—Antes no había los avances forenses que hay ahora. Si se lo cargaron… No nos vamos a enterar.

Karen miró los papeles de nuevo e Isel no le quitó ojo. —¿Cuándo me ibas a decir que esa Lady es familia tuya?

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Cómo te has enterado?

—No me dijiste el número de habitación, Karenina —respondió con sorna—. Ha sido muy fácil descubrirte.

—¿Sabes que tienes facilidad para la investigación? Deberías plantearte cambiar de trabajo.

—No me hagas la rosca. Me has mentido.

—No te he mentido.

—Pues no me lo has contado todo.

—Eso es cierto.

—¿Qué buscas? ¿Tus antecedentes familiares o algo así?

—Quiero resolver un misterio. Solo eso.

—Pues si quieres que te ayude y como ves soy buena en lo que hago, me lo vas a contar.

—Es muy largo de contar.

—¿No me digas? —Se levantó para ir hacia la puerta.

—Está bien… —dijo reprimiendo una sonrisa porque era evidente que se moría por quedarse—. Pero necesito más café.

—Genial. ¿Qué tal si pides unos huevos con beicon?

—Pues menuda mierda de misterio. Para mí está muy claro. —Isel apartó su plato vacío como si estuviera decepcionada.

—¿No me digas?

—La primera Karenina se sintió traicionada por su prometido y su padre, así que se piró. Es simple.

—¿No crees que el Duque hizo algo más? ¿Algo tan grave que ella no pudo perdonarle jamás?

—Lo habría escrito en su diario, ¿no crees?

—Es que yo nunca dejaría de hablarle a mi padre si mi hermano me diera una paliza. Que ni se atrevería porque lo molería a golpes,

¿pero por qué tomarla con el Duque? ¿Por qué tener contacto con esa prima suya, que por otro lado se benefició de su desaparición y de la muerte del hermano de Karenina, y no perdonar a su propio padre? Era lógico y más en aquella época que se ocultaran ciertas cosas en las familias. Esos pecadillos que no debe saber nadie. Karenina estaba educada de esa manera. Tuvo que pasar algo más.

—¿Crees que su hermano la violó esa noche?

Karenina apretó los labios. —Se me ha pasado por la cabeza. ¿Eso tú lo perdonarías?

Isel negó con la cabeza. —No. Me iría para siempre y no miraría atrás.

—Creo que ocurrió algo así de grave. Algo horrible que ella no superó y que la rompió para siempre. Imagínate. Ni tu novio ni tu padre te apoyan en algo así y después tu novio temiendo perderte, te obliga a casarte provocando que la brecha entre los dos fuera más profunda. El Duque opinaba que cada vez era más fría y cínica.

—Una coraza para no sufrir.

—Exacto. Karenina se estaba protegiendo e ideó un plan para huir. Porque lo hizo con dinero y su prima la ayudó, estoy segura.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque fue en la única en que confió en los años posteriores.

—¿Y por qué crees que el Duque no visitó a su hija? Sabía su dirección porque la prima se había chivado. Podría haber ido a verla.

—En la carta a mi abuela dice que debe dar su brazo a torcer. Era un Duque. Educado para mandar. Igual no llevó muy bien que su hija desapareciera. Igual no quería mostrarle a mi bisabuela que ella tenía razón. Creo que la soledad y la vejez le enseñaron que había dado importancia a cosas que realmente no las tenían.

—Como el título y proteger su buen nombre. El buen nombre de la familia.

—Exacto. Sacrificó a su hija por el título. Karenina no se lo perdonó jamás y a su novio tampoco. —Se levantó y fue hasta la caja que había llevado a Londres. La abrió y regresó a su lado con algo en la mano tendiéndoselo a Isel.

Su nueva amiga suspiró de pena mirando la foto enmarcada de la boda. —Por Dios, se te rompe el corazón mirándola.

—Exacto.

Isel la miró a los ojos mientras se sentaba de nuevo a su lado. —Él la quería.

—¿Tú también lo has notado?

—Parece impotente. Como si no supiera qué hacer para llamar su atención.

—Eso mismo pienso yo. Creo que Martin la amaba, pero se dejó llevar por las circunstancias. Por el diario del Duque se notaba que era orgulloso. Igual se desesperó por su apatía. No debió saber cómo tratarla y lo único que consiguió fue perderla.

—Nunca vas a saber lo que ocurrió realmente. Lo sabes, ¿verdad?

—¡No me fastidies!

—¡Pasó hace casi cien años, Karen! ¡Todos los que vivían en aquella época estarán muertos o chochos!

—¿Chochos?

—¡Seniles!

—Ah.

—Ni el Duque fue capaz de escribir lo que ocurrió esa noche en su diario. Al menos no toda la verdad. ¡Seguro que no se lo contaron a nadie fuera de la familia!

—Porque no quedara escrito en un documento que pudiera ver cualquiera. —Volvió la vista a la caja. —Pero a su hija…

Ambas corrieron hacia la caja e Isel jadeó. —¿Eso son cartas?

—Las que le envió el Duque a su hija a lo largo de los años.

—¿Y no las has abierto, loca?

Hizo una mueca. —Es que me daba no sé qué después de leer el diario del Duque. Creía que ya lo había leído todo, ¿vale?

Isel cogió la primera. —Pues vamos allá.

—¡No!

—¡Puede que digan algo importante! ¡Debemos leerlas para saberlo!

—¡Lo que pasa es que te mueres de curiosidad!

—¿Y qué te ha traído a ti aquí, bonita? ¿Unas vacaciones?

—Pues en parte sí, sabionda.

—¡Ja! Necesitamos un abrecartas para estropearlas lo menos posible. Voy a recepción.

Suspiró mirando las cartas. Al parecer iba a ser la primera de la familia desde lo que ocurrió que las iba a leer. Esperaba que mereciera la pena.

Capítulo 4

Secándose las lágrimas dejó la última carta sobre la mesa. —Ya está. Ésta está fechada antes de la carta de la abuela.

—Pobre hombre —susurró Isel sentada a su lado—. Me da una pena enorme. Los perdió a todos y no hacía más que rogarle a su hija que regresara. Y ella nunca lo supo.

—Sí que es triste. —Guardó las hojas en el sobre y lo amontonó con los demás. —Años de ruegos de perdón para nada. Pero ni aun así se dio por vencido durante veinte años.

—¿No es raro que no mencionara el episodio en todas las cartas? Y nunca intentó justificar su comportamiento.

—Eso solo me confirma que debió ocurrir algo muy fuerte.

—Bueno, que te peguen una paliza de muerte ya es lo bastante grave.

—Eso es lo que sabía la abuela, pero vete tú a saber.

—¿Crees que ella le mintió a su propia hija?

—Creo que dijo lo que le convenía para que no hubiera más preguntas. Yo ni me hubiera enterado si no hubiera encontrado la carta que le envió a la abuela. —Isel se la quedó mirando. —¿Qué?

—¿Tu abuela te conocía bien?

—Claro que sí. Iba a su casa continuamente. Después de mi madre ella era la que mejor me conocía.

—¿Pues no es raro que no quemara la carta? Yo la hubiera metido en la caja con las demás y las hubiera quemado si no quería saber nada del asunto. Sobre todo, después de que todos los implicados la hubieran palmado y de haber liquidado las propiedades en Inglaterra.

Se le cortó el aliento. —¿Crees que lo hizo a propósito?

—¿Teniendo una nieta periodista? ¿Y después de que tu madre la hubiera encontrado en el mismo sitio? Yo no cometería ese error dos veces.

—Ella nunca cometía el mismo error dos veces. —Le mostró el sobre. —¡Lo hubiera apuntado! —Isel la miró sin comprender. —Es muy largo de contar. Manías que tenía.

—Ahí lo tienes.

Se levantó pensando en ello y se apartó su melena morena de la cara mirando la ciudad de Londres. La teoría de Isel empezaba a tomar forma y se dio cuenta de que tenía toda la razón. La abuela sabía que ella encontraría la carta porque si alguien recogería los libros sería ella pues se había pasado días en aquella habitación. Además, si quería que nadie revolviera el pasado, se habría deshecho de todo antes de morir, pero dejó los recuerdos en el garaje. Muy seria miró el Big Ben. —¿Qué pretendías, abuela?

—Que vinieras aquí. Eso está claro —dijo Isel con la boca llena.

Asombrada se volvió. —¿Ya estás comiendo otra vez?

—Este bombón está buenísimo. Diles que te pongan más. —Le mostró una hoja del registro mercantil. —¿Qué te parece si vamos a visitar a la familia de la prima? Me apetece conocer a un Duque.

Karen sonrió maliciosa. —Sí, creo que el Duque de Lounsbury estará encantado de conocernos.

Debía reconocer que estaba algo nerviosa mirando la impresionante fachada de la casa de Londres en la que vivía el Duque en la actualidad. Situada en uno de los mejores barrios de Londres, era preciosa y por lo que veía enorme.

Isel silbó. —Cómo viven los ricos.

Un coche pitó tras ellas y se sobresaltaron girándose para ver que un vehículo intentaba pasar, pero ellas se lo impedían. Se apartaron y ambas vieron pasar el Mercedes gris y al chófer que lo conducía. El coche entró por lo que era la antigua entrada de carruajes y ambas estiraron el cuello para ver como se detenía ante

una puerta lateral de la casa. La puerta de atrás se abrió sin esperar que el chófer la abriera y vieron un brazo cubierto por un traje de chaqueta gris antes de ver salir una pierna. A Karen se le cortó el aliento viendo salir una cabeza con el cabello negro que brilló con la luz del sol. Pero lo que casi hace que se desmaye de la impresión era ese perfil porque lo había visto antes. Era el perfil de Martin Kelderhouse.

—Dios mío —susurró Isel—. Es él. —Sin escucharla vio como caminaba hacia la puerta con paso firme y desaparecía. —¿Cómo es posible?

Aún en shock se quedó allí de pie mirando aquella puerta pálida como la nieve e Isel la miró. —¡Es él!

—¡No es él!

—¡Claro que sí! ¡Es el marido de tu tatarabuela!

—¡En todo caso será un descendiente!

—¡Pues lo que digo! —Frunció su naricilla. —Esto cada vez huele peor.

—Y que lo digas. —Ambas miraron la casa. —Ahora entiendo por qué no quisieron atender a mi abuela.

—Pero tú no eres tu abuela.

—No, pero ella también se olía algo. Y vamos a averiguar qué es. —Decidida fue hasta la puerta principal e Isel corrió tras ella. —Tú calladita, ¿vale? —Pulsó el botón del timbre.

—Vale, yo no digo ni pío, pero sé delicada. Estos finolis son muy suyos.

Puso los ojos en blanco antes de que se abriera la puerta y Karen sonrió.

—Buenos días —dijo el hombre con traje negro que les abrió—. ¿Puedo ayudarlas en algo, señoritas?

—Pues espero que sí. ¿Vive aquí el Duque de Lounsbury? ¿Verdad que sí? Necesito verle de inmediato.

—El Duque no recibe a nadie sin cita previa. Y no está en la casa en este momento.

—¿Cómo que no si le acabamos de ver? —Karen fulminó con la mirada a Isel que se sonrojó. —Uy.

—¿Uy?

—Señoritas, les repito que el Duque no está en casa. Si quieren una cita, deberán hablar con su secretario.

—Perfecto. ¿Está en la casa?

—¿El secretario?

—El mismo.

—No reside aquí ni se encuentra en este momento.

—¿Y su número de teléfono para poder ponerme en contacto con él?

—Methven, ¿qué ocurre? —preguntó una voz grave.

Ellas estiraron el cuello intentando ver quien era, pero el mayordomo se interpuso. —No es nada, milord. Unas señoritas quieren ver al Duque.

—El Duque no recibe a nadie. —La voz se acercó y al escuchar pasos el corazón de Karen saltó en su pecho y más aún cuando su rostro apareció tras el mayordomo y pudo ver unos preciosos ojos grises. Se miraron durante varios segundos y Karen pudo sentir como todo su cuerpo brincó de la alegría. —Yo las atenderé.

—Como quiera, milord. —Se apartó abriendo la puerta e Isel le dio un codazo a Karen para que reaccionara.

—Disculpen, pero mi padre está recuperándose de una operación delicada y no puede atender a nadie.

—Usted nos vale —dijo Isel sin cortarse y entrando en la casa—. Karen espabila.

Se puso como un tomate. Estaba claro que debería haber ido sola. —Gracias por atendernos.

—¿Es americana? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Sí, de Allentown, pero vivo en Nueva York.

Él se tensó. —Pasemos al salón. Methven, un té.

—Enseguida señor.

—Soy Colton Lapworth —dijo extendiendo la mano.

—Karen Harrison. —Al estrechar su mano se dijo a sí misma que se moriría de gusto por sentir ese tacto el resto de su existencia.

—Y yo soy Isel. Su ayudante.

—Mucho gusto —dijo él con voz grave sin dejar de mirar a Karen a los ojos.

—No sé si será un gusto cuando termines la conversación —dijo Isel por lo bajo—. Menuda choza tiene el Duque.

Colton sonrió divertido. —¿Qué ha dicho?

—Nada. Es que tiene hambre. Siempre que tiene hambre se le suelta la lengua. —La advirtió con la mirada y su amiga chasqueó la lengua entrando en el salón.

Karen miró de reojo a Colton que sonrió. —Entonces habrá que remediarlo. Seguro que con el té le sirven unas pastas. —Le mostró un sofá. —¿En qué puedo ayudarlas?

Bueno, ahora llegaba lo bueno. ¿Cómo le explicaba a ese hombre todo lo que había ocurrido? Seguro que no tenía ni idea. O sí.

—¡Somos familia! —Soltó de golpe dejándole de piedra cuando se iba a sentar en el sofá frente a ellas.

—¿Perdón?

—Muy fina, sí señor.

Karen le dio un codazo a Isel que reprimió la risa.

—¿Es broma? —preguntó él confundido.

—No. No es broma. —Se apretó las manos. —Soy la tataranieta del Duque de Lounsbury. La biznieta de Karenina Lapworth. —El hijo del Duque se tensó. —¿La conoce?

—De oídas. Como comprenderás nunca tuvimos trato.

—Muy gracioso —dijo Isel irónica.

—Perdona, pero ese tono que tienes desde que has llegado, empieza a irritarme.

Isel iba a decir algo, pero Karen le dio un codazo. —Es que mi amiga está algo confusa.

—¿No me digas? ¿Y cuál es la razón?

—Tú eres la razón.

Las miró sin comprender. —En realidad tu rostro es la razón porque te pareces de manera impresionante al primer marido de Karenina. Martin Kelderhouse. Hemos visto una foto y teniendo en cuenta que no somos familia y que él se casó con mi antepasada no sé por qué razón tienes su cara.

—Esto se pone interesante. ¿Que me parezco a quién? —preguntó molesto.

—Tío, tú eres descendiente de Martin.

—¡Isel!

—Vale, me callo, pero se está haciendo el tonto.

—Al parecer lo que buscan son problemas y si los buscan los van a encontrar.

—Solo quiero saber la verdad —replicó mirando sus ojos grises que la observaban fríamente—. Creo que tengo derecho a saber lo que ocurrió.

—Lo que ocurrió es que tu antepasada era una caprichosa que abandonó a su marido y destrozó al Duque. Eso ocurrió. Sus sobrinos fueron la única familia que le quedaba y fue su única compañía en sus últimos años. Eso es lo que sé.

Karen entrecerró los ojos porque parecía sincero, pero su rostro indicaba que allí había mucho, mucho más. —Mientes. Y puede que no quieras ayudarme, pero me gano la vida sacando los trapos sucios a la luz, así que si no quieres que sacuda Londres con un escándalo, te aconsejo que me digas qué ocurrió y por qué un hijo de Martin Kelderhouse heredó el ducado.

Colton se levantó de golpe y siseó —No sé qué estás buscando, pero empaña mi apellido de alguna manera y te juro que lo vas a pagar.

—Ya empezamos con el apellido —susurró Isel.

—Déjate las amenazas para quien le importen. —Se levantó enfrentándose a él. —Mi abuela acaba de morir y he encontrado unas cosas muy interesantes. Dile a tu padre que quiero saber la verdad. Puede que a ella la esquivarais, pero ahora yo estoy aquí y no me voy a ir por mucho que rechacéis mi presencia.

—¿Qué buscas? ¿Dinero?

—A esta rama de la familia no puedes acusarnos de querer dinero porque es obvio que sois vosotros los que habéis hecho lo indecible para quedaros con todo.

Él la miró con desprecio. —¡No tienes ni idea de lo que hablas! ¡Cuando el Duque murió estaba arruinado! ¡Vivía de la caridad de mi familia desde hacía años!

—Anda, la leche —dijo Isel haciendo que los dos la miraron. Carraspeó revolviéndose incómoda—. Por favor, continuad.

—¡Largo de mi casa!

—¡Un momento! —Karen paseó por el salón de un lado a otro pensando en ello.

Colton la observó apretando los puños y miró a Isel. —Está pensando. Lo hace mucho. ¿Dónde está el mayordomo con la merienda?

—¡Largo de mi casa!

Karen se volvió con los ojos como platos. —Dios mío. ¡Eres descendiente de Karenina y Martin!

—¡Pero qué dice está loca! Largo de mi casa.

Isel asintió con vehemencia. —¡Claro! Por eso tiene su cara.

—¡El Duque pensaba que no eras hijo de Martin! ¡Se quedó embarazada y no sabían de quien era! El escándalo sería mayúsculo y dieron el niño al que todos esperaban que sería el heredero legítimo. El primo de Karenina.

—La hostia —dijo Isel levantándose asombrada—. Por eso no contestaba las cartas.

—¡Porque tuvo un hijo de su hermano, pero en realidad era de Martin! Regresó del viaje de novios después de dar a luz, ¿verdad? Y entregaron el niño a su primo que lo hizo pasar por suyo sin saber que el hijo era de Martin. ¡El Duque pensaba que era hijo de su heredero!

—¡Estáis locas!

—Pero quedaba un detalle. ¡Su hermano no podía llegar a tener el título después de lo que había hecho y le mataron un par de años

después! —Le miró furiosa. —¿Qué ocurrió? ¿Ella no quería tener el niño? ¿Ella sabía que era hijo de su novio? ¡La destrozaron entre todos! —Cogió su bolso de malas maneras. —Te aconsejo que hables con quien haga falta porque quiero saber qué le hicieron. Yo no me voy a quedar con la duda. —Le señaló con el dedo. —¡Y quiero pruebas! ¡Como las que tengo yo de que tú eres descendiente de Martin!

Colton se quedó atónito viéndola salir del salón justo en el momento en que entraba su mayordomo con la bandeja. —Las señoras ya se van, Methven.

Isel regresó corriendo y cogió el plato de pastas volcándolas en el bolso. Le guiñó un ojo dejándoles de piedra por su descaro. —Para el camino.

—¡Isel nos vamos!

—¿El macizo te ha cabreado?

—¡Sí! Es mi primo. ¿Te lo puedes creer?

—La vida no deja de darnos sorpresas. Pero es primo lejano, ¿no? Te lo puedes tirar. ¿Qué tal si pasamos por mi parroquia y lo preguntamos?

—¡Isel! ¡Mueve el culo!

El mayordomo miró asombrado a su lord cuando salieron de la casa discutiendo y preguntó —¿Qué ha pasado, milord?

Su señor sonrió sorprendiéndole. —Que Karenina ha vuelto a casa, liándolo todo como siempre.

Capítulo 5

Llevó a Isel a casa después de prometerle que la avisaría en cuanto se pusieran en contacto con ella. Decidió irse al hotel y darse un baño porque conocer a Colton la había descolocado del todo. Todavía no se podía creer que sus antepasados hubieran cometido un error tan garrafal, pero era lógico si había estado con los dos en un periodo corto de tiempo. Abrió el grifo de la bañera y suspiró quitándose la camiseta recordando esos ojos grises. Menuda putada. ¡Eran familia! Y no familia lejana sino primos. Se estaba desabrochando los vaqueros cuando escuchó que llamaban a la puerta y sumida en sus pensamientos ni se acordó que no llevaba la camiseta yendo al salón. —¿Si?

—Karenina abre la puerta.

Frunció el ceño. —¿Quién es?

—Colton —respondió exasperado.

Jadeó acercándose a la puerta. —¿Cómo sabías dónde estaba hospedada?

—No ha sido difícil, te lo aseguro. ¿Abres o no?

Abrió la puerta molesta por su tono y él levantó una ceja dando un paso hacia ella y mirándola de arriba abajo. —¿Siempre abres la puerta así?

Se miró distraída y chilló cerrando de un portazo. —¡No mires!

—La madre que…

Karen corrió hacia el baño y cerró el grifo cogiendo la camiseta de nuevo. Se la puso y sacó su cabello mirándose al espejo. —Está bueno, pero tampoco es para tanto. Puedes con esto.

Salió corriendo de nuevo y respiró hondo abriendo otra vez para ver a Colton con la mano en la cara que sangraba en abundancia. —¿Qué te ha pasado?

—¡Estás loca! —Entró en la habitación y miró a su alrededor.

—¿Te han pegado? —Le siguió hasta la habitación y de allí al baño donde cogió una toalla apartando la mano para mirarse al espejo. —Uy, ¿te la han roto?

La fulminó con la mirada. —¡Más te vale que no me la hayas roto! ¡Me has pegado con la puerta en la cara, Karenina!

Se sonrojó intensamente. —¿De verdad? —Se acercó a él viendo como seguía sangrando. —Lo siento

—Joder, me estoy mareando.

—Ven, siéntate. —Asustada le cogió por el brazo pasándoselo por los hombros y le sentó sobre la taza del wáter.

Colton cerró los ojos. —Sabía que eras un problema.

—He dicho que lo siento.

—¡Cómo si eso lo arreglara todo!

—Ayuda.

Abrió los ojos y ella le pasó la toalla por la nariz con cuidado aliviada porque estaba dejando de sangrar. No parecía que estuviera rota pero no se fiaba. —Deberíamos ir al médico. Voy a llamar al del hotel. Sujeta.

Pero él no se movió y Karen le miró a los ojos. Se le cortó el aliento al ver sus ojos grises porque la miraban como si la deseara. Karen sintió que su corazón se detenía y cuando sus manos la sujetaron por la cintura, dejó caer la toalla sin darse cuenta. —Somos primos —dijo sin aliento.

—No, no lo somos. —Su voz ronca le erizó el cabello y dejó que la acercara entre sus piernas.

—Sí que lo somos.

—Nena, te aseguro que en este momento me da igual.

—¡Pues a mí sí que me importa! —le gritó a la cara de los nervios.

Las manos de Colton subieron por debajo de su camiseta y muy excitada dio un paso atrás porque todo aquello era una auténtica locura. —¿Qué estás haciendo?

Él suspiró dejando caer las manos y se levantó para mirarse al espejo. —Creo que debemos hacer un viajecito.

—¿Has traído lo que te he pedido?

—Lo que quieres saber está en Lapworth House.

—¿La casa del campo?

—Veo que estás bien informada. Al menos en las propiedades de la familia.

—¡Es que soy de la familia!

Él hizo una mueca abriendo el grifo. —Pues eso. —Se cruzó de brazos a la defensiva viendo cómo se lavaba la cara. —Tendrás que dejar ese baño para la noche. —Cogió una toalla y se la pasó por la cara. Aparte de tenerla algo sonrojada no parecía que la tuviera rota.

—¿No quieres ir al médico?

—No la tengo rota. —Se volvió tirando la toalla sobre el lavabo. —¿Nos vamos? Te aconsejaría que cogieras algo de ropa porque no vamos a volver hoy.

—No me fío. ¡Tú quieres seducirme!

Sonrió cortándole el aliento y dio un paso hacia ella. Karen dio un paso atrás chocándose con los azulejos del baño y él puso una mano a cada lado de su cabeza mirándola como si fuera a comérsela. —¿Sabes, preciosa? Cuando te he visto en la puerta de mi casa no me lo podía creer. La Duquesa en persona.

—No soy la Duquesa.

—Pero lo serás. —A Karen se le cortó el aliento viendo la decisión en su mirada. —Llevo esperándote toda mi vida y no voy a consentir que te me escapes de entre los dedos.

—Estás loco.

—Y tú has sentido lo mismo, pero estás asustada. No pasa nada. Puedo esperar. —Se acercó hasta sus labios y al sentir su aliento todo su cuerpo tembló de deseo. —¿Pero puedes esperar tú, preciosa? —Acarició su labio inferior y Karen gimió sin poder evitarlo. —¿Puedes? Porque sé que has sentido lo mismo que yo al verte. Que eres mía, cielo. Y todas esas locuras que dices no me van a

impedir tenerte. —Atrapó sus labios con deseo y Karen sintió que se desmayaba cuando entró en su boca acariciándola y disfrutando de su sabor como si fuera lo mejor del mundo. Se sujetó en sus hombros temiendo que sus piernas no respondieran y Colton la cogió por la cintura con pasión pegándola a su cuerpo. Karen abrazó su cuello poniéndose de puntillas y respondiendo a su beso cuando él se apartó de golpe con la respiración agitada. —Nena, recoge tus cosas.

—¿Qué?

Medio mareada se dejó llevar hasta la habitación. —Quiero llegar antes de la noche. Vamos a aclarar esto y después hablaremos de nosotros.

—¡Eso quería, aclarar las cosas! ¡Pero me has besado! ¡Y no hay ningún nosotros! ¡Qué te quede claro!

Él sonrió divertido. —Lo que quieres es que te bese de nuevo, pero no va a pasar hasta llegar a casa. —Miró el reloj de platino que llevaba. —Date prisa. Puede que lleguemos para la cena.

—¿Y por qué tenemos que ir hasta allí?

—Porque lo que quiero enseñarte está allí. ¿Quieres dejar de entretenerte?

Bufó abriendo el armario y sacó la maleta. Entonces tuvo una idea. —Voy a llamar a Isel.

—¿Perdón? —Él se cruzó de brazos mirándola como si le hubiera defraudado.

—¡No me mires así! ¡Me acabo de dar cuenta que no soy muy imparcial en esto y ella me pondrá los pies en la tierra! —Decidida fue hasta el salón cogiendo el móvil del bolso. —¡Y por mucho que me digas no voy a cambiar de opinión!

—Bien, pues llama a tu amiga. Si con eso te sientes más tranquila.

Le miró con desconfianza mientras el teléfono sonaba. —¿No me digas que ya te han llamado? —contestó Isel con la boca llena.

—¿Ya estás comiendo?

—Tenía hambre. No seas pesada. Pareces mi madre.

—Haz la maleta. Nos vamos a la casa de campo. —Se volvió y susurró —Mi primo está aquí.

—Voy pitando.

Suspiró del alivio y se volvió sonriendo satisfecha. Colton levantó una ceja. —Nena, no somos primos.

—¡Ja!

Con paso firme fue hasta la habitación pasando lo más alejada posible ante él y Colton reprimió la risa. —Te vas a llevar un chasco cuando te enteres de la verdad…

—¿Pues sabes qué? Sería un alivio porque no tienes ni idea de lo que me imagino. —Metió unos vaqueros en la maleta y se dio cuenta de que era demasiado grande para una noche.

—Nena, ¿no tienes una maleta más pequeña?

—¡Como no use la del ordenador! —respondió exasperada.

—Usa la bolsa de la lavandería del hotel.

—Muy gracioso. —Como tenía que llevar esa maleta metió todo lo que le apeteció.

Él se acercó a la cama y se sentó al lado de la maleta cogiendo unas braguitas rosas entre los dedos. —Me gusta tu lencería.

Le arrebató las bragas de las manos. —¿Quieres dejar de tocar mis cosas?

—Está claro que estás algo estresada. ¿Por qué no me enseñas tus pruebas mientras esperamos a esa amiga tuya?

Se volvió del armario sorprendida con la ropa en la mano y se acercó a él para tirarla en la maleta. —¿Por qué quieres verlas si estás tan seguro de que son mentira? Tú me ocultas algo.

—No, es que me gustaría saber cómo has llegado a tan alocadas conclusiones.

—Te vas a cagar.

—Espero que esas expresiones solo las uses en privado, Duquesa.

—¡Uy, vuelve a llamarme así y la tenemos! —Descalza fue hasta el salón y volvió con la caja en las manos y los folios sobre ella. —

Esto es lo que he encontrado. ¡Bueno, lo de arriba lo encontramos entre las dos e Isel opina que tengo razón!

—Veamos esas pruebas tan aplastantes.

—Este tonito lo vas a pagar.

Le explicó lo más detalladamente posible lo que había descubierto desde la muerte de su abuela y Colton la escuchó atentamente revisando las cartas y los registros. Cuando terminó se quedó callada mientras él abría el diario del Duque. —Nena, termina la maleta mientras leo esto —dijo él después de pasar la segunda página.

Asintió y fue hasta el armario sin quitarle ojo. Vio como apretaba los labios al pasar una de las páginas y cuando metió el neceser en la maleta, la cerró para dejarla al lado de la puerta para poder sentarse a su lado y ver lo que leía. Llamaron a la puerta y se levantó a toda prisa para correr a abrir a Isel que llegó con una maleta del tamaño de la suya. —¿A dónde vas con tantas cosas?

—No me dijiste cuánto nos quedaríamos. —Arrastró la maleta hasta el centro del salón y miró a Colton. —¿Cómo va esa lectura, futuro Duque? ¿Es reveladora? —Él apretó los labios sin contestar y su amiga hizo una mueca. —Supongo que sí. ¿Se lo va a acabar ahora?

—¿No me digas que tienes hambre?

—Pues no, listilla. Pero necesito mirar mi mail y el teléfono se me ha quedado sin batería.

—Ahí tienes mi ordenador —respondió distraída.

Isel se sentó a la mesa del salón y abrió la tapa del ordenador. —Esto te va a encantar. —La miró sin comprender. —Espabila, Karen. ¿O ahora que has encontrado al Duque se te ha olvidado todo?

—Shusss —chistó acercándose—. ¿De qué hablas?

—Estoy siguiendo la pista de Martin.

Se quedó sin aliento. —¿Cómo?

—Vendió todo en mil novecientos veintiséis, ¿verdad?

—Sí, antes de la muerte del hermano de Karenina.

—Tuvo que embolsar mucho dinero en el banco. Y ahí vamos. Solo hay dos entidades bancarias que trabajaran en aquella época y que sigan en activo.

—Eso no significa que no ingresara el dinero en otra entidad que ya no exista.

—Pues no. Porque según tengo entendido solo esas dos entidades eran lo bastante potentes entre las dos guerras para hacer transacciones internacionales.

—¿Eso te lo ha dicho tu amigo del registro mercantil?

Isel sonrió guiñándole un ojo. —Así que he hablado con otro amigo.

—Tú tienes amigos en todas partes.

—Éste no me lo he tirado, jefa.

—¿Y?

—Pues a eso vamos. Me va a enviar los datos de los que disponga al mail. —Distraída metió su clave en el acceso a su correo electrónico. —A ver si hay suerte en este banco. Según mi amigo, en aquella época era el más potente. —Soltó una risita. —Y ahora también.

—En aquella época los datos no estaban informatizados.

—No. Pero sí que se guardan en el registro. Esto no se lo digas a nadie porque le puedo meter en un lío de primera. —Pinchó sobre la bandeja de entrada. —¡Sí! Me ha enviado algo.

Apoyó la mano sobre la mesa. —Vamos a ver.

Su amiga abrió el correo y ambas se quedaron mirando las líneas con la boca abierta. Solo ponía un dato. La cuenta se cerró el veinte de abril de mil novecientos veintiséis con un saldo de dos millones doscientas cincuenta mil trescientas cuarenta y seis libras después de trasladar el dinero a un banco de Nueva York.

—La hostia —dijo su amiga con sus ojos castaños como platos—. Se fue a Nueva York.

—La buscaba. Y sabía que estaba allí. —Entrecerró los ojos. —Y solo se lo pudieron decir dos personas.

—La prima y el Duque.

—Vamos a ver. Ella se va del país y dos años después el Duque se entera de su paradero por la prima.

Isel asintió. —Y en ese momento Martin lo vende todo, traslada el dinero a Nueva York y dos meses después muere el que debía ser el heredero.

Ambas se volvieron para mirar a Colton que las escuchaba atentamente al lado de la puerta de la habitación con el rostro tallado en piedra. —¿No tienes nada que decir?

—Que nos vamos. Eso es lo que tengo que decir.

—¡Dime algo! —gritó perdiendo los nervios.

—¿Por qué tienes tanto interés en descubrir qué pasó hace tantos años? —preguntó él fríamente.

Se quedó de piedra. —¿Tú no querrías saber la verdad?

—No los conozco de nada. Me da igual.

—¡Pues a mí no me da igual!

—¿Por qué?

Apretó los puños con rabia sin saber qué contestar y su amiga la miró asombrada cuando sus ojos azules se llenaron de lágrimas. —¿Por qué, nena? ¿Por qué quieres descubrir qué le ocurrió a una mujer que jamás conociste?

—No lo sé. Pero desde que vi esa maldita carta no me lo quito de la cabeza.

En ese momento llamaron a su teléfono y avergonzada por su comportamiento fue hasta él descolgando. —¿Diga?

—¡Hija! ¡Acabo de venir del abogado!

—¿Qué?

—¡La abuela tenía otro testamento!

Perdió el color de la cara temiéndose lo peor. —¿Cómo que otro testamento?

—¡Menos mal que me dejó la casa porque en menudo lío podía haberme metido!

—Mamá tranquilízate.

—¡No vendió nada!

Miró a Colton sin entender sentándose en la cama. —Mamá, habla más despacio.

—¡Has heredado todas las propiedades en Inglaterra! Casi me da un infarto al escucharlo. Por supuesto el abogado te va a enviar una copia del testamento al hotel. Dice que hay unas especificaciones que debes leer atentamente sobre las propiedades o yo qué sé. ¡Por eso casi no había dinero en las cuentas! ¡Porque lleva manteniendo las propiedades años y gastó todo lo que tenía de la fábrica de papel! ¡Solo le quedaba la casa!

—¿Y a Luke?

—No, a Luke no le ha dejado nada. Eso también es extraño porque le quería con locura. Tengo un disgusto… A ver cómo se lo digo.

Se pasó la mano por la frente que le tembló visiblemente. —¿Cuándo cambió el testamento?

—¡Después de la muerte de papá, pero se lo envió por correo el día de su muerte y no le llegó al abogado hasta ayer! ¿Te lo puedes creer? ¡Todo esto es una locura!

—¿Cuándo me llegan los papeles?

—Supongo que mañana. Me ha dicho que te diga que al conocer a la familia me ha leído el testamento, pero que debería haber esperado hasta que hubieras regresado.

—No pasa nada.

—Hija, también me ha dicho que ya que estás ahí te enteres de los impuestos de sucesiones que tienes que pagar.

—Dios mío.

Colton muy serio dio un paso hacia ella y Karen levantó la vista hacia sus ojos grises que la observaban preocupado.

—¡No sé cómo se le ocurrió hacer una cosa así y no avisarnos! ¡Te ha arruinado! ¡Había tomado esa decisión hace más de diez años!

—No te preocupes por eso. Encontraré una solución. Te llamaré en cuanto haya leído el testamento.

—¿Estás bien?

—Sí, mamá. Un poco sorprendida pero bien. ¿Y tú?

—¡En shock! ¡Y a punto de subirme en un avión a Londres!

—Dile a Luke que lo siento.

—Ya conoces a tu hermano. Aparentará que le da igual, pero le dolerá un poco, aunque no lo muestre.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Dile que le quiero.

—Lo sabe, cielo. Y tú no tienes la culpa de nada.

—Te llamaré mañana. —Colgó el teléfono y lo miró entre sus manos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Isel preocupada—. ¿Qué pasa con el testamento?

—Mi abuela no vendió las propiedades en Inglaterra. —Levantó la mirada hacia Colton. —Y tú lo sabías.

—Claro que lo sabía. Varias están en Lapworth House. Como la casa de la Duquesa viuda.

—La leche —susurró su amiga.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo cuando te lo expliqué todo? —preguntó molesta levantándose de la cama.

—Quería que me lo contaras todo. No que te pusieras a discutir quién tenía razón.

Apretó los labios. —¿Y de qué estamos hablando exactamente?

—De cientos de hectáreas por toda Inglaterra. —Se le cortó el aliento. —De una casa en Londres que en este momento está alquilada a una embajada y que te proporcionará una renta para vivir desahogadamente de por vida y dos casas más. Una en Bath y otra la de la Duquesa viuda.

—Eres rica —susurró Isel asombrada.

—Sabías que me lo había dejado a mí, ¿verdad?

—Vino con la intención de vender, pero después de ver Lapworth House se arrepintió. El administrador incluso ya había encontrado compradores. Mi padre me dijo hace años que tu abuela pensaba dejártelo todo en herencia.

—¡Y los compradores erais vosotros!

—Exacto. —Colton enderezó la espalda. —Y mi abuelo y mi padre le hubieran dado un precio justo.

—¡Justo! ¡Pero no se dignaron a recibirla!

—¡No tienes ni idea de lo que hablas, Karenina!

—¡No me llames así!

Isel silbó con fuerza y ambos la miraron. —Tiempo muerto. ¿Nos vamos? Me parece que aún queda mucho que rascar en todo esto.

—¡Por supuesto! —Karen fue hasta su maleta y tiró de ella hacia la puerta. —Y pienso enterarme de todo por mucho que os hagáis los tontos.

—Nena…

—¡Qué no me llames así!

—¿Y cómo te llamo?

—Karen.

—¡Pero es que ese no es tu nombre!

Isel puso los ojos en blanco tirando de su maleta. Bufó al ver que su amiga hasta se había dejado el bolso con las prisas y lo cogió. Le daba que iba a ser un viaje de lo más entretenido.

Capítulo 6

Se pasaron discutiendo todo el camino, pero el muy cabrito no soltaba ni prenda.

Le miró furiosa. —¿Cuánto voy a tener que pagar?

—Nena, no te preocupes por eso —dijo como si estuviera harto del tema.

—¿Cómo no me voy a preocupar?

—A los ricos siempre les dan facilidades para pagar. Oye, ¿tienes hermanos? —preguntó Isel metiendo la cabeza entre ellos.

—Pues sí. Pero están casados. —Miró de reojo a Karenina que estaba distraída con sus pensamientos.

—Vaya. ¿Entonces tú no vas a heredar el ducado? ¿Eres el mayor?

—Sí, soy el mayor.

—¡Genial!

Colton sonrió. —¿Y qué interés tienes tú en esto?

—Pues que si os casáis, Karenina será Duquesa. Menudo bodorrio. Además, en las bodas se pilla mucho. Seré dama de honor, ¿no? —Los dos miraron a Karen que seguía a lo suyo. Hicieron una mueca. —Bueno, pues me autoinvito.

Colton se echó a reír. —Todavía se está amoldando.

—¿Y por qué queríais las propiedades? —preguntó Karen de repente.

—Y vuelta a lo mismo. Porque queríamos unir el patrimonio original. Y todavía queremos, así que si quieres vender…

—Eso es lo que buscas, ¿verdad? Que ceda y venda. ¡Pues te vas a quedar con las ganas!

—Pues no vendas. Ya lo heredará todo nuestro primogénito.

Le miró como si le hubieran salido dos cabezas mientras Isel se aguantaba la risa. —¡Tú estás pirado! —dijo indignada.

—Esto acaba en boda. Pongas como te pongas estás destinada a casarte con el macizo.

Colton sonrió por las palabras de Isel mientras ella giraba la cabeza fulminándola con la mirada. —¡Para qué te habré dicho que vengas!

—Porque estás acojonada, básicamente.

Ignorándola miró a Colton. —¡Más te vale que lo que vayas a mostrarme valga la pena!

—En cuanto lo veas, se te van a quitar todas las dudas. Te lo prometo.

—¿Después de leer el diario no estás ni un poco preocupado?

—Debo reconocer que fue una situación muy triste para todos.

—¡No, para todos no porque tu familia salió beneficiada!

La miró como si quisiera matarla. —¡Preciosa, no tienes ni idea de lo que dices! ¡Mi familia ha tenido que luchar mucho para mantener Lapworth Hall! Estaba en un estado lamentable después de la muerte del Duque y nos gastamos una fortuna para conseguir mantenerla en pie. ¡Y no te digo nada de su casa en Londres después de los bombardeos!

—¿Cómo que su casa en Londres? ¿Entonces qué casa heredé yo?

—La que le compro a Karenina por su matrimonio. —Apretó el volante mirándola de reojo.

—¿La casa del Duque es donde vivís?

—Sí. —Él suspiró. —Nena, no intentes saberlo todo de golpe. Acabas de llegar y te estás agobiando.

—¿Cómo iba a comprar una casa en Londres si no tenían dinero para mantener lo que tenían? —preguntó pensando en ello—. El Duque quería ese matrimonio porque Martin tenía dinero.

—Nena, pon la mente en blanco.

—¡No puedo!

Él cogió su mano y la acarició con el pulgar. Sin poder evitarlo dejó que la acariciara porque le necesitaba. No sabía por qué se sentía tan unida a él, pero era así y no podía resistirse a su contacto. Y sabía que eso la iba a meter en un lío de primera.

Minutos después Colton soltó su mano sonriendo y se desvió de la carretera general para coger un camino y se mordió el labio inferior mirando a su alrededor. —Ya llegamos, nena. Bienvenida a casa.

Al llegar a lo alto de una colina detuvo el coche lentamente y Karen se quedó sin aliento al ver Lapworth Hall. La casa del Duque. Sin poder evitarlo abrió la puerta del coche y se bajó dejando que el viento azotara su melena negra mientras miraba la impresionante edificación que estaba en el valle. Era de estilo Tudor y era tan hermosa que quitaba el aliento. Sintió los brazos de Colton a su alrededor y él susurró en su oído —Sabía que este día llegaría tarde o temprano.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó sin aliento.

—Lo entenderás enseguida. —La besó en la sien. —Una segunda oportunidad, mi Karenina.

Cogió su mano y tiró de ella hacia el coche. Sin comprender miró a Isel. —Te ha tocado la lotería, guapa.

—No entiendo nada.

—Pues a mí se me acaba de pasar una idea por la cabeza… Pero no digo nada que después me llamas loca. —En cuanto Colton se sentó a su lado preguntó —Oye, en esa choza habrá papeo, ¿no?

Colton se echó a reír. —Sí. Seguramente habrá papeo.

—Me gustas, Duque. Es una pena que ya estés pillado. —Karen la miró como si quisiera matarla. —Tranqui, se cuándo es terreno vedado.

—Más te vale.

—Estás muy gruñona. Lo que necesitas es…

—¡Ni se te ocurra decirlo! —chilló escandalizada.

—Iba a decir una buena cena —dijo maliciosa mientras Colton se reía.

—No tiene gracia.

—Es muy simpática.

—Sí, tronchante.

Colton detuvo el coche ante la puerta principal que se abrió de inmediato y un mayordomo con dos hombres vestidos con una chaquetilla blanca salieron justo detrás de él abriendo las puertas.

—Él es Smithson. Si necesitáis algo, es vuestro hombre. —Colton salió del coche y Karenina algo intimidada hizo lo mismo sonriendo al mayordomo que no debía tener ni cuarenta años. Eso la sorprendió después de conocer a su mayordomo de Londres.

—Bienvenido a casa, milord. —Se volvió hacia ella y dejó caer la mandíbula.

Karen se sonrojó y sin poder evitarlo miró hacia atrás buscando a alguien para causar esa reacción. Colton se echó a reír. —Disculpa a Smithson, cielo. Pero es lógico que se sorprenda. Lady Karenina, Smithson. Y su amiga Isel es nuestra invitada.

—¿Cómo que Lady?

—Eres descendiente de un Duque y te vas a casar con un Lord. Más vale que te acostumbres.

—¿Quieres dejar de decir esas cosas? —preguntó dejándose llevar al interior de la casa.

Colton se detuvo en el impresionante hall y asombrada miró a su alrededor. —Cielo…

Él sonrió viendo como admiraba el suelo de mármol blanco y la impresionante doble escalera que se unía en el primer piso. El pasamanos estaba labrado de arriba abajo y al mirar hacia arriba separó los labios por el gran cuadro que presidía el primer piso colgado en la pared forrada de seda color borgoña. Unos ojos grises la miraron desde el cuadro traspasándole el alma y dando un paso atrás volvió la vista a la mujer que estaba a su lado con un vestido de principios de siglo. Tenían los ojos del mismo color y su cabello negro estaba recogido en un moño en lo alto de la cabeza de la que salía una pluma verde como las cuentas del vestido. Volvió a mirar al

hombre con la respiración alterada. —Cuando te dije que eras mi Duquesa, era porque siempre lo has sido.

Giró la cabeza para mirarle a los ojos. —¿Qué es esto?

—Él es tu tatarabuelo, cielo. Y ella es Karenina. La primera.

Sintió que le faltaba el aire. Había cometido un error de principiante en su profesión. ¡Dar por supuesto que un hecho era cierto sin corroborarlo y todo había sido culpa de la fotografía!

—Era la foto de su boda. De la boda del Duque.

—Karenina estaba delicada ese día y el Duque se preocupó por su estado. Si hubieras leído atentamente el diario habrías caído en tu error porque mencionaba ese hecho.

—Dios mío. —Volvió a mirar la cara de esa mujer. Era como mirarse al espejo. —Es igual que yo.

—En realidad tú eres igual que ella —dijo su amiga. Chasqueó la lengua mirando a Isel que le guiñó un ojo—. Esto lo veía venir al ver que estaba tan tranquilo.

—Qué lista eres —siseó.

—Gracias, jefa.

Miró avergonzada a Colton. —Debes pensar que me falta un tornillo.

—No, pienso que todo esto te ha venido por sorpresa y que tienes una mente muy activa. —La cogió por la cintura pegándola a él mirándola con deseo. —Y ahora…

—Ahora a cenar —dijo Isel mirando a su alrededor—. ¿Dónde está el comedor?

—Por aquí, señorita Isel —dijo el mayordomo indicándole una puerta—. La cena está esperando.

—Perfecto. Vamos tortolitos. Por cierto, ¿dónde está tu padre?

Colton se apartó suspirando y Karen se sonrojó. —El Duque está en Londres. Recuperándose de una operación de cadera.

—Vaya, me hubiera gustado conocer a su Excelencia.

—¿A quién?

—Nena, a los Duques se les dice Excelencia.

—Ah. —Caminó detrás de Isel. —¿Quién me mandaría abrir esa carta? Con lo bien que estaba yo en Nueva York viviendo en la inopia.

—Como si eso te hubiera librado de esto. ¡Tu abuela ya lo había decidido! —dijo Colton molesto.

—Esa bruja —dijo con cariño deteniéndose en seco al ver una mesa enorme donde cabían cincuenta personas—. ¿Es broma?

Isel soltó una risita. —Vete acostumbrando a todo este despliegue.

—Nena, solo es esta noche. El comedor del desayuno está siendo restaurado.

—¿Restaurado?

—Las pinturas de la pared estaban algo dañadas. —La cogió de la mano y la llevó hasta la cabecera de la mesa sentándola a su derecha antes de que pudiera protestar. Isel se sentó ante ella mientras que Colton lo hacía a la cabecera.

—¿Has visto la lámpara?

—Es que me voy a quedar bizca de mirar a todos lados. —Asombrada vio el salero y el pimentero de plata con formas de pájaros. Debían ser más viejos que ella. Su madre se volvería loca en aquella casa. Un lacayo salió por una puerta abatible llevando una sopera en las manos y distraída miró un cuadro que estaba colgado en la pared. Frunció el ceño porque aquel hombre que estaba sentado en una enorme silla y que tenía un bigote enorme tenía unos ojos muy familiares. —¿Quién es ese?

Colton le hizo un gesto al camarero para que no le sirviera más y cogió la cuchara. —Mi bisabuelo.

—Ah…

—¿No tienes cuadros normales? —preguntó Isel antes de meterse la cuchara en la boca.

Colton reprimió la risa. —Sí, hay paisajes y esas cosas por ahí. Incluso hay un Monet en la sala azul.

—Vaya, tienes salas de colores —dijo Karen irónica.

—Nena, la ironía no te va. Me gustas más cabreada.

—¡Haya paz que me vais a dar la cena y la cena se respeta! —Isel siguió cenando y dijo después de tragar la deliciosa sopa de verduras —¿Qué sabes de Martin?

Colton se pasó la servilleta por los labios antes de beber de su copa de vino. —Si te digo la verdad no sé nada. No es un tema del que me hayan hablado. Pasó hace muchos años.

—Pero sabías de Karenina, su esposa.

—Sí, nena… sabía de ella. Hace unos años pregunté a mi padre por unas tierras que ahora te pertenecen y que lindan con las nuestras. Ahí fue cuando me lo contaron todo.

—¿Y qué te contaron?

—Que se había escapado después de casarse y que el Duque no volvió a saber de ella. Que le habían llegado noticias de que ella había tenido familia y que esa familia residía en los Estados Unidos. Fue cuando mi padre me dijo que tu abuela se había pasado por aquí para tasar sus tierras hacía unos años.

—¿Y no tuviste curiosidad?

—Al parecer mi curiosidad es menor que la tuya. Solo le pregunté si las vendería y me dijo que no. Que tenía previsto dejártelas a ti.

—¿Y él cómo lo sabía si no habían hablado nunca?

—Su administrador en aquellos tiempos se carteó con ella a menudo. Hace unos veinte años el hombre falleció y tu abuela vino a Londres para arreglar ciertos temas.

Se quedó sin aliento. —¿Volvió?

La miró chasqueando la lengua. —Claro que sí. Varias veces a lo largo de los años. ¿No lo sabías?

—No. Y mi madre tampoco. ¡De hecho, creía que lo había vendido todo!

—Pues la última vez fue hace unos cinco años. ¿Os gusta la sopa?

Karen e Isel entrecerraron los ojos. —¿La conociste? —preguntaron a la vez.

—¿Qué?

—¡Colton no me fastidies!

—Estaba montando a caballo y me la encontré en la casa de la Duquesa viuda. Ni sabía quién era hasta que me dijo su nombre.

—¿De qué hablasteis?

—De las reparaciones que necesitaba la casa.

—¡La madre que te parió! ¡Vosotros os encargabais de sus propiedades! ¡Por eso sabías que la casa de Londres estaba alquilada! Tu familia se encargó de sus propiedades hasta que os dio la gana, ¿verdad? ¡Por eso los abogados tardaron tanto tiempo en comunicarle que había heredado las propiedades de su abuelo! ¡Su madre no se encargaría y ella era menor! ¡El duque os dejo a vosotros de fideicomisarios!

Suspiró haciendo un gesto a Smithson. —El segundo.

—Enseguida, milord.

—¡Conmigo no te pongas en plan Duque que me pongo de los nervios! ¡Suéltalo de una vez! Tú lo sabías todo, ¿verdad?

—Tienes razón en lo del fideicomiso, aunque no sé los detalles. Lo que sí sé es que tu abuela tenía ideas muy firmes respecto a sus propiedades. Es lo único que me quedó claro.

—¿Y qué tenía en mente?

Colton miró a Karen a los ojos. —Quería que tú lo heredaras todo para que ocuparas el lugar que te pertenecía y que le arrebataron a tu familia hace años.

—¿Cómo que nos arrebataron? ¡Karenina no iba a ser Duquesa!

—Uy, uy, ya empezamos a rascar de nuevo —dijo Isel mirando al camarero—. Échame mucho. Voy a necesitar energías.

—¡Colton!

—Yo tampoco lo entiendo, pero tu abuela estaba convencida de que su madre debería haber sido Duquesa.

—Es que era americana. Tienen unas ideas demasiado progresistas para nosotros —dijo Isel haciendo que Karen la fulminara con la mirada—. ¿Ves? Ella también lo piensa.

—¡Su hermano no debía heredar el título! Tendría que haber sido ella la Duquesa.

—Otra que tiene las mismas ideas progresistas —dijo como si fuera una desgracia.

—Bueno, eso ahora ya no importa, ¿no crees? Todos están muertos. —Colton bebió de su copa. —¿Podemos dejarlo ya?

—¡No! ¿Y sabes por qué?

—Ni idea.

—¡Porque cada vez que abres la boca descubro algo nuevo! ¡Cómo que mi abuela se hacía excursiones a Inglaterra de cuando en cuando y tú llevas haciéndote el tonto desde el principio!

—Es que ella me dijo que no te dijera nada. —Dejó caer la mandíbula del asombro. —Se suponía que no venía por aquí. De hecho, le enviaba las cartas a un apartado postal en lugar de a su casa.

—Vaya con tu abuela.

—Estoy alucinando. —Negó con la cabeza. —Esto no me está pasando.

—Bueno, tampoco es para tanto. Te ha hecho rica —dijo Isel antes de meterse el tenedor en la boca con una buena cantidad de ternera con puré de patatas.

—Nena, te dije que era demasiado en poco tiempo. Mejor dejamos lo demás para mañana.

—¿Lo demás? —preguntó con asombro.

—Sí, mejor lo dejamos para mañana. O pasado. No hay prisa.

—¡Suéltalo de una vez! —dijo de los nervios.

La miró a los ojos y cogió su mano. —Ay, madre —dijo Isel con la boca llena.

—Karenina, ¿quieres casarte conmigo?

—La hostia.

—Estás loco —dijo sin aliento.

—No importa el ducado ni todo esto. Solo nosotros. Desde que te he visto, he sabido que mi corazón llevaba esperándote toda mi vida y quiero que nunca más te separes de mí. —Los ojos de Karen se llenaron de lágrimas. —Solo nosotros, nena. Para siempre. Dime que serás mi esposa porque solo con tenerte a mi lado me siento vivo y

te necesito. No te voy a decir que te amo, porque no me creerías, pero te prometo que para mí serás lo primero, ahora y siempre.

Una lágrima recorrió su mejilla mientras su corazón saltaba en su pecho de la alegría porque ella había sentido lo mismo. —¿De verdad?

—Tenías que haber dicho que sí —susurró su amiga.

Colton sonrió. —Nena, ¿necesitas pensártelo?

—No.

Él se tensó. —¿Esa es tu respuesta? No pasa nada, puedo esperar.

—¡No!

Confuso apretó su mano. —¿Sí o no?

—¡No lo sé! —dijo sintiendo que estaba en otra dimensión llevándose la mano a la frente—. Dios, me estoy mareando.

Colton se levantó al ver que perdía todo el color de la cara y el mayordomo se acercó corriendo mientras Isel con las cejas levantadas seguía cenando como si nada. Smithson mojó la servilleta en el agua para pasársela por la frente. —Enseguida se le pasa, milord. Ha sido la sorpresa.

—¡Ya decía yo que era demasiado pronto! —le gritó asustado a la cara antes de cogerla en brazos. Karen gimió porque todo giró a su alrededor y tuvo que cerrar los ojos.

—¿Llamo a un médico, milord?

—Enseguida se le pasa, guapo. ¿Qué hay de postre?

Capítulo 7

Karen abrió los ojos cuando subía las escaleras. —Me gustas.

Él se detuvo y la miró. —¿Pero?

—Pero todo esto… Soy americana. A mí esto no me va.

Colton sonrió. —Claro que te va. Lo llevas en la sangre. Te has enamorado de la casa en cuanto la has visto. Y de mí, aunque no lo reconozcas.

—Cielo…

—Por mucho que te resistas no podrás evitarlo, Karenina. —Entró en una habitación y la tumbó sobre la cama. Se sentía como en un cuento de hadas y temía que todo estallara en su cara en cualquier momento porque nadie podía tener la suerte de encontrar una nueva vida de repente al lado de un hombre así. Él se sentó a su lado y le acarició la mejilla. —¿Te encuentras mejor? —Asintió sin saber qué decir y él sonrió aliviado. Apartó un mechón de cabello negro de su sien y le susurró —¿Quieres casarte conmigo?

—¿Y si nos equivocamos?

—Estando juntos es imposible equivocarse.

—No me conoces.

—Dime que si te vas, me olvidarás para siempre y no volveré a insistir. Dime que puedes hacerlo. Que no te importará nada no verme nunca más.

Una lágrima recorrió su sien sabiendo que eso sería imposible y él se agachó besando el rastro de sus lágrimas. Karen le abrazó por el cuello sin poder evitarlo y él susurró —Te juro que no te arrepentirás, preciosa. Te cuidaré siempre.

—Tengo miedo.

—Lo sé. Pero estoy aquí. —Se apartó para mirarle a los ojos. —Siempre estaré contigo.

Él la miró durante unos segundos y durante esos instantes se sintió la mujer más hermosa del mundo. —Bésame —susurró acariciando su cuello.

Se agachó lentamente y cuando unieron sus labios Karen sintió que había llegado a casa. Él entró en su boca y gruñó cuando acarició su lengua sujetándola por la cintura para colocarla sobre su cuerpo. Sentándose a horcajadas sobre Colton, acarició su pecho tirando de su corbata deseando tocarle mientras él masajeaba sus nalgas por encima de sus vaqueros. Se apartó con la respiración alterada y le miró a los ojos. —Demasiada ropa.

—Opino lo mismo. —Se sentó levantando su camiseta y Karen subió los brazos gimiendo cuando besó los pechos por encima de su sujetador. Tirando la camiseta a un lado cerró los ojos mordiendo su labio inferior cuando Colton mordisqueó su pezón endurecido mientras desabrochaba el sujetador para liberarlo. En cuanto lo tuvo delante lo metió en la boca haciéndola gritar de placer y sus manos amasaron sus pechos elevándolos para tener mejor acceso. Mareada arqueó su espalda hacia atrás y se sujetó en sus piernas. Sus labios bajaron por el valle de sus pechos hasta su vientre y la sujetó por la cintura. Retorciéndose de placer cuando su lengua recorrió su sensible piel se dejó caer sobre la cama mientras él abría sus vaqueros pasando sus labios por su vientre. Tiró de sus vaqueros bajándoselos por su trasero con las braguitas y Karen levantó las piernas desesperada por sentirle. Cuando la liberó abrió los ojos para verle sentado ante ella comiéndosela con la mirada. —Eres preciosa, nena. —Se quitó la chaqueta mirándola como si fuera suya y Karen gimió alargando las manos al ver como se quitaba la corbata. —¿Me quieres dentro de ti, mi Karenina?

—Sí —susurró sintiéndose muy excitada y más aún cuando vio que se quitaba la camisa mostrando su duro pecho. Se sentó alargando la mano para acariciar el vello y Colton cerró los ojos de placer. —Te quiero dentro de mí. —Su mano bajó por su duro vientre abriendo el cinturón. Abrió la presilla de su pantalón y bajó su cremallera mirando sus ojos. —Te deseo.

Él atrapó su boca y sujetándola por la cintura la tumbó en la cama. Karenina le rodeó con sus piernas. Su sexo la acarició íntimamente y él se apartó para mirarla a los ojos. Gimió de necesidad antes de gritar cuando su miembro entró en ella de un solo empellón llenándola totalmente. Arqueó su cuello hacia atrás y él se lo besó apasionadamente saliendo de ella lentamente antes de volver a llenarla. Karen pensó que se volvería loca de placer mientras él volvía a entrar en su ser y ya no fue capaz de pensar en nada que no fuera en el placer que la recorría deseando más. Colton aceleró el ritmo y besando el lóbulo de su oreja susurró —Córrete, nena. Córrete para mí. —Karen se tensó con fuerza antes de que entrara de nuevo en ella y gritó por el éxtasis que recorrió cada fibra de su cuerpo.

Se despertó entre sus brazos y sonrió acariciando su pecho. Al levantar la vista vio que estaba despierto mirando el techo pensativo y susurró —¿En qué piensas?

—Nena…

La puerta se abrió de golpe y entró Isel. —¡Te pillé!

Se sobresaltaron y vieron asombrados como su amiga entraba en la habitación con la misma ropa del día anterior y cara de no haber pegado ojo. —¡Isel! ¿Qué haces? —Se cubrió con la sábana mientras Colton se tensaba a su lado.

—¡Menuda cara tienes, Duque, pero a mí no me la pegas! ¡Ya sabía yo que aquí había gato encerrado!

—Isel, ¿qué ocurre? —Miró a Colton que tenía la cara tallada en piedra.

—Karenina no la escuches.

—¿Qué?

—¡Este tío te ha tomado el pelo, Karen! ¡Me he pasado toda la noche investigando qué ocultaba y le he pillado! ¡Nos ha traído aquí para meternos un cuento!

—¿Qué dices?

—¡El cuadro de la escalera no es el del Duque! —Palideció sin poder creérselo. —¡Es el cuadro de Karenina con Martin y estaba en la casa de Londres! Lo trasladaron aquí después de la guerra para arreglar la casa. ¡Y estaba en una de las habitaciones! Él llamó para que lo colocaran sobre la escalera en cuanto nos vio en Londres porque no íbamos desencaminadas con nuestras suposiciones, ¿verdad, Duque?

Miró atónita a Colton que no decía palabra. —¡Di algo! —gritó asombrada.

—Al parecer tu amiga lo sabe todo.

—¡Claro que lo sé! ¡Porque el nieto del pintor de ese cuadro fue quien lo rehabilitó hace unos años! ¡Le he enviado una foto y me lo ha contado todo! ¡Sabía hasta sus nombres porque su padre estuvo presente mientras su abuelo lo pintaba! ¿Quieres leer el mail?

—Dios mío. Me has mentido.

—Nena, no podía dejar que pensaras que…

Se levantó de la cama a toda prisa. —¡Qué eres descendiente de Martin! ¡Porque si no toda la mierda saldría a la luz!

—¿Qué querías que te dijera? —gritó él mientras se vestía—. ¿Qué mi bisabuelo adoptó al hijo de su prima?

—¡Sí! —gritó desgarrada—. ¡Al menos habrías sido sincero! ¡Me has mentido desde el principio!

—¡Porque quería que lo olvidaras! ¡No tiene nada que ver con nosotros y sabía que si seguías creyendo que había habido una conspiración, eso entorpecería nuestra relación! ¡Y yo quería estar contigo!

—¿Qué tipo de relación íbamos a tener si se basa en una mentira?

—Lo que sentimos juntos no se basa en una mentira —dijo furioso levantándose. Isel dejó caer la mandíbula al verle desnudo y él le gritó al pasar a su lado —¡Muchas gracias!

—No, gracias a ti. Eres una alegría para la vista.

—Me largo de aquí —dijo Karen cogiendo los zapatos y sin ponérselos fue hasta la puerta.

Él la señaló con el dedo. —Te lo advierto, nena. Sal de esta habitación y me voy a cabrear.

Karen salió dando un portazo. —¡Qué te den!

Colton juró por lo bajo poniéndose los pantalones a toda prisa e Isel hizo una mueca mirando su duro trasero. —¿Seguro que no tienes hermanos libres?

—Cierra la boca. Ya has metido bastante la pata. —Descalzo salió corriendo detrás de Karen.

—Encima que la ayudo.

Karen corrió escaleras abajo y fue hasta la puerta principal. —¡Karenina!

Se volvió para ver a Colton en lo alto de las escaleras señalando el cuadro y sin poder evitarlo lo miró. —Míralos. Se amaban con locura. ¡Y un error que ninguno de los dos cometió les separó para siempre! ¿Vas a dejar que nos ocurra lo mismo?

Ella le miró a los ojos. —¡No, él sí cometió errores! —gritó desgarrada—. ¡La engañó y le mintió desde el principio porque había llegado a un acuerdo con el Duque para mantener sus propiedades cuando Karenina creía que se casaba únicamente porque la amaba! ¡Y cuando le necesitó a su lado por las maquinaciones de ambos, no le tuvo! ¡La dañaron y él no hizo nada por el maldito título que iba a heredar un cabrón sin sentimientos y por proteger su imagen! ¡La destrozaron entre todos! ¿Pues sabes qué? ¡Yo no voy a dejar que me hagas lo mismo! A mí me has mentido una vez, pero no me vas a defraudar más. —Salió de la mansión dando otro portazo y Colton apretó los labios.

—¿Hora de irse? —Colton miró a Isel como si quisiera matarla. —Vale, lo pillo. Voy a por las maletas. —Iba a volverse, pero se lo pensó dos veces. —Mejor nos las envías al hotel. Ya la recogeré allí.

Bajó las escaleras corriendo, pero volvió a subir. —Los bolsos.

—Isel…

Se volvió en el pasillo mirándole con desconfianza. —¿Por qué no has dejado las cosas como estaban?

—¿Y vivir una mentira? Ella ha venido aquí para descubrir la verdad. Y no has hecho bien al intentar ocultársela. Has iniciado tu vida con ella con una mentira. —Señaló el cuadro. —Como ellos. Más te vale que no vuelvas a meter la pata porque sino esta historia terminará igual. Con ella en los Estados Unidos porque jamás confiaría en ti de nuevo y tú aquí rodeado de toda esta belleza inerte que aprecias tanto, pero solo.

Colton apretó los puños viéndola entrar en su habitación y gritó —¡Smithson!

—¿Si, milord?

—Deshazte de este cuadro. ¡No quiero verlo más!

—Sí, milord.

Se volvió para vestirse pero lo pensó mejor. —No. —Miró a su mayordomo. —Embálalo. Se va a Londres.

—Como diga, milord.

Isel debió pensárselo mejor porque salió sin el bolso. —¿No te vas? —preguntó agresivo con ganas de matarla.

—Es que la acabo de ver por la ventana y no se ha ido. Está sentada en el jardín.

Colton bajó los escalones corriendo y salió de la casa dejando la puerta abierta. La vio al final del jardín de espaldas a él sentada en uno de los bancos de piedra y apretó los labios caminando sobre la hierba. Karen sintió cuando se colocó a sus espaldas y levantó la vista mirando la colina que tenía ante ella.

—Dijiste que siempre estarías a mi lado.

—Y lo estaré, preciosa. Estoy aquí y por mucho que te resistas estaré a tu lado.

—Confié en ti y me has traicionado.

Él dejó salir el aire que estaba conteniendo y se sentó a su lado. —Lo hice por nosotros.

—Eso no me vale.

—Están muertos, Karenina. ¡No quería que sus errores nos salpicaran! ¡Me importa una mierda no ser el heredero legítimo para el ducado! ¡Me lo he ganado! ¡Cómo lo hizo mi padre y mi abuelo!

¡No podía dejar que investigaras una cosa así! ¿No puedes entenderlo? ¿Tú no protegerías a tu madre? ¿A tu abuela?

Giró la cabeza para mirarle a los ojos. —Sí, lo haría.

Él acarició su cuello. —Nena…

Se apartó como si su contacto la quemara levantándose del banco y alejándose de él. Se llevó las manos a la cabeza intentando pensar. La angustia la recorrió sintiéndose estúpida. ¡Le había pedido matrimonio! ¡Y ella le había dicho que sí cuando no le conocía de nada! Estaba claro que no estaba en su sano juicio para entregarle su corazón a un hombre que había demostrado que no era de confianza.

—Karenina… —Se volvió y allí estaba ante ella. —Ven a casa, hablemos.

—¡No tengo nada que hablar contigo! —gritó rabiosa—. ¡Te lo has debido pasar genial burlándote de mí!

—Te juro que no quería burlarme de ti. Solo quiero estar contigo.

—Con una desconocida —dijo fríamente—. ¿Por proteger tu imagen, cielo? ¿O no queda todo ahí? —Colton se tensó. —Está claro que mis propiedades deben ser la leche para que hayas montado todo este teatro.

—No sabes lo que dices.

—Eso también lo dijiste ayer y no iba desencaminada. ¡De hecho tenía razón! Por eso nunca fue el Duque a verla, ¿verdad? ¡Porque se dio cuenta de su error cuando el niño fue creciendo! ¡Cómo le vas a decir a tu hija que todo había sido para nada!

—El Duque estaba satisfecho.

—¡Por supuesto que sí! —le gritó a la cara con lágrimas en los ojos—. ¡Al fin y al cabo el hijo de su amada hija sería Duque! Al menos algo era algo, ¿verdad? ¿Y Martin?

—Desapareció. Nunca volvieron a saber de él. En cuanto desapareció Karenina, se aisló dándose a la bebida. Un buen día desapareció de Londres y aunque el Duque quiso encontrarle porque se consideraba responsable no pudo dar con él.

—Se consideraba responsable —dijo con desprecio—. Les manipuló a los dos para proteger el ducado y destrozó su matrimonio apoyando al cabrón de su hijo. ¿Le mató él?

—Adoraba a su hijo. Nunca se le pasaría por la cabeza hacer algo así. Murió en un accidente de coche después de una de sus fiestas. —La cogió por los brazos desesperado. —¡Eso no tiene nada que ver con nosotros!

—Pues para no tener nada que ver, has dejado que se interpusiera al mentirme —dijo fríamente soltándose de golpe—. ¡Y no vuelvas a tocarme! —Dio un paso atrás demostrando la distancia que ahora había entre ellos. —¿Cómo te enteraste de que no eras el heredero legítimo?

Colton se enderezó. —Me lo dijo tu abuela.

A Karen se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Como te dije me la encontré en una de sus visitas y al verme se sorprendió como tú. Y ató cabos como tú. Exigió ver a mi abuelo y por supuesto él lo sabía todo. Nos reunimos aquí mismo en Lapworth Hall y le explicaron lo que había ocurrido. Ella se escandalizó de que nadie se lo hubiera dicho a su madre. Su hermanastro ya había fallecido y ni le había conocido. Se disgustó mucho. Fue cuando me miró y me dijo que yo lo iba a arreglar.

—Dios mío. —Se volvió porque no quería escucharle.

—¡Fue tu abuela la que exigió que para reparar la deuda me casara contigo, Karenina!

—¡No me llames así! —gritó desgarrada.

—¡Por eso no me he casado! ¡Porque sabía que vendrías algún día! ¡Lo que no me imaginaba es que lo supieras todo porque tu abuela llegó al acuerdo de que jamás te lo contaría!

Intentó reprimir las lágrimas y se abrazó a sí misma sintiéndose traicionada por todos. —Me has mentido en todo.

—Te equivocas. En cuanto te vi supe que eras la mujer de mi vida.

Entonces todas las frases que le había dicho acudieron a su memoria. La Duquesa ha vuelto. Llevo esperándote toda mi vida. Te

necesito. Todo había sido orquestado por su abuela y ellos desde hacía años. La carta en el escritorio y todo lo demás había sido un cebo que ella había picado. Estaba claro que su abuela la conocía muy bien.

—Por favor, nena... Vayamos dentro. Hablaremos todo lo que quieras.

—No tengo nada que hablar contigo. Ya no.

—¡No lo entiendes! —La sujetó por los brazos volviéndola. —¿Qué querías que hiciera? ¡Si te contaba que tu abuela me habló de ti hace años y todo lo que hablamos, también te sentirías engañada como la engañaron a ella! ¡Nunca confiarías en mí! ¡Tenía que hacer que confiaras en mí si quería pasar el resto de mi vida contigo! ¡Y todavía quiero! ¡Porque eres mía, Karenina! ¡Eres mi mujer por mucho que te resistas!

—No lo creas, primo. —Colton dio un paso atrás como si le hubiera golpeado y ella sonrió irónica.

—No tiene gracia, nena.

—Por supuesto que no tiene gracia. Esto se acaba aquí. A mí no me vais a manipular como a Karenina.

—No pretendíamos…

—¡Cállate! —gritó perdiendo los nervios—. Lleváis años preparando esto. Esperabas que me casara a ciegas, pero mi abuela era mucho más lista que vosotros.

—No entiendo lo que quieres decir.

—¿Ah, no? —Sonrió irónica. —Pues te lo dirá mi abogado. Puedes ir avisando a tu familia para que se prepare para el escándalo. —Se volvió para ir hacia la carretera y Colton la cogió por el brazo. —¡Suéltame!

—No hasta que no entres en razón. —La cogió por la cintura y Karenina gritó pataleando intentando soltarse. Colton gruñó y ella consiguió que la liberara cayendo de rodillas sobre la hierba. —Karenina, me estás cabreando.

—¡Muérete! —Salió corriendo y Colton la siguió cogiéndola por la cintura de nuevo.

—¡No!

—¡Estate quieta!

—Milord, ¿necesita ayuda?

Sorprendida miró hacia atrás para ver a Smithson allí de pie como si no pasara nada.

—¡Ayúdame, se va a hacer daño!

—¡Smithson llama a la policía!

—Ah, no. ¡La policía no, milady!

—¡Qué te den, imbécil! —Pataleó de nuevo y chilló cuando Smithson la cogió por los tobillos. —¡Esto es un secuestro!

—Milady, que ya somos mayorcitos.

Un grito sorprendió a los tres y antes de darse cuenta Isel estaba sobre la chepa de Smithson tirándole del cabello. El mayordomo cayó de rodillas por su peso.

—¡Machácale Isel!

—¡Ya está bien! Nena, estate quieta. —Colton gimió cuando recibió una patada entre las piernas, pero aun así no la soltó. —Esto me ha cabreado —dijo con voz ronca.

—¡Suéltame o no tendrás descendencia jamás! ¡Eso te lo juro!

—¡Milord! —chilló el mayordomo con la cara metida en la hierba mientras Isel se ensañaba con él.

—¡Suéltala o me lo cargo! —gritó su amiga.

—¡Y una leche! —Tiró de Karen hacia la casa y gritó a la mansión —¡Venid a ayudar a Smithson!

Sorprendida miró hacia atrás para ver al servicio acercándose y uno que parecía un cocinero no tenía precisamente muy buena cara. Chilló agarrando a Colton del cabello tirando de él con saña para que la soltara antes de que llegaran y el futuro Duque de Lapworth gritó soltando su cintura para doblar su espalda hacia delante. Al verle en apuros el servicio se acercó corriendo.

—¡Corre Karenina!

Isel echó a correr y ella corrió tras su amiga como si las persiguiera el diablo.

—¡Cogedlas!

Karen volvió la cabeza para ver al menos a veinte personas tras ellas. El cocinero para ser tan enorme corría como un galgo, el muy cabrito. Chilló cuando casi la coge de la camiseta antes de que una doncella se tirara sobre su espalda con un placaje que la dejó sin aliento sobre la hierba. Tomando aire abrió los ojos para ver los pies descalzos de su Duque a su lado. —¿Te das por vencida?

—Que te den.

—Llevadla a la casa. ¡Con cuidado!

—¿Milord? Creo que esa bruta me ha roto el cuello.

—Smithson no te quejes tanto y llévate a la bruta dentro.

—¡Os vais a cagar! —gritó Isel—. ¡Os voy a meter a todos en chirona! Karen, ¿estás bien?

Levantó la mejilla de la hierba, pero no la veía por ningún sitio. —Sí. ¿Y tú?

—¡Me los voy a cargar a todos! ¡Serán capullos!

—¡Encerradla en su habitación!

—¡Te vas a cagar, Duque de pacotilla! ¡Eso te lo juro!

—Milord, déjeme a mí —dijo el cocinero.

—Con cuidado, Lester. Milady está algo enfadada.

—¡Qué te den, imbécil! —Se volvió viendo las cabezas de la mitad del servicio sobre ella y la miraban como si le faltara un tornillo. Encima. Levantó la barbilla. —Puedo ir sola.

Colton reprimió una sonrisa y ella le fulminó con la mirada sentándose sobre la hierba. Se levantó entre todos y les hizo un gesto con la mano. —Apartad.

Dos doncellas se apartaron y ella con la cabeza bien alta pasó ante ellas como si fuera realmente una Duquesa. Gruñó al ver que un lacayo y el mayordomo metían a su amiga en la casa mientras no dejaba de llamarles de todo. Miró hacia atrás para ver que ninguno se había movido del sitio como si esperaran que saliera corriendo de nuevo en cualquier momento y volvió a gruñir caminando hacia la casa. No podía dejar a Isel allí. Al futuro Duque ya se lo cargaría en cuanto liberara a su amiga.

Sin perder un segundo entró en la casa, cerró las puertas con cerrojo y corrió escaleras arriba. Smithson gritó —¡No fastidie, milady!

—Suelta a mi amiga. —Le agarró por una pierna tirando de él mientras escuchaba como aporreaban la puerta a la vez que Colton gritaba que fueran por detrás.

—Será posible —dijo el lacayo intentando sujetar a Isel.

—¡Ay, que me tiras!

—¡Suéltala te digo!

Smithson dejó caer las piernas de Isel y dio un tirón con la pierna desestabilizándola. Le miró a los ojos antes de gritar cayendo hacia atrás, rodando por las escaleras hasta el suelo de mármol. El sonido de su cabeza al chocar contra el suelo les paralizó a todos antes de que Isel gritara horrorizada por la posición de su cuello.

Capítulo 8

Sentía que algo le aprisionaba el cuello y gimió porque no podía mover la cabeza. Le dolía. Parpadeó intentando abrir los ojos, pero la luz le hizo daño y tuvo que cerrarlos de nuevo.

—Ha movido los ojos —susurró alguien a su lado.

—¿Hija?

—Mamá —susurró sintiendo la boca seca. Abrió los ojos de nuevo y se dio cuenta de que no estaba soñando. Sonrió—. Hola.

—Hola, mi niña. —Cogió su mano con delicadeza. —Estás despierta.

—Tengo sed.

—Cielo vete a llamar a alguien.

—Enseguida.

—¿Luke?

La cara de su hermano apareció ante ella y le guiñó uno de sus ojos verdes. —Hola, preciosa.

—¿Qué ha pasado? ¿Estoy en casa? ¿No estaba en Londres?

—Y estás en Londres. No te preocupes. No pasa nada.

—¿Papá?

—Está al llegar. Ha ido a dormir un poco y a comer algo.

Cogió la mano de su hermano. —¿Qué me ha pasado?

Luke apretó los labios. —Has tenido un hematoma subdural. Se ha reabsorbido solo con la medicación. No debes preocuparte. Te pondrás bien.

—¿Es tu opinión profesional?

—Sí. —Sonrió divertido. —¿Te fías de mí, aunque sea abogado?

Sonrió agotada. —¿Qué me pasa en el cuello?

—Nada que un poco de descanso no arregle.

—¿No me voy a quedar lisiada o algo así?

—No.

Suspiró del alivio apretando su mano. —Gracias.

—¿Por qué? Eres mi hermana. Haría lo que fuera por ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —La abuela…

—Era suyo y podía hacer con ello lo que le diera la gana. Eso no quiere decir que no me quisiera. —Sonrió malicioso. —Además mamá me dejará lo que tiene para compensar.

—¡Oye, niño! ¡Que me lo puedo fundir todo antes de estirar la pata!

Sonrió aliviada mirando los ojos de su hermano. —Trato hecho.

Su madre puso los ojos en blanco como si no pudiera con ellos. —¿Quieres ir a avisar a una enfermera, pesado? Tu hermana tiene sed.

Luke la besó en la mejilla antes de alejarse.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Una semana.

La miró sorprendida. —¿Una semana? ¿Por qué? ¿Me ha atropellado un autobús?

Su madre palideció. —¿No lo recuerdas? Te caíste por las escaleras en Lapworth Hall.

Cerró los ojos suspirando. —Mierda.

—¡Niña! ¡Esa lengua!

—¿Dónde está?

—¿Hablas de Colton? Pues estará al llegar. Hija… —Se apretó las manos. —No se lo he dicho a nadie porque enterarnos de cómo estabas ya fue un shock, pero hay algo que…

Abrió los ojos porque parecía inquieta. —¿Qué?

—Pues que…

La puerta se abrió y Luke entró en la habitación con una enfermera que sonrió al verla despierta. —Bienvenida. El médico está al llegar. Me han dicho que tiene sed. Deberá esperar a que el médico dé el visto bueno. Procure no dormirse, ¿de acuerdo? Solo serán unos minutos como mucho.

—De acuerdo. Me duele la cabeza y la espalda. —Tomó aire cerrando los ojos. —No me he dormido, tranquilos.

—Le molesta la luz. No se preocupe que en cuanto llegue el doctor decidirá la medicación que debo ponerle —explicó la enfermera.

Escuchó como se abría la puerta —¿Qué ocurre?

La voz de Colton le hizo abrir los ojos de nuevo y al verle ante ella a los pies de la cama tomó aire profundamente. Dios, estaba tan guapo que quitaba el aliento con su traje azul y su corbata roja. Vio el alivio en su cara y se acercó a ella sentándose a su lado para coger su mano. —Nena, estoy muy cabreado.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—Me has dado un susto de muerte, pero por consideración a tu estado no te meteré los gritos que tengo ganas de soltarte.

—Vaya, gracias. —Intentó soltar su mano, pero nada que no la soltaba. —¿Me permites?

—Te permito muchas cosas, pero eso no.

Su madre sonrió sin poder evitarlo y ella la miró indignada. —Ayúdame, estoy lisiada.

—Es tan guapo que no puedo negarle nada.

—Gracias, suegra.

—Increíble. Luke…

—Me cae bien. Es el único novio que has tenido que me ha caído bien, así que le voy a dar una oportunidad.

—¿Ha tenido muchos? —preguntó mosqueado.

—Mi niña es preciosa, ¿qué esperabas?

Colton chasqueó la lengua. —Vale, esto también te lo perdono porque no sabías nada de mí.

Bufó mirando a su alrededor sin poder mover la cabeza. —¿Os lo ha contado todo?

—Todo que nosotros sepamos —dijo su madre—. Pero en cuanto pueda te interrogo por si nos ha colado alguna trola.

—Ni se me ocurriría con el carácter que tiene su hija. Me pillaría seguro.

—Pues si ya sabéis que ha metido la pata, ¿qué hace aquí?

—Pobrecito. Con el disgusto que tenía no íbamos a dejarle sin saber cómo estabas.

Increíble. Entonces sintió algo en la mano que Colton le tocaba. Intentó levantarla, pero él no la soltaba. —¿Me devuelves la mano?

—Nena…

—¡Qué me sueltes!

Suspiró soltándola y levantó la mano que tenía una esmeralda en el dedo anular. Parpadeó porque creía que no estaba viendo bien. —¿Qué es eso?

Colton carraspeó cogiendo su mano de nuevo. —Nada.

—¿Cómo que nada?

—Es tu anillo de compromiso, hermana —dijo su hermano aguantando la risa.

—¿Mi qué?

—Es lo que se pone en el dedo cuando te vas a casar —explicó su madre como si le faltara riego en el cerebro.

—¡Mamá! ¿Has dejado que me ponga esto?

—Me pareció un gesto precioso y le habías dicho que sí.

—Pues menos mal que no ha podido casarse conmigo inconsciente, porque habríais asistido a la boda encantados —dijo indignada. Por sus caras parecía que sí y gimió cerrando los ojos—. Al menos sé que papá, que es alguien con los pies en la tierra, impediría algo así.

En ese momento se abrió la puerta y su padre entró con una sonrisa en el rostro. —Me lo acaban de decir. ¡Qué buena noticia que ya estés despierta! Menudo susto. —Le dio una palmada en la espalda a Colton. —Qué contento estoy de que hayas encontrado a alguien como Colton. El yerno que todo suegro quiere tener.

Lo miró asombrada mientras Colton reprimía la risa. —Has utilizado muy bien la semana, ¿verdad? Pues no te va a servir de nada.

—Lo sé. La única opinión que me importa es la tuya.

—Oh, qué bonito.

—¡Por Dios, que venga el médico de una vez!

Colton se acercó a ella. —Shusss. No te pongas nerviosa. —Se miraron a los ojos. —Te dije que podía esperar y voy a hacerlo.

—No quiero verte.

—Lo sé. Estás enfadada, pero lo arreglaremos. Ahora lo más importante es que te recuperes. —Acarició su mejilla con ternura y sus padres se miraron emocionados. —Lo que haya pasado hace años no nos afecta. Lo olvidaremos.

—No me mentiste hace años. Fue hace una semana.

—Te juro que después de la semana que hemos tenido, parece que pasó hace un siglo. Isel tuvo un ataque de nervios y tuvieron que sedarla.

—¿Está bien?

—Ahora está muy bien. La verás por la tarde. Viene todos los días después del trabajo. —Se miraron a los ojos y Karen gruñó porque le gustaría gritarle que la dejara en paz, pero al parecer tenía que aguantarle porque no tenía fuerzas en ese momento para echarle de la habitación con dos patadas en el trasero como se merecía. De repente sonrió maliciosa. —Luke, acércate.

Colton se tensó, pero no se movió del sitio. —Dime, hermana. ¿Qué está elucubrando esa cabecita tuya? ¿No es sorprendente lo bien que está después del susto?

—Déjate de rollos. ¿Qué dice la legislación sobre retener a alguien en contra de su voluntad? ¿Ese delito existe aquí?

—Ya empezamos —dijo su padre divertido.

—Pues Karen, como bien sabes, ese delito existe y tengo entendido que la pena no es tan alta como en los Estados Unidos, pero se les puede caer el pelo.

—Nena…

—¿Y qué dice la legislación sobre usurpar un título que no te corresponde?

—¡Karenina! —protestó su madre—. ¡Estamos hablando del hijo de mi abuela! ¡Si me apuras tenía mucho más derecho a heredar el ducado que nadie!

—¡Mamá!

—¡Nada de mamá! ¡Qué no te vuelva a escuchar decir algo así! ¡Y discúlpate con tu prometido ahora mismo o te tiro de las orejas!

Colton sonrió mientras ella le miraba como si quisiera cargárselo. —Estoy esperando, cielo.

—¡Qué te den!

—¡Esta niña es imposible!

—Déjala, suegra. Está dolorida y no sabe lo que dice.

—Ahora échale la culpa al golpe en la cabeza.

En ese momento entró el médico y negó con la cabeza. —Demasiada gente. Todos fuera.

—Ah, no. Yo no me voy —dijo su madre cruzándose de brazos.

—Pues yo tampoco me voy que no me entero —dijo su padre.

—Pues si ellos se quedan… No la va a desnudar, ¿verdad? Es que es mi hermana y nunca la he visto en pelotas.

—Yo sí la he visto, así que me quedo —apostilló Colton como si nada.

Karen se puso como un tomate mirando de reojo a su padre que le hizo un gesto sin darle importancia. Ni se quería imaginar lo que pensaría del pendón de su hija que se acostaba y se comprometía el mismo día que conocía a un futuro Duque que encima mentía como un bellaco. Afortunadamente su médico suspiró distrayéndola mientras señalaba el fondo de la habitación. —Allí, y no quiero oír una mosca.

Eso sí que iba a ser difícil conociendo a su familia. Karen sonrió al doctor que se acercó mientras Colton se levantaba soltando su mano. Sintiendo su contacto miró los ojos castaños del médico —Hola.

—Hola Karenina. ¿Cómo te encuentras? —Sonrió como si fuera su padre demostrando que tenía muy buen carácter.

—Me duele un poco la cabeza.

—Y la espalda —añadieron los suyos apiñados en el fondo de la habitación.

El doctor puso los ojos en blanco haciéndola sonreír. —Son muy protectores.

—Eso ya lo veo. —Pasó una lamparilla por sus ojos. —Buena reacción.

—Me han dicho que he tenido un hematoma que se ha reabsorbido.

—Exacto. —Esperó a que continuara pero nada.

—¿Tendré secuelas?

—Vamos a hacerte unas pruebas para ver cómo va todo y si todo va bien como espero, no tendrás ninguna secuela. Podrás llevar una vida totalmente normal. —Karen sonrió. —Te van a suministrar algo para el dolor y vendrán dos de mis residentes para las pruebas. De momento puedes beber un poco de agua. Solo agua.

—Bien. ¿Si todo va bien podré irme a casa?

Colton se tensó. —Cuando dices casa, te refieres a mi casa en Londres.

—No, hablo de mi casa en Nueva York.

—De momento no te voy a dar el alta. Ya hablaremos de eso en unos días.

—¿Unos días? ¡Ya llevo aquí una semana!

—Una semana muy necesaria para salvarte la vida. —Karen se sonrojó y el doctor se levantó divertido. —Milord, les aconsejo que no la agoten.

—Por supuesto. No se preocupe.

Asombrada vio que salían de la habitación charlando y Luke les seguía. —¿Por qué se lo dice a él?

—Porque es tu prometido. Y un hombre muy importante en la ciudad. Al parecer su padre es amigo del doctor y te ha tratado como un favor porque le conoce desde niño.

—¿Les conocéis?

—¿A quién, cielo?

—A sus padres. —Los suyos se miraron y su madre hizo una mueca. —¿Qué?

—Pues… sí.

—¿Les conocéis? Si tenía no sé qué en la cadera y… —Su madre se sonrojó. —¿Me metió otra trola? —preguntó exaltada.

—Este Colton… —dijo su padre divertido.

—¡No tiene gracia!

—Lo hizo para que no preguntaras más por él hasta que vuestra relación fuera… definitiva.

—¡Yo sí que le voy a definir cuando le vea la cara!

Pero llegaron los residentes y se la llevaron en una silla de ruedas apenas diez minutos después. Así que no le dio tiempo a desahogarse. Llegó dormida a la habitación así que ahí tampoco tuvo la oportunidad. Cuando abrió los ojos de nuevo Isel estaba sentada a su lado leyendo una revista de cotilleos y sonrió porque parecía de lo más concentrada. —Hola peleona.

Levantó la vista sorprendida y sonrió de oreja a oreja. —Menudo sueñecito te has pegado. Ni la bella durmiente, guapa.

Rió sin poder evitarlo. —Este cuento no va a terminar igual.

Chasqueó la lengua levantándose. —Pues tiene toda la pinta. —Le acercó un vaso de agua y bebió ansiosa. —Van a darte algo de comer para cenar, así que no te duermas de nuevo.

—Gracias. —Su amiga dejó el vaso sobre la mesa. —Al parecer te he asustado.

—Joder, verte allí tirada me puso los pelos de punta. Y no te digo nada de los demás. Smithson hasta se desmayó y a Colton por poco le da un infarto.

Suspiró mirando sus ojos castaños. —Lo siento.

—Eres una rescatadora pésima. —Se echó a reír sin poder evitarlo y su amiga sonrió. —Pero ahora ya estás aquí de nuevo.

—Les ha convencido a todos. Mi familia come de su mano. Por cierto, ¿dónde están?

—Tu prometido tenía una cena de negocios que no podía eludir y tu madre está en la cafetería. Tu padre y tu hermano se fueron hace una hora para tomarse un respiro después de que el neurólogo haya dicho que tienes una cabeza muy dura. —Le guiñó un ojo. —Creo

que saldrás de aquí pronto. Y sobre Colton, no te preocupes. Es un liante, pero un buen tío.

—Otra que ha caído en sus redes.

—Debo decir que en esta semana me ha ganado un poco, pero aún tiene que trabajárselo. Me da que no todo acaba aquí.

Frunció el ceño. —¿Qué quieres decir?

—No sé. Es una impresión. —Se sentó a su lado. —¿No te parece raro que tu abuela cambiara de parecer al venir aquí? Lo lógico es que lo hubiera vendido todo en su primera visita.

—Sí, a mí también me pareció extraño.

—Y eso no es todo. ¿El administrador se muere y vuelve varias veces? ¿Se encuentra con Colton por casualidad y se cabrea por su parecido con Martin? Estuvo tirando del hilo como nosotras y sabemos que no tenía pruebas. Podían haberla tachado de loca y no hubiera tenido nada que hacer.

—Pero habría un escándalo en la prensa al menos.

—Sí, ellos querían proteger su ducado, pero legalmente no tenía pruebas. Y ellos aquí son importantes. Mucho. Yo no les conocía, pero esta semana he rascado un poco…

—¿Y?

—Pues que están forrados. Tu Colton tiene una empresa de electrodomésticos y tiene un gran mercado en toda Europa.

—¿Me va a regalar una batidora?

Isel soltó una risita. —Yo por si acaso le he dicho que no tengo lavadora en casa. A ver si hay suerte.

—¡Isel!

—¡Oye, cómo se nota que tú no vas a la lavandería del barrio!

—Céntrate. ¿Qué más?

—Bueno, pues eso. Que cuando tu abuela protestó y dijo que Colton lo iba a arreglar, accedieron muy rápido, ¿no crees?

La miró a los ojos. —Crees que hay pruebas y que le dijeron que sí a la abuela para que no rascara, como tú dices.

—Exacto. Y creo que hay algo todavía más gordo que no hemos descubierto. La familia de tu novio no tenía dinero en abundancia

después de la segunda guerra mundial. Si el Duque estaba arruinado, ¿de dónde sacaron el dinero para salir adelante?

Se le cortó el aliento. —De Martin.

—Exacto. Ellos sabían dónde estaba él y veinte años después el niño ya era adulto. ¿Qué no haría un padre por un hijo? Y más después de darse cuenta del enorme error que habían cometido, porque si Colton se parece tanto a Martin, creo que el hijo de Karenina era su viva imagen.

Se quedó sin aliento mirando al frente. —Tiene sentido.

—Imagínate. Muere el Duque y ven que no hay una libra con un patrimonio enorme que mantener. Sabían dónde estaba Martin. Estoy segura porque de otra manera, ¿de dónde sacarían tanto dinero en una época de crisis económica mundial? La empresa se inició en aquella época. ¿No es interesante?

—Mucho.

—Y otra cosa que me intriga. ¿Cómo si Martin sabía dónde estaba Karenina, porque el Duque lo sabía, no la encontró nunca?

Se quedaron en silencio. —Eso no tiene sentido.

—Yo creo que sí lo tiene. Creo que tu bisabuela sí se encontró con Martin allí. Que se lo cargó y se quedó con su dinero porque podía demostrar que era la viuda. —La miró asombrada. —Y que fue el dinero de Karenina el que salvó el patrimonio de su hijo.

—Karenina nunca hubiera abandonado a su hijo.

—Imagínate. Crees que estás embarazada de tu hermano y te obligan a entregar el bebé.

—No. Eso la hubiera matado. Ya viste la foto de la boda. Y si se hubiera enterado de que era hijo de Martin años después, hubiera ido a verle. Hubiera quemado Lapworth Hall en venganza.

—Pues aquí hay algo raro. Muchas dudas aún sin resolver. Pero puede que no las descubramos nunca.

—Empecemos desde el principio.

Isel asintió. —Muere la Duquesa y Karenina conoce a Martin en una merienda.

—Se enamoran locamente. Al menos eso dice el Duque.

—La noche de su compromiso ella descubre que su prometido va a mantener las propiedades.

—Y su hermano descubre que no va a heredar todo lo que cree.

—Ella se enfada porque piensa que él no la ama como suponía.

—Y esa noche es atacada en su habitación. Según tu familia su hermano le da una paliza. Nadie habla de violación.

—Ella se niega a casarse y Martin la presiona.

—El escándalo de lo que ya sabemos la obliga a ese matrimonio, confirmándole que él no la ama como suponía.

—Pero estaba equivocada porque es precisamente porque la ama la razón por la que lo ha hecho.

—Otro, después de lo que ocurrió con su hermano, hubiera salido corriendo.

—Exacto, pero Karenina no lo vio así. —Se miraron a los ojos. —¿Por qué?

—Otro misterio. ¿Porque ya estaba anunciado el compromiso?

—Pasémoslo por alto de momento. Se casan y se van de luna de miel.

—Y el Duque dice en el diario que parece otra persona al regresar.

—Después de dar a luz y de entregar al bebé.

Ambas se quedaron calladas. —No se iría sin él —dijo Isel pensativa.

—Cierto. Tenía que tener dudas sobre quién era el padre y si era así, porque no era estúpida, no entregaría el bebé así como así.

Se miraron a los ojos. —¡Le dijeron que había muerto!

—¡Por eso ella nunca se puso en contacto con él! ¡Y el Duque no fue a verla para que no descubriera el secreto!

—Sin saber que ha dejado a su hijo aquí, se va a los Estados Unidos y compra una buena casa e inicia allí su vida. Conoce a un buen hombre y hacen que están casados.

—Pero Martin descubre su paradero y va a verla después de venderlo todo.

—¿Por qué venderlo todo? —preguntó Isel—. Hacía dos años que no la veía. ¿Por qué venderlo todo y largarse?

—Porque estaba claro que no pensaba volver. No pretendía que ella volviera, sino quedarse con ella.

—Él sabía que el bebé estaba vivo y no quería que ella regresara para enterarse. Porque si era así, jamás la recuperaría. —Isel asintió. —Martin sabía que el niño estaba vivo.

—Sí, creo que lo sabía. Pero creo que él lo entregó pensando que era fruto de la violación.

—Pero se dio cuenta de su error más adelante y dio la pasta. Lo que yo decía.

—También has dicho que mi bisabuela se lo cargó.

—Bah, pequeñeces.

—La pasta salió de él. Fijo.

—Estoy de acuerdo. Ahora la duda es… ¿qué pasó con Martin cuando volvió a encontrarse con su amada esposa?

En ese momento entró su madre que llevaba una taza de café en la mano y ambas la miraron. —Hija, estás despierta. —Sonrió de oreja a oreja. —El médico dice que vas muy bien.

—Ya me lo ha dicho Isel. ¿Y cuándo puedo irme?

—Oh, cuando te dé el alta tendrás una revisión al mes siguiente, así que te quedas. ¡Y yo también! Estoy deseando ver las joyas de la corona. Me han dicho que están en la Torre de Londres.

Isel asintió.

—¿Un mes? ¡No puedo faltar al trabajo!

—¡Sí, claro que sí puedes porque es por tu salud! ¡Y no te pongas pesada! ¡Hasta que no te dé el alta definitiva, tú no mueves tu trasero de aquí!

—¿Colton no habrá tenido nada que ver en esto, verdad? ¡Porque no va a conseguir nada!

Su madre suspiró antes de mirar a Isel. —¿Tú eres tan pesada con tu madre?

—Básicamente…sí.

Karen jadeó indignada. —¡Yo no soy pesada!

—Claro que lo eres. Si no fueras tan pesada no rechazarías a ese hombre que te adora.

—¿Que me adora? ¡Si no me conoce, mamá!

—Menos mal que le has cazado antes de que te conozca. —Se sentó en la silla y murmuró —Ni un Duque le vale. Hay que ser quisquillosa.

Miró asombrada a Isel. —¿Has oído eso?

—Mi madre diría lo mismo, pero yo estoy contigo, amiga.

—¡Gracias!

—Aquí todavía hay mucho que rascar.

Su madre las miró con desconfianza. —¿Qué quieres decir?

—¿Seguro que Colton te lo ha contado todo?

—Tranquila amiga, que yo la he puesto al día.

—Sí, ya lo sé todo —dijo como si fuera realmente una pesada. Bebió de su café—. ¿Qué pasa ahora?

—No, si no te interesa…

—¡Déjate de rollos! ¡Suéltalo de una vez!

—Es igual de cotilla que yo, pero disimula mejor.

Isel reprimió la risa. —Ya me he dado cuenta. Hablábamos de Martin, Karenina.

Frunció el ceño mirando primero a una y después a la otra. —¿De Martin? ¿El primer marido de mi abuela? ¿Qué pasa con él? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Le mataron.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé. Después de venderlo todo y desaparecer… —Se encogió de hombros. —Alguien se lo cargó fijo. Nadie desaparece así como así.

—No. Nadie desaparece así como así, y con una fortuna, además.

—¿Y si se lo cargó el nuevo marido de Karenina? —preguntó Isel —. Si apareciera la antigua mujer de mi marido después de hacerle tanto daño…

Su madre pensando en sus cosas sonrió bebiendo de su café y Karen la miró con desconfianza. —¡Mamá!

Karenina se sobresaltó atragantándose. Isel le dio un par de palmaditas en la espalda. —¡Hija, casi me matas del susto! —dijo con los ojos rojos.

—¿Qué sabes?

—¿Yo?

—¡Sí! ¡Tú! ¡Tienes esa cara de les he metido una trola y se la han tragado! ¡Luke y yo siempre te pillábamos!

—Yo no miento, guapa. Distorsiono la realidad por vuestro bien.

—¿Como ahora, Karenina? —preguntó Isel cruzándose de brazos y su madre se sonrojó porque había caído en la trampa—. Uy, uy. Amiga, ésta sabe algo.

—Eso ya lo veo.

Entrecerró los ojos y su madre miró su reloj. —Y como yo veo que ya estás muy bien…

—¡Mamá! Isel bloquea la puerta.

—Tranquila, como se mueva me tiro a su cuello.

Su madre jadeó. —¡Estáis locas!

—¡A mí no me metéis una trola más! ¡Empieza a cantar!

Karenina levantó la barbilla. —Yo no sé nada.

—Claro que sabes. Y me lo vas a decir. Isel a por ella.

Su madre vio con los ojos como platos como su amiga daba un paso hacia ella. —¡Vale! —Miró a su hija que sonreía satisfecha desde la cama. —Te lo iba a contar, pero después me lo pensé al ver que estás utilizando todo lo que ocurrió para rechazar a un hombre fantástico que está loco por ti.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿De qué hablas?

—¡Estás utilizando la historia de la abuela para negarte a ser feliz! Solo estás pensando en huir en lugar de disfrutar de lo que tenéis.

—Menuda mentira. —Su amiga se hizo la loca desviando la mirada. —¡Es mentira!

—Bueno, un poco de razón sí que tiene. ¿Qué te importa a ti lo que pasó hace casi cien años?

Se sonrojó con fuerza. —Pues…

—A ti no te ha hecho nada.

—¡Me ha mentido!

—Eso sí. Mal, muy mal. Pero te mintió sobre sus vidas para proteger la suya. Eso no es malo. Yo también lo haría. Y si lo tienes todo en cuenta, no tendría ni que haberte pedido matrimonio porque tu abuela ya la había palmado…

Miró a su madre asombrada que asintió. —Pero lo hizo. —Isel sonrió. —Eso es que le gustas mucho, pillina. ¿Cómo es en la cama?

—¡Isel! —protestó antes de susurrar— Que está ahí mi madre.

Su madre adelantó la silla. —Cuenta, cuenta.

—¡Mamá, por Dios! ¡Y no desvíes el tema! ¿Lo cuentas o no?

—¿Ah, pero tengo opción?

—Uy, qué pesada. Me está levantando el dolor de cabeza otra vez.

Su madre levantó la barbilla. —Ya sé por qué mi abuela nunca se casó con el abuelo.

La miraron asombradas. —¿Por qué? —preguntó Isel impaciente —. ¡Nathaniel Keenley estaba casado!

—Pues sí.

Las amigas se miraron. —Estaba casado —dijo Karen asombrada —. La leche, menudo escándalo en aquella época.

—No, porque nadie lo sabía. —Miraron a su madre sin comprender y ésta suspiró. —Porque era Martin.

La miraron sin entenderlo. —¡Martin era Nathaniel! ¡En cuanto vi a Colton reconocí a mi abuelo!

—La hostia —susurró Isel—. ¿La encontró y se quedó con ella como decías?

—Ah, ¿Qué lo sabías? Pues me hubieras ahorrado el trago.

Ignorando a su madre pensó en ello. —Entonces cuando el Duque le dio su dirección, vendió todo y se mudó a los Estados Unidos con ella. ¿Pero por qué lo hizo con otro nombre?

—Porque se cargó al hijo del Duque —dijo Isel resuelta.

Su madre levantó las cejas y asintió dándole la razón.

—¿Tú crees?

—Ese cabrón destroza a su esposa y la pierde durante dos años, perdiendo a su hijo de paso. Yo no dejaría que se fuera de rositas, ¿no crees? Se aseguró de que el niño tuviera un buen futuro, se lo cargó y entonces se fue a los Estados Unidos con otro nombre por si investigaban su muerte y daban con él. O simplemente por si el Duque le buscaba. Ella le perdonó, pero no se podía casar porque ya estaba casada. Con él, pero legalmente casada, así que adoptó el apellido de la nueva identidad de su marido y a vivir felices y comer perdices como si estuvieran casados.

—Igual por eso nunca contestó las cartas del Duque. Para que no supiera que Martin vivía a su lado. El Duque al enterarse de que tenía otro nombre sacaría sus conclusiones —susurró Karen.

—Y el Duque nunca fue a visitarla para que no descubriera lo del bebé. Y si Martin lo sabía no se lo dijo a su esposa para no perderla de nuevo o para que no sufriera por todo lo que había pasado. Era el futuro Duque y sabía que ya no podrían recuperarle. ¿Así que para qué dañarla más? Se llevó el secreto a la tumba.

Miró a su madre. —¿Crees que tu abuela se hubiera ido después de entregar el bebé a su primo?

—No lo sé, cielo. Mi abuela era una mujer muy fuerte y lo que le pasó en la vida demostraba que era así, ¿pero quién sabe lo que haríamos en determinados momentos al sentirnos presionados? Déjalo estar.

Karen asintió mirando el techo. —Me alegro de que terminaran juntos.

—Si de algo puedes estar segura, es que mis abuelos se amaban muchísimo y que murieran casi a la vez demuestra que no podían vivir el uno sin el otro. Eran muy felices juntos.

—Qué bonito —dijo Isel emocionada—. Al final triunfó el amor.

Karen pensó que si su abuela había podido perdonar a Martin, bien podría ella darle otra oportunidad a Colton. Se miró la mano y su madre sonrió. —Dale una oportunidad, hija. Y si la fastidia tírale de las orejas, pero no te des por vencida.

—¿Puedes preguntarle de dónde sacaron el dinero? —preguntó su amiga.

—¿Sabes qué? Ahora ya me da igual de dónde sacaron el dinero. Tanto si se lo dio Martin como si no, lo que me importa es que mi bisabuela consiguió ser feliz.

Isel sonrió. —Entonces hemos acabado. Uff, menos mal porque no paraba de darle vueltas. —Cogió su bolso. —Ahora puedo dedicarme a ligar que se me está pasando el arroz. Hasta mañana.

—Disfruta.

—Eso pienso hacer. —Le guiñó un ojo antes de salir y madre e hija se miraron.

—¿De verdad lo vas a dejar?

—Lo único que me preocupaba es si ella sabía que el niño vivía o si Martin sospechaba que el niño era suyo. Pero supongo que nunca nos enteraremos.

—Yo no pensaba que nos íbamos a enterar de tanto. Igual nos llevamos una sorpresa.

Capítulo 9

—Joder con la sorpresa —susurró mirando el testamento de su abuela sentada en la cama del hospital—. Tiene que ser una broma.

—Es totalmente legal —dijo Luke preocupado—. Me he asegurado de que lo había firmado ante testigos pensado en impugnarlo si tú querías.

—Así que no heredo si no me caso con Colton.

—No. Supongo que era otra manera de obligarte a venir si no veías la carta.

—Y el patrimonio pasaría a ellos si me negaba.

—Exacto. La abuela quería que todos los bienes de Inglaterra volvieran a ser como eran cuando el Duque estaba vivo. Antes de que ocurriera todo. Antes de Karenina.

Mirando los papeles que tenía en la mano sonrió con ironía sin poder evitarlo. —Es evidente que la abuela se parecía más al Duque de lo que pensamos.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Volveremos a Nueva York y llevarás la vida que tenías antes. Una buena vida.

—Ya… —Levantó los ojos hasta su rostro. —¿Colton sabe esto?

—No lo creo.

—Llámale. Quiero que venga.

—Karen…

—Quiero que lo sepa. De esa manera podré estar segura de que quiere estar conmigo o si solo quiere las propiedades, ¿no lo entiendes? Debo decírselo para asegurarme.

Su hermano asintió antes de girarse hacia su madre que estaba sentada en una silla sin decir nada al igual que su padre. —¿Vosotros no tenéis nada que decir?

—Yo aún estoy alucinando con todo lo ocurrido. Esto solo es una cosa más —dijo su madre molesta levantándose y yendo hacia la ventana. Karen apretó los labios porque para su madre todo aquello debía ser surrealista.

—Lo siento mamá.

—Tú no tienes nada que sentir. No has hecho nada —dijo su padre cogiendo su mano—. Bastante tienes con todo esto.

—No me puedo creer que nunca me lo contara —susurró Karenina sin volverse—. Siempre he creído que teníamos una relación tan estrecha que no había secretos. Nos lo contábamos todo —dijo incrédula reteniendo las lágrimas—. Y ahora descubro que mi abuelo sí que era mi abuelo. Que sus padres estaban casados. Que tenía propiedades en Inglaterra… Dios, si cuando me casé dijo que me olvidara del tema porque estaba liquidado hacía años y todos estaban muertos. Y sabía que deberíamos hacernos cargo de la herencia más adelante. —Sonrió sin ganas. —¿Qué pensaba hacer? Porque naciste tú que si no…

—Cielo, no le des vueltas. No quería dar más explicaciones. Eso es evidente. Igual pensaba vender más adelante y cuando nació la niña cambió de opinión.

—No. —Negó con la cabeza. —Estoy convencida de que mamá pensó en esto desde que vino aquí por primera vez.

—Pero mamá, si tú eras una niña. —Su madre se volvió y miró a su hijo a los ojos.

Luke frunció el ceño. —¿Qué no nos has contado?

—Solo hay que hacer números. El padre de Colton solo me lleva quince años.

—¡Mamá! —Karen abrió los ojos como platos. —¿Crees que…?

—Pero pasó algo y olvidó el tema. Hasta más adelante…

—Pero ahí no sabía que Colton era familia de Martin.

—No seas tonta, Karen. Tú lo descubriste enseguida. ¡Y en ese viaje se trajo el diario y todo lo demás! ¡Tuvo días para descubrir lo mismo que tú!

Asombrada miró a su familia y Luke apretó los labios. —¿Crees que es posible?

—La abuela no era tonta. Ya me extrañaba que esto no lo hubiera descubierto antes. Creo que aprovechó que se encontró con Colton para sacarlo a la luz, pero debió descubrirlo antes.

—El administrador era un cotilla. —Su madre se echó a reír. —¿Crees en serio que mamá no le hubiera sacado la verdad ya que estaba relacionado con la familia? ¿Crees que ella no echaría un vistacito y vería el parecido con Martin?

—¿También se parece?

Todos asintieron. —Es igual que Colton. Mira, una ventaja de saber cómo será tu marido en el futuro. Y tiene pelo.

—Ya estamos otra vez. Cielo, debe ser ese champú que me compras. Todos en mi familia tienen una mata de pelo impresionante.

—¡Si tu padre murió calvo como una bola de billar!

—¿Nos centramos en el tema? —preguntó Karen exasperada—. Así que, si la abuela lo sabía, lo planeó todo desde el principio.

—Igual es que te ligué demasiado pronto —dijo Karenina pensativa—. Te eché el ojo con catorce años…

—¡Te lo eché yo que tenía diecinueve! Tú todavía llevabas trenzas.

—Sí, pero ya tenía novio. —Levantó la barbilla maliciosa. —Y bien que te fastidiaba.

Su padre gruñó haciéndola reír. —De verdad, no sé cómo os soporto. —Luke parecía pensativo. —¿Qué opinas tú?

—Igual mamá tiene razón. Igual la abuela se dio cuenta de que ellos eran felices juntos y decidió no hacer nada.

—Eso sí. Felices lo hemos sido un rato —dijo su padre vehemente —. ¿No, cielo?

—No te hubiera cambiado ni por un rey. Menos por un Duque.

Su padre le guiñó un ojo sonriendo. —Así se habla, preciosa.

—Pues eso. La abuela se dio cuenta de que se amaban de verdad y…

—¡La leche! ¿Me ha metido en este embrollo porque mis novios han sido penosos? —Al ver que nadie contestaba gimió. —Estupendo.

—Y menudo novio que te ha buscado. Es guapo, rico… ¡Joder es un Duque de cuento! Nadie podría negarse —dijo su padre encantado.

—Pues a ver si ahora es él quien se niega para quedarse con todo y enviar a la doncella a freír espárragos. Luke llámale.

—Estará a punto de llegar. —Divertido sacó su móvil cuando la puerta se abrió sin llamar y allí apareció Isel. —Joder… —siseó su hermano por lo bajo apartándose.

Su amiga gruñó fulminándole con la mirada. —¡No hace falta que me mires así! ¡Un mal día lo tiene cualquiera!

—¿Qué ocurre? —preguntó Karen asombrada porque su hermano parecía cabreado.

—Esta amiga tuya que no coge las indirectas.

—¡Tranquilo que no voy a pedirte salir nunca más! ¡Leche con los americanos! ¡Menudos estirados!

Atónita miró a su hermano. —¿Le has dicho que no?

—¡Oye, que bastante tenía con mi hermana tirada en la cama! ¡Hermana que no sabía si iba a estirar la pata para llevármela de vuelta a los Estados Unidos y celebrar un funeral!

Hizo una mueca antes de mirar a Isel. —Anda que tú… Ya podías haber escogido mejor momento.

—¡Por eso se lo volví a pedir más tarde! Pero es un… —Levantó la barbilla. —Bah, me da igual.

La conocía lo suficiente para saber que no le daba igual y eso la apenaba. Miró a Luke como si todo fuera culpa suya y su hermano levantó las manos como pidiendo ayuda. —¡Llama a Colton!

—Está abajo. Subirá enseguida —dijo Isel antes de forzar una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Me duele mucho menos la cabeza y ya me han quitado el collarín.

—El médico ha dicho esta mañana que en unos cuatro días nos la podremos llevar —dijo su padre encantado.

—¿De Inglaterra?

—No, todavía me vas a soportar un mes más hasta el alta definitiva. —Le guiñó un ojo haciéndola sonreír.

—No, claro que no. Colton no lo permitiría.

—Eso ha sido dicho con ironía. Suelta lo que sepas. —Karen miró a su madre. —Es una espía de primera.

—Lo sé. Cuenta, cuenta…

—Pues Marsi, la enfermera jefe de planta, me ha contado de la que venía que le había parecido raro que no te trasladaran porque ya que toda tu familia era de Estados Unidos y estás aquí de vacaciones… Entonces yo le pregunté que a lo mejor tu médico no quería que te subieras a un avión tantas horas. Pues ella me dijo que tú ya estás para subirte a un avión. Y que las compañías de seguros te darían un avión mecanizado para el caso remoto de que ocurriera algo. Que lo había visto antes.

—Será cotilla —dijo Luke enfadándose.

—Tú lo sabías —dijeron los cuatro a la vez.

—Claro que lo sabía. Ayer Colton salió con el doctor y le pidió que no te diera el alta todavía. Que esperara al menos un mes porque teníais temas que resolver.

—Será cabrito. ¡Lo sabía! —dijo Karen antes de que se abriera la puerta y Colton apareciera con esa sonrisa que le cortaba el aliento —. ¡Sí, ahora sonríe!

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué he hecho ahora?

—¡Maquinar a mis espaldas como siempre!

—Ya estamos. —Se acercó a la cama y le dio un rápido beso mientras ella le miraba con desconfianza. —Todo lo que hago es por nuestro bien.

—¿No me digas? —Levantó los papeles que tenía en la mano. —Lee.

Frunció el ceño. —¿Qué es esto?

—El testamento de la abuela. A ver qué opinas.

—¿Es el nuevo?

Todos miraron a Isel como si fuera tonta. —¿Qué? ¡No me habíais contado nada! ¡Necesitamos más comunicación!

Colton entrecerró los ojos. —¿Quieres mi opinión?

—Por supuesto, cielito. —Sonrió, pero sus ojos decían que ya podía decirle lo que estaba deseando oír porque si no se lo cargaba.

Él carraspeó cogiendo los papeles. —¿Nos afecta en algo?

—En todo. ¡Lee de una vez!

—Nena, ¿necesitas medicación? Te noto gruñona.

—Quiero estar lo más despejada posible para no perderme nada.

Empezó a leer y se notaba que estaba acostumbrado a ese tipo de documentos porque fue directamente al meollo del asunto. Notó como se tensaba enderezando la espalda y miró a Luke. —¿Esto es legal?

—Desafortunadamente para mi hermana sí.

—¿Qué dice? —susurró Isel a su madre.

Nadie le hizo ni caso. —¡Querrás decir desgraciadamente para los dos! ¡Porque ahora no voy a saber si me quiere a mí o la herencia de su abuela!

Vaya, ese punto de vista no lo había contemplado. Karen frunció el ceño y Colton la miró. —¿Qué piensas hacer?

—Bueno, visto así…

—¿Así cómo? ¿Ahora me dices que sí cuando te has negado hasta este momento? ¡Y si yo digo que no resultará que soy un aprovechado! —dijo muy alterado—. ¿No es cierto?

Se sonrojó con fuerza porque era precisamente lo que había pensado y él apretó las mandíbulas. —Entiendo. —Tiró los papeles sobre la cama. —Está claro que si no hay confianza por ninguna de las dos partes, esto no va a ningún sitio. Luke prepara unos papeles para renunciar a la herencia. Supongo que así los bienes volverán a manos de tu madre.

—Debo consultarlo con alguien de aquí, pero supongo que sí.

—Bien. —Se acercó a Karen. —¿Me devuelves el anillo de la abuela, por favor?

Todos se miraron asombrados y Karen no sabía qué decirle —Colton…

—En este momento no voy a hablar de esto. Y creo que nunca estaré preparado para esta conversación. El anillo, por favor. Seguro que encuentro a alguien en el futuro a quien no le moleste tanto llevarlo.

—Colton por favor —dijo su padre—. Está convaleciente y debes entender…

Su exprometido le miró furioso. —Su suegra fue muy clara pero no pienso humillar más mi apellido ni mi orgullo por una mujer que nunca confiará en mí. Y ahora yo tampoco me fío de ella. El compromiso queda roto. —Alargó la mano y Karen con el corazón encogido se lo quitó del dedo lentamente colocándolo en la palma de su mano. Él cerró la mano y la miró a los ojos. —Que tengas mucha suerte, Karenina.

—Colton, yo…

Se volvió y le dijo a Luke —Esperaré noticias tuyas. Tienes mi número.

—Joder, tío… No te lo tomes así. Tienes que entender...

—Puedo entender muchas cosas. Y las he entendido hasta ahora, pero se acaba aquí.

Salió dejando el silencio tras él y su madre se llevó la mano a la boca reprimiendo un jadeo. Karen se mordió el labio inferior sintiéndose vacía y sin poder explicarlo sentía que había perdido lo más importante de su vida. Se miró las manos y su padre susurró —Desde su punto de vista es normal que se haya ofendido.

—¿Alguien me puede decir qué pone el testamento?

—Si no se casaba con él no heredaba, pesada —respondió Luke —. Y si Karen se negaba a casarse, Colton lo hereda todo.

—Oye, guapo… —Se volvió sorprendida hacia Karen. —¡No fastidies!

—Hija… —Su madre se acercó y Karen reprimió las lágrimas. —Lo arreglaréis, ya verás.

—Ya le has visto. —Se acostó de costado y susurró —¿Podéis decirle a la enfermera que necesito dormir?

—Eh, eh —dijo Isel poniendo los brazos en jarras—. ¿En serio esto va a acabar así? ¡Me niego!

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que se arrastre para que le diga que sí? —preguntó su hermano molesto.

—Claro que no. Primero que Colton firme los papeles para liquidar el tema de la herencia —respondió resolutiva antes de sonreír de oreja a oreja—. Y después le pide matrimonio. Así él verá que no se casa por la herencia. De hecho, ninguno de los dos lo hará porque todo será de Karenina.

Se miraron los unos a los otros antes de mirar a Karen que no había reaccionado pensando en lo que había ocurrido. Una lágrima cayó por su mejilla y se la limpió a toda prisa. —¡Karen!

Miró a Isel sorprendida. —¿Qué?

—Ya lo he arreglado. ¡Deja de llorar!

Se sentó de golpe. —¿Cómo lo has arreglado?

—Luke ponte a trabajar. —Sonrió sentándose en la cama a su lado. —Le vas a pedir matrimonio.

—Pensará que…

La puerta se abrió de nuevo y Colton entró cabreadísimo. —¡Al menos podrías haber dicho algo! ¡Es evidente que te importo una mierda! ¡Le prometí a tu abuela que me casaría contigo!

—¡No me dejaste hablar!

—¡Eso solo es una excusa! ¡Lo que pasa es que la salida que te he dado te ha venido de perlas para deshacerte de mí!

—A éste el orgullo no le dura mucho —susurró su madre por lo bajo.

—¿Y qué querías que hiciera? Parecías tan ofendido…

La miró sorprendido. —¿Estás llorando?

—No, qué va.

Colton entrecerró los ojos. —¿Seguro?

—Me ha entrado algo en el ojo.

—Niña… —Su padre suspiró levantándose. —Deberíamos dejarles solos. Y si queréis mi consejo deberíais ser sinceros con lo que sentís. Los dos. Es muy difícil encontrar a tu alma gemela para pasar el resto de tu vida y si la habéis encontrado no deberíais dejar que nada os impida estar juntos. Vamos, cielo.

—Qué bien hablas, mi amor.

Se miraron a los ojos mientras salían, pero Isel no se movió del sitio. Luke entró de nuevo en la habitación cogiéndola por la cintura y tirando de ella hacia la puerta. —Jo, me lo voy a perder...

—Ya te enterarás del final.

—Sí, pero no será lo mismo.

Su madre cerró la puerta y se quedaron en silencio durante unos segundos que parecieron eternos. Karen no sabía qué decir y Colton suspiró. —Nena…

—Lo siento. No quería ofenderte…

—¿Pero?

—Tienes que darte cuenta de que es normal que tuviera dudas, ¿no? Todo esto es muy raro.

Se sentó a su lado y cogió su mano. —Yo no soy responsable de lo que hicieron los demás.

—Pero sí de empeñarte en casarte tan pronto con todas las dudas que hay a mi alrededor. ¡Y ahora esto! ¿Qué querías que pensara?

—¿Me estás echando la bronca?

Karen miró sus manos unidas. —Lo siento.

—Nena, mírame. —Ella levantó sus preciosos ojos azules hasta él muy arrepentida. —Yo quiero estar contigo.

—¿De verdad? —preguntó incrédula provocando que sonriera.

—Sí, de verdad. Desde que te vi por primera vez, te noto parte de mí. ¿No te lo había dicho ya?

—Sí, pero luego descubrí que me mentiste.

—¿Quieres dejar de hablar de eso? ¡Pareces un disco rayado! ¡Me estoy declarando!

—¿Otra vez?

—¡Sí! ¡Otra vez! ¡A ver si vuelves a decirme que sí!

—Sí.

A Colton se le cortó el aliento. —¿Sí qué?

Karen sonrió y la abrazó por el cuello pegándose a él. —Te quiero —susurró a su oído—. Sé que no hemos pasado mucho tiempo juntos y que han ocurrido muchas cosas que me han hecho desconfiar de ti, pero cuando me quitaste el anillo me he dado cuenta de que te necesito a mi lado. Te quiero y quiero estar contigo y me da igual la herencia y todo lo demás. Solos tú y yo.

Colton la abrazó pegándola a él como si no quisiera perderla jamás. —Nena, ¿ahora estás segura? Mira que contigo nunca se sabe. —Rió en su oído y él la apartó para mirarla a los ojos con pasión. —Repítelo.

—Te quiero, mi Duque. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, preciosa. Me casaré contigo.

Karen sonrió y se acercó a sus labios.

—¿Ha dicho que sí? —preguntó Isel al otro lado de la puerta.

—¿Quieres callarte?

—¡Es que no lo he oído! Y deja de echarme la bronca, pareces mi padre.

Karen le miró a los ojos. —Menos mal que has vuelto. Isel tenía no sé qué plan preparado.

—¿Y dejarte escapar? —Miró sus labios con deseo y susurró —No estoy loco.

Rozó sus labios suavemente cuando la puerta se abrió sobresaltándolos y todos entraron de nuevo para felicitarles. Colton dio la mano a los hombres mientras su madre prácticamente se tiraba a él para darle dos besos en las mejillas. Isel se acercó. —Vaya, así que al final hay boda.

—Eso parece —dijo sintiéndose inmensamente feliz. Como su amiga no decía nada la miró con desconfianza—. ¿Por qué?

—No, por nada. Perfecto. No tengo que trazar más planes.

—No, no tienes que hacerlo.

—Lo que decía. —Le guiñó un ojo y felicitó a Colton que ante todos cogió su mano y le puso el anillo de nuevo.

—Es tan bonito… —dijo su madre emocionada como si no lo hubiera visto nunca.

—Sí que lo es. —Cogió la mano de su prometido y susurró —Dile al médico que me deje salir.

—¿Yo? —preguntó haciéndose el tonto—. ¿Y por qué iba a hacerme caso?

Todos se cruzaron de brazos mirándole como si fuera idiota. Colton carraspeó. —Hablaré con él antes de irme, a ver qué se puede hacer.

—¿Vas a hacer esto mucho? —preguntó divertida.

—Si es por nuestro bien, todo lo que pueda.

—Perfecto.

Capítulo 10

Le mataba, pensó entrando en la Iglesia que estaba a rebosar. Y eso que la Iglesia era enorme. Miró de reojo a su padre que se estiró la chaqueta del chaqué orgulloso antes de ofrecerle el brazo. —¿No iba a ser algo íntimo? —susurró forzando una sonrisa.

—Hija, tienen compromisos…

—Aquí está medio Londres —siseó cogiendo el ramo que le ofreció la organizadora de la boda.

—Si te hubieras implicado más…

—Tenía que regresar a Nueva York y en un mes no da tiempo a mucho, ¿sabes? ¡Tenía que hacer mil cosas para trasladarme!

—Bueno, tú relájate y disfruta.

Sí, ahora no le quedaba más remedio. Los violines empezaron a sonar y gimió por dentro cuando empezó a escuchar al coro. Estaba claro que entre su prometido y su suegra, con la ayuda de su madre, que se había quedado unas semanas para ayudar, le habían montado la boda de Cenicienta. Miró hacia arriba por si los pajaritos salían en cualquier momento.

Isel delante de ella vestida de amarillo pálido le guiñó un ojo antes de coger el brazo de Luke y empezar a caminar por el pasillo de la Iglesia. Sonrió porque estaba preciosa. Al menos los vestidos de las doce damas de honor no eran estridentes. La organizadora le hizo un gesto y apuntó mentalmente tener unas palabritas sobre los veinte mil emails que se habían intercambiado respecto a como quería ella las cosas. Estaba claro que ni los había leído. Resignada dio un paso hacia el altar y sus ojos se encontraron con su prometido que sonrió mientras la observaba caminar hacia el final del pasillo para llegar hasta él. Karen sonrió radiante porque estaba tan guapo que cortaba el aliento. Luke se colocó al lado del novio y

éste dio un paso hacia ellos cogiendo su mano. —Estás preciosa, nena.

—¿Esto también es por nuestro bien?

—Por supuesto. —La besó en la sien haciendo sonreír a los invitados. —¿Me perdonas?

—Qué remedio si no quieres una novia a la fuga. Empiezo a darme cuenta de que tenía que haber regresado antes de Nueva York.

Colton reprimió la risa y se volvieron hacia el cura. Asombrada vio que llevaba un sombrero que medía medio metro a juego con la sotana blanca y dorada. Miró de reojo a Colton y se acercó a él. —Cariño, ¿este tío es católico?

Su futuro marido carraspeó. —Casi.

—Yo no soy anglicana —susurró preocupada.

—Tranquila, está arreglado. Firmaste un formulario.

¿Cuándo? Dejó caer la mandíbula del asombro y volvió la cabeza hacia sus padres que eran más católicos que el Papa. Su madre hizo un gesto sin darle importancia sonriendo de oreja a oreja. Se notaba que estaba orgullosa de ser la madre de la novia.

Giró la vista hacia el otro lado donde los Duques la miraban sin mover el gesto como si no estuvieran viendo cómo se casaba su hijo mayor. Miró los ojos azules de su suegra y ésta levantó una de sus rubias cejas bajo la pamela de medio metro como indicándole que estaba haciendo algo mal. Se sonrojó mirando al frente y el cura sonrió. Madre mía ese era arzobispo por lo menos. Empezó a soltar un rollo que te mueres hablando de la importancia de la familia y de la larga estirpe del linaje de los Lapworth que se remontaba a antes de Guillermo el conquistador. Sin poder evitarlo tosió reprimiendo la risa y Colton la advirtió con la mirada apretándole la mano. Intentó ponerse seria y miró al cura de nuevo que siguió como si nada porque tenía que terminar el discurso que tenía preparado. Madre mía, y ella con un jet lag horrible pues habían cancelado su vuelo en Nueva York y tuvo que coger tres vuelos para llegar a tiempo. Y encima se encontraba con aquello. Mira que durante la semana que

habían pasado juntos en la casa de campo se lo había dicho mil veces. Una boda sencilla, pero nada.

Miró de reojo a su prometido que hacía lo mismo. Mirarla de reojo temiendo que le montara un numerito en cualquier momento porque ni las flores eran las que ella había pedido. Cuando metió el dedo por el cuello de la camisa estirándolo todo lo que podía Karen casi tiene un ataque de risa. Colton sonrió y sin dejar de mirar al cura levantó su mano y besó su dorso. Ese gesto le demostró que era el hombre de su vida y enamorada se emocionó. Puede que pasaran por muchas cosas en los próximos años, pero estarían juntos y ella no necesitaba nada más.

La ceremonia continuó y mirándose a los ojos se dijeron los votos que habían decidido entre los dos después de muchas conversaciones por teléfono. Cuando se pusieron los anillos escucharon un gruñidito a su lado y todos se volvieron para ver a Isel llorando a lágrima viva. Su amiga le dio un codazo a la prima de Colton y dijo —Tía, ¿tienes un pañuelo? Jo, se me va a correr el rímel.

—Shusss.

Karen reprimió una risa viendo como Luke poniendo los ojos en blanco le tendía un pañuelo. Ella ni corta ni perezosa rodeó la cola para cogérselo y se sonó haciendo un ruido horrible provocando que varios invitados jadearan del asombro.

—La mato —siseó Colton.

—La anécdota de la boda. —Le guiñó un ojo y terminó de meterle el anillo.

Colton cogió el anillo del cojín de seda blanca y le sonrió con esa sonrisa de medio lado que la volvía loca. —Karenina, te entrego este anillo como prueba de mi amor y fidelidad a ti y prometo amarte y respetarte, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza todos los días de mi vida hasta que la muerte nos separe.

Karen sonrió poniéndose de puntillas estirando el cuello, pero el cura carraspeó. Le miró exasperada y él haciéndose el loco levantó

los brazos a la altura de los hombros. —Yo os declaro marido y mujer. —Miró a su marido. —Puedes besar a la no…

Karen se tiró sobre Colton besándole en los labios y su marido la abrazó por la cintura respondiendo a él, demostrando todo lo que se habían echado de menos en esas semanas separados. Para ella fue como tocar el cielo y ni se dio cuenta de cómo los invitados aplaudían.

Su marido se separó ligeramente y se miraron a los ojos. —¿Me has echado de menos? —preguntó él divertido.

—Bah, un poco.

Colton sonrió. —Yo a ti mucho.

—Lo suponía. Por eso he venido.

Él se echó a reír divertido y se volvió hacia la Iglesia cogiendo su mano. Empezaron a felicitarles y Karen medio mareada por toda la gente que se acercaba, lo único que podía hacer era dar las gracias y sonreír. Ni vio a sus padres ni a su hermano. Mientras Colton tiraba de ella para pasar, miró hacia atrás y los vio en los escalones que llevaban al altar observándola con una sonrisa en los labios. Karen perdió la sonrisa poco a poco porque a medida que se alejaba se dio cuenta que a partir de ahora iba a empezar una nueva vida y que irremediablemente se alejaría de ellos. Miró al frente sintiéndose insegura, pero Colton la cogió por la cintura antes de salir de la Iglesia donde les cubrieron de arroz. Chilló cuando sintió un golpe cerca de la sien y Colton la miró cubriéndola mientras el arroz seguía cayendo. Colton juró y gritó algo antes de coger un pañuelo para ponérselo en la sien. —¿Qué ocurre? —preguntó atontada. Jadeó al ver una gota de sangre sobre el pecho de su maravilloso vestido blanco mientras todos gritaban a su alrededor.

—Nada, cielo. —Él miró hacia abajo. —Sujeta el pañuelo.

Ella lo hizo y en ese momento se acercó su madre. —¿Qué te ha pasado?

—No sé. —Apartó el pañuelo un poco. —¿Qué tengo?

Su madre jadeó y su padre se acercó de inmediato. —Colton hay que llevarla al hospital. Necesita un par de puntos.

Miró a su marido que se incorporaba del suelo en ese momento y muy serio asintió cogiéndola del brazo. —Vamos, nena.

—Pero la celebración… —Sus ojos se llenaron de lágrimas porque le hubiera ocurrido aquello.

—No te preocupes. No tardaremos mucho.

Los invitados se apartaron en silencio para dejarles pasar. Estaba claro que toda la alegría se había ido en ese momento. Se sentó en la limusina y Colton metió la cola de su vestido antes de cerrar la puerta dándole instrucciones al chófer y rodeando el coche para sentarse a su lado. Juró por lo bajo apartando el pañuelo.

—Me han tirado algo, ¿verdad?

—Ha debido ser algún gracioso que pasaba por allí. —La besó en los labios suavemente. —No te preocupes. Casi ni se notará.

—El vestido… —Se miró sin poder evitarlo y una lágrima corrió por su mejilla.

—Shusss, preciosa no llores. Haré que lo arreglen. Te lo juro —dijo angustiado.

Ella asintió reprimiendo las lágrimas, pero ese sería un recuerdo que le quedaría toda su vida. Estaba claro que empezaban su matrimonio fenomenal. Esperaba que no fuera a peor.

Colton la llevó a una clínica privada donde la atendieron a toda prisa y más al ver la situación. Sentada en una camilla ni sintió cuando le pusieron los dos puntos.

—No debes preocuparte—dijo la doctora que tenía la edad de su madre—. No te quedará mucha cicatriz porque ha quedado cerca de la ceja. Casi ni la notarás.

—Gracias —dijo forzando una sonrisa porque Colton estaba a su lado con los brazos cruzados y el ceño fruncido—. ¿Podré tomar el sol? Nos vamos a Grecia de vacaciones y…

La doctora hizo una mueca. —Deberías cubrirlo si vas a tomar el sol. De otra manera se oscurecerá la cicatriz.

Estupendo. Tendría que estar pendiente de aquello toda la luna de miel. —De acuerdo.

—Joder —siseó Colton por lo bajo.

—No pasa nada, cielo.

—¡Claro que pasa! —dijo furioso.

Los ojos de Karen se llenaron de lágrimas porque aquel día no se parecía en nada al que siempre había creído que sería el día de su boda. Colton suspiró y se acercó cogiendo su mano. —Nena, no te preocupes. Ahora iremos a la fiesta y lo pasaremos estupendamente. Nunca hemos bailado.

Ella sonrió sorbiendo por la nariz. —¿Y lo haces bien? Porque yo soy pésima. No tengo ritmo.

—Por supuesto, fui a clases de pequeño.

—Hacen una pareja preciosa. Y seguro que el señor baila estupendamente. —Se giró hacia la enfermera y cogió el apósito que iba a ponerle. —Es lógico que se haya disgustado. Ninguna novia imagina algo así. Pero estas cosas suceden.

—¿De verdad?

—Una vez vino una con una pierna rota por dos sitios. Se le cayó su suegra encima cuando estaban bailando. —Karen sonrió. —Y una vez tuve una con casi una peritonitis. La muy bruta había tenido dolores desde la noche anterior, pero se negaba a ir al hospital por no estropear la boda. Casi se va al otro barrio. —Le tocó la nariz. —Así que tú has tenido suerte. Ahora a disfrutar de tu día.

—Gracias doctora.

Colton la cogió por la cintura y sujetándose en sus hombros dejó que la posara en el suelo. Se miraron a los ojos y Karen sonrió. —¿Cómo estoy?

—Preciosa, como siempre. ¿Te duele?

—No, vamos que estoy hambrienta. Seguro que habéis elegido un menú de reyes y que no habéis respetado ninguno de mis deseos.

Colton se echó a reír. —Casi.

Se dejó llevar fuera del box donde la habían atendido cuando vio allí a sus padres y a su hermano que estaban de lo más preocupados. —Pero bueno, ¿qué hacéis aquí?

—¿Estás bien? —preguntó Luke acercándose.

—Estoy bien. No ha sido nada —respondió con cariño—. Venga, regresemos a la boda. ¡Qué solo me caso una vez!

Sus padres sonrieron aliviados. —Más te vale —dijo su marido por lo bajo haciéndoles reír.

Al final decidieron regresar todos a la fiesta, aunque estaban algo apretujados por el volumen del vestido de novia. Frunció el ceño al ver a Isel ante el hotel donde se celebraría la comida. En cuanto les vio llegar se acercó corriendo a la puerta y la abrió. Karen se preocupó al ver que estaba muy nerviosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luke saliendo el primero del coche.

—Sé quién ha sido.

—¿Quién ha sido? —Colton salió del coche extendiendo la mano para ayudarla.

—La que le tiró la piedra.

Colton se volvió lentamente. —¿Me estás diciendo que uno de mis invitados ha agredido a mi esposa?

Isel asintió con la cabeza. —La oí en el baño cuando llegamos de la Iglesia. Se estaba riendo con sus amigas. —Miró a Karen que se había quedado de piedra. —Dijo que era una pena que no te hubiera sacado un ojo.

—Menuda hija de puta —susurró Luke—. ¿Quién es esa zorra?

Miró de reojo a Colton. —No estoy segura, pero… creo que es prima tuya.

—¿Prima mía? —preguntó exaltándose.

—Cariño, tranquilo. —Le cogió del brazo. —Vamos dentro y pasémoslo bien. ¿De acuerdo? Que esto no arruine nuestro día.

Colton respiró por la nariz intentando controlarse y le hizo un gesto a Luke. —¿Puedes decirle a mi madre que salga al hall? No quiero que nadie se entere de esto.

Luke asintió entrando en el hotel rápidamente.

—¡Colton!

—Nena, esto no va a quedar así.

—¿Y qué vas a hacer, montar el numerito? ¡Le fastidiarás la boda a tus padres!

—Ella sí que nos ha fastidiado —dijo su madre—. ¡Y si no quiere celebrar vuestra unión no la quiero en ese salón!

—Bien dicho Karenina. —Isel entrecerró los ojos. —¿Quieres que le arree?

Su madre pareció pensárselo. —¡Mamá! —exclamó alucinada.

—Calla Karen. Lo estoy pensando.

—Vamos, nena. —dijo Colton muy tenso. Le miró de reojo y vio que estaba realmente a punto de estallar.

—Déjalo estar. Es nuestro día.

—Como ha dicho tu madre, ella no tiene nada que celebrar.

La Duquesa salió del salón y sonrió acercándose. —Cómo me alegro de que hayáis llegado. Aún estamos con el cóctel.

—Madre...

La Duquesa perdió la sonrisa poco a poco. —¿Qué ocurre? ¿Es más grave de lo que parecía?

—Sí, es muy grave. Una de mis primas le ha hecho esto.

Su madre le miró asombrada. —Eso es imposible si…

—Isel, entra con mi madre y dile quien le tiró la piedra.

La Duquesa perdió parte del color de la cara. —Hijo, no puedes hablar en serio. ¿Alguien de la familia?

—Igual no es de la familia —dijo Isel haciéndose la tonta—. Yo se la señalo y usted me dice si lo es o no.

La pobre mujer asintió apretándose las manos nerviosa. Seguramente porque sabía que aquello iba a acabar fatal.

—Estás exagerando. —Karen sonrió. —Seguro que lo ha hecho sin querer.

—Sí, y el comentario de que perdieras el ojo era de propina —dijo Isel mirándola como si fuera tonta—. ¡Por lo que he oído en el baño esa tía te odia, Karen!

Su suegra palideció y su madre entrecerró los ojos. —Duquesa, ¿sabe quién es?

Miró de reojo a su hijo y Karen frunció el ceño. —¿Quién es?

—He oído varios desafortunados comentarios de Mónica durante estos días y…

—¡Joder! —Colton fue hasta la puerta del salón.

—¡Cariño, no! ¡Vas a fastidiarlo todo!

Su marido se volvió y apretó los puños reteniéndose. —Madre, ¿puedes sacarla? Porque si lo hago yo, salimos en el periódico.

La Duquesa asintió y entró en el salón. La verdad es que aquello era un trago para ella si eran familia. Miró a su madre que estaba de lo más cabreada. Uy… allí iba a haber bronca.

—Mamá tranquilízate.

—Eso cielo, esto lo arreglará Colton.

—¡Pues a ver si es verdad!

Colton apretó las mandíbulas y Karen le miró preocupada. Fueron unos minutos muy tensos hasta que Luke salió del salón. Asombrados le miraron. —¿Y mi madre?

—No sé. He ido al baño. ¿No ha salido?

—Sí, ha salido y ha ido a buscar a la primita —respondió Isel con ganas de sangre.

En ese momento se abrió la puerta y Karen miró asombrada a la chica que iba con su suegra. Era una mujer preciosa con una larga melena rubia hasta la cintura y unos preciosos ojos azules. Y por la cara que llevaba, parecía de lo más divertida.

Colton se tensó con fuerza. —¿Te hace gracia?

—¿El qué? —Puso una mano en la cadera poniéndose chula mostrando su precioso vestido negro e Isel abrió los ojos como platos por su descaro. —¿Querías algo?

—Claro que quiero algo. Lárgate de aquí. No quiero volver a verte.

Mónica perdió parte de su pose. —¿Pero qué dices, Colton?

—Conmigo no te hagas la tonta. —Miró a Isel. —¿Era ella?

Isel asintió. —Sí, era ella.

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando?

—Hijo, por favor… —susurró la Duquesa abochornada.

—Lárgate de aquí antes de que avergüences más a la familia —siseó con rabia.

—¿Más que tú al casarte con ésta?

Su madre jadeó al escucharla y dio un paso hacia ella. —Oye guapa…

Mónica se volvió con descaro antes de que su padre cogiera del brazo a su madre para retenerla. Entonces la rubia se echó a reír. —Lo que decía. Ninguna clase.

—Espera, que te voy a enseñar yo lo que es la clase. —Isel le dio un puñetazo en toda la nariz y la Duquesa jadeó llevándose la mano al pecho antes de desmayarse.

Colton la cogió en brazos antes de que se desplomara y Karen asombrada vio como Mónica se tiraba sobre Isel mientras su familia, Luke incluido, la animaban a darle de puñetazos. Llegaron los porteros del hotel para separarlas mientras Colton gritaba que llamaran a una ambulancia.

La puerta del salón de la celebración se abrió de golpe y varios invitados salieron al hall. Karen gimió porque ya no había quien detuviera el escándalo y más cuando uno de ellos sacó su móvil e hizo una foto de Isel enseñando las braguitas mientras se tiraba a horcajadas sobre Mónica como si fuera un combate de pressing catch. Ella carraspeó levantando la barbilla y se acercó a su marido. —¿Tu madre está bien?

—Se ha desmayado.

—Mira, como las damiselas del siglo pasado.

El Duque se acercó pasando entre los invitados y gritó —¿Qué diablos ocurre aquí?

Todos le miraron y como si hubiera hablado el mismo Papa de Roma se quedaron muy quietos esperando su reacción.

—Muy bien, suegro. Esto se estaba desmadrando. —Sonrió dejándolos a todos atónitos. —¿Qué tal si entramos y nos tomamos una copita de champán? Creo que la necesito.

El Duque le tendió el brazo. —Por supuesto, Karenina. Pobrecita. ¿Ha sido mucho?

De la que pasaba le clavó el tacón a Mónica en la mano y mientras la prima de su marido chillaba ella dijo sin perder la sonrisa —Nada que no se pueda arreglar. Afortunadamente casi no me quedará cicatriz. —Cogió su brazo y el Duque vio la mancha de su vestido. Se quitó la rosa que llevaba al ojal y se la colocó con cuidado encima. —Gracias, suegro.

—Llámame Milton. —Le guiñó un ojo. —Me hace sentir más joven.

Karenina se echó a reír. —Si está hecho un chaval.

Todos miraron asombrados como nuera y suegro entraban en el salón como si fueran los reyes de Inglaterra mientras todos se apartaban haciéndoles un pasillo. Su madre sonrió orgullosa antes de fulminar con la mirada a Mónica. —¿La ves? ¡Eso es una Duquesa, envidiosa arribista!

Mónica jadeó. —¿Yo arribista?

—¡Mónica! —exclamó Colton furioso.

La prima apretó los labios y se levantó con ayuda de uno de los porteros del hotel. Había perdido un zapato, pero levantó la barbilla y se dispuso a atravesar el hall cojeando para salir del hotel.

—¡Eso, y no vuelvas! —gritó Isel mientras Luke la levantaba. La cogió por la barbilla y vio que tenía un arañazo.

—¿Estás bien?

Le miró a los ojos con sorpresa. —Sí, con esa no tengo ni para empezar.

Luke se echó a reír. —Estupendo, entonces tomemos esa copa.

Entraron en el salón y Colton hizo una mueca mirando a su madre. —Sí que es estupendo. —Le dio una palmadita. —¡Madre despierta!

Su madre abrió un ojo y Colton gruñó. —Ya puedes dejar de disimular tu enorme disgusto, madre. Sé que tú la animaste.

—¡Menuda mentira! —Miró a su alrededor y suspiró del alivio. —Aunque es cierto que cuando me dijo que Karenina no le gustaba,

tenía que haberle cortado las alas. Ahí te doy la razón. Pero es que siempre ha estado loca por ti y esta boda ha sido un disgusto enorme para ella.

—Se lo has contado, ¿verdad? Le has contado la reunión que tuvimos con su abuela.

—No… directamente.

Colton se levantó indignado. —¡Se lo has contado a la tía Gloria!

—Fue hace muchos años… —Su madre se sonrojó extendiendo la mano para que la ayudara a levantarse. —Para que Mónica no se disgustara si ella llegaba a aparecer. Además, el trato del patrimonio lo ha roto su abuela con ese testamento absurdo. Lo que está claro es que o lo había pensado mejor o quería obligar a Karen a este matrimonio. ¡No deberías haberte casado con Karen!

—¡Madre no entiendes nada!

—Claro que sí. ¡Si no te hubieras casado con ella, lo habríamos recuperado todo y podías haberte casado con Mónica como siempre habíamos planeado para después de vuestro divorcio!

—¿Qué divorcio?

Colton palideció volviéndose para ver a su mujer con dos copas de champán en la mano y blanca como la cera. —¿Qué divorcio, Colton?

—¡Nena, no sabe ni lo que dice!

Impotente porque no pensaba decirle la verdad miró a su suegra que agachó la mirada muy avergonzada. —¿Qué divorcio, Esther? Al menos merezco una explicación.

—¡Karenina, no te conocía! ¡Tu abuela nos quería presionar y yo hice mis propios planes!

—¿Después te divorciarías de mí? ¿Para casarte con esa? —preguntó con lágrimas en los ojos sintiendo que se le rompía el alma —. Supongo que después de tener un heredero que se quedara con todo. —Una lágrima cayó por su mejilla.

—Eso fue antes de conocerte. Lo juro.

—Ya, ahora me lo juras. Me has manipulado desde el principio. Y que siguiéramos adelante con la herencia de mi abuela después de

nuestro compromiso a ti te ha venido de perlas. Por eso no te fuiste aquel día del hospital. Porque te habrías quedado sin nada. Montaste el numerito para que yo creyera en ti, pero en realidad eres exactamente como me imaginaba —dijo rota de dolor sin darse cuenta de que lloraba.

—Karen, no es así. —Se acercó a ella e intentó tocarla, pero ella rabiosa le tiró el champán a la cara.

—Ni se te ocurra tocarme.

—Oh, Dios —susurró su suegra descompuesta al ver su dolor—. Niña…

—¡No me dirija la palabra, señora! —gritó furiosa—. ¡Al menos tenga un poco de dignidad y no disimule que le importa!

—Si no me hubiera casado contigo me habría quedado con todo, ¿recuerdas? ¡Tu abuela lo estipuló así!

—Porque sabía que tú no te echarías atrás, ¿verdad? —le gritó a la cara—. ¡Quería obligarme a mí porque sabía que tú no me rechazarías en matrimonio! ¡Por eso cambió el testamento! Sabía que tú no te enfrentarías a una posible demanda por la herencia donde yo sacara todos los trapos sucios que queréis enterrar. Eso no estaba en tus planes, ¿verdad? —Colton palideció. —No, claro que no. Hay que proteger el apellido. Y era más fácil comprometerme a la familia con un bebé al que yo jamás perjudicaría. Al fin y al cabo, es su apellido y su fortuna de la que hablamos. Y con lo que protejo a mi familia, sabías que eso no pasaría. Así que seguiste con el plan original. —Dejó caer las copas al suelo que se hicieron añicos antes de dar un paso hacia él. —¿Pues sabes qué? En este caso la que voy a ganar soy yo. Porque con este matrimonio ya me he asegurado la herencia de la abuela y de ti ya no quiero nada más. —Se echó a reír sin ganas. —Espero que seas muy feliz con tu Mónica.

—Karen, no es así. ¡Ahora ya no! ¡Cuando llegaste todo cambió!

Le dio un bofetón que le volvió la cara. —¡No ha cambiado nada! ¡En cien años no ha cambiado nada en esta maldita familia! ¡Pero yo no soy Karenina y te juro que como vuelvas a dirigirme la palabra,

destruyo Lapworth House hasta los cimientos! —Se miraron a los ojos. —Quedas advertido.

Se volvió hacia la recepción y escuchó decir a la Duquesa —Hijo, no…

Las mejillas de Karen se llenaron de lágrimas mientras se alejaba porque no la seguía diciéndole que todo era mentira. Que en cuanto la había conocido se había enamorado de ella y que solo ella le importaba. Que la amaba más que a nada. Pero llegó hasta la recepción sin que él abriera la boca ni la detuviera, provocando que su dolor se multiplicara porque solo le estaba confirmando que ella nunca le había importado. —Mi llave, por favor.

—Sí, por supuesto —dijo la recepcionista asombrada porque seguramente lo había visto todo—. Aquí tiene.

Cogió la llave de plástico y fue hasta el ascensor. Se limpió las lágrimas como pudo y cuando se volvió después de pulsar el último piso sus ojos se encontraron. Él apretó las mandíbulas e iba a dar un paso hacia ella, pero su madre dijo —¿Quieres empeorarlo todo?

Las puertas se cerraron y Karen cerró sus preciosos ojos azules rota de dolor. Sonrió sin ganas por lo estúpida que había sido. Había querido su propio cuento de hadas y la vida le había demostrado que no existían y que Colton jamás había sido suyo. Todo había sido un espejismo. Un sueño que iba a pagar demasiado caro.

Capítulo 11

—Isel, ¿has conseguido la documentación del caso Cassidi?

Levantó la vista y vio que su nueva jefa de documentación estaba escribiendo algo en su móvil. En los dos años que llevaba en el periódico había demostrado que ese era su puesto. —Sí, pero aún me queda la confirmación de ciertos datos contables. —Levantó la vista y le guiñó un ojo. —Mi fuente se me resiste un poco. Pero lo conseguiré.

Todos se echaron a reír porque era obvio que esa fuente no tenía nada que hacer si quería quitársela de encima. —Bien, pues hemos acabado por hoy. A trabajar, chicos. Hay que sacar el periódico adelante.

Su personal se levantó de la sala de juntas y Karen cogió el dossier de edición. Isel se levantó mostrando su barriga de cinco meses y ella sonrió. —¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Luke ya me tiene preparadas las tostaditas todas las mañanas para que coma después de vomitar. —Karen se echó a reír. —Hablando de comida, ¿tienes plan?

—Voy a por mi bolso y nos vamos.

—Genial, te veo en el hall.

Karen fue hacia el ascensor y pulsó el botón de llamada. Recibió un WhatsApp y sacó su móvil del bolsillo de su chaqueta del traje rosa que se había puesto ese día para ver quién era. Sonrió al ver que era su madre. Contestando distraída entró en el ascensor y pulsó el último piso. Al ver por el rabillo del ojo que había alguien allí, miró distraída para ver que era un tipo con traje que llevaba un maletín en la mano. Le sonaba su cara y al ver que iba al último piso preguntó —Disculpe, ¿nos conocemos?

Él la miró sorprendido. —¿Karenina Lapworth?

Se tensó con fuerza. —Me apellido Harrison.

El hombre se sonrojó. —Oh, por supuesto. Precisamente iba a verla a usted. No llegaron a presentarnos, pero estuve en su bod… —Carraspeó incómodo. —Bueno, da igual. El caso es que iba a verla a usted.

—¿No me diga? —Se cruzó de brazos. —¿Y para qué si puede saberse?

Él extendió la mano pálido como la cera. —Soy John Fulop, abogado de la familia Lapworth.

—Esto se pone interesante. ¿No les quedó claro que no quiero tratos con ellos? —El hombre se sonrojó. —Creía haber sido muy clara cuando me divorcié. —Salió del ascensor decidida a ignorar su presencia, pero el hombre la siguió a toda prisa. Llegó hasta su secretaria que le dio los mensajes. —Me voy a comer.

—Ok, jefa.

El señor Fulop carraspeó. —Si me concede unos minutos.

Su secretaria levantó una ceja y ella dijo exasperada —¿A que es un finolis? —Entró en su oficina y cogió su bolso. El hombre no se cortó en entrar y en cerrar la puerta. Exasperada se volvió. —Mira majo, me importa un pito lo que quiera mi exmarido. No me interesa, ¿de acuerdo? Así que si es su abogado, dígale que deje de enviarme emails que por cierto no leo.

—Su marido o mejor dicho exmarido ha fallecido.

Karen dejó caer el móvil que tenía en la mano perdiendo todo el color de la cara y casi sin respiración se volvió lentamente para mirarle a los ojos. El hombre apretó los labios. —Hace una semana. Un desafortunado accidente de coche.

—¿Qué? —Mareada se tambaleó y él la cogió por el brazo ayudándola a sentarse.

—¿Llamo a alguien?

Ni contestó sin poder dejar de pensar en que Colton había muerto. No podía ser. Le miró a los ojos. —¿Está seguro?

—Se ofició su funeral hace cuatro días. Yo mismo asistí. Lo siento mucho.

Sus ojos se llenaron de lágrimas sintiendo un dolor lacerante en el pecho. —Dios mío.

El hombre apretó los labios al ver su estado. —Por eso estoy aquí. Para comunicarle lo que le ha dejado en testamento.

—¿A mí? —Negó con la cabeza. —Yo no quiero nada —dijo con la voz congestionada.

El hombre se incorporó y cogió su maletín del suelo para colocarlo sobre la mesa. —Le ha dejado varias cosas. Las he enviado a su dirección en Manhattan. Me pareció mejor que traerlas aquí. Además, mi avión de vuelta es en cuatro horas y no podía esperar a que regresara a casa después del trabajo. Si no las quiere, solo tiene que devolverlas a la familia. Aunque Colton quería que las tuviera usted. —Atónita vio que dejaba un pen drive sobre la mesa con unos papeles. —Ahí lo especifica todo. —Apretó los labios al ver que estaba totalmente rota. —¿Sabe? Nunca creí que tendría que darle esta noticia. Lo siento muchísimo y la acompaño en el sentimiento.

—Gracias —susurró angustiada abrazándose el vientre.

—Si necesita cualquier especificación solo tiene que llamarme al número que hay en la carpeta. Intentaré ayudarla en todo lo posible.

—Es muy amable.

Él asintió apretando los labios antes de salir de su despacho. Karen se tapó los ojos sin poder creérselo. Durante esos meses el rencor había ocupado su corazón y enterarse de la muerte de Colton… Se suponía que no debía afectarle, pero no podía soportarlo. Gimió de dolor abrazándose de nuevo y se inclinó hacia delante recordando el día de su divorcio. Fue la única vez que se vieron en esos dos años. Él había intentado hablar con ella antes de la reunión, pero ni Luke ni el abogado le dejaron acercarse. Ella se había mostrado lo más fría posible, aunque todo su ser anhelaba tocarle y hablar con él. Si no se hubiera dejado llevar por el orgullo… Se echó a llorar desgarrada. Ahora ya no le vería nunca más. Ya no escucharía su risa. Ya no le oiría hablar ni sentiría el tacto de su piel y en ese momento se dio cuenta que durante ese tiempo siempre

había esperado que ocurriera algo que arreglara su relación. Ahora eso ya no pasaría nunca.

—¿Karen? Te estaba esperando abajo, pero… —Volvió la cabeza para ver como Isel entraba en su despacho mirándola preocupada. —¿Qué ocurre? —Se echó a llorar con fuerza y se levantó abrazándola. —Dios mío, ¿qué ha pasado?

—Colton…

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó furiosa.

Se apartó para mirarla a los ojos y susurró —Está muerto.

Isel la miró asombrada. —¿Pero qué dices, Karen? ¿Cómo que está muerto?

—Murió hace una semana en un accidente de coche.

Su amiga se llevó la mano al pecho impresionada. —Dios mío. ¿Estás segura?

Asintió sentándose porque las piernas no la sostenían. —Ha venido su abogado y… —Se echó a llorar de nuevo. —Si hubiera hablado con él…

Su amiga se sentó ante ella. —No te arrepientas. Te mintió.

—Tenías que haberle visto el día en que firmé el divorcio. Parecía desesperado al decirme que necesitaba hablar conmigo. Y no le di la oportunidad de explicarse. El día de la boda me fui de inmediato y no quise verle cuando vino a Nueva York. Luke le amenazó con la prensa para que se alejara. Y el día del divorcio…

—Cielo, no puedes echarte la culpa. Fue él quien hizo mal al no ser sincero contigo desde el principio.

Sonrió con tristeza con la mirada perdida. —Nunca me dijo que me amaba, ¿sabes? Durante nuestro compromiso esperé que me lo dijera. Todas las noches cuando hablábamos por teléfono mientras yo lo arreglaba todo aquí en Nueva York, esperé que me lo dijera, pero esas palabras nunca salieron de su boca. Y ahora no me lo dirá nunca.

—Lo siento, lo siento muchísimo. Pero tú sí le amaste y eso es lo que importa ahora. —Asintió y miró hacia su escritorio. —¿Qué es eso?

—Me lo ha dejado el abogado. Al parecer me ha legado varios objetos…

Isel asintió. —¿Y el pen?

—No lo sé. —Apartó la mirada. —Ni me importa, la verdad.

—Vamos, necesitas irte a casa. Allí te daré un sedante y podrás descansar —dijo Isel preocupada.

Karen pensando en irse a casa se echó a llorar de nuevo angustiada. —Dios mío…

Su amiga la abrazó con fuerza. —Desahógate cielo, tienes todo el derecho del mundo a llorar.

Tumbada en la cama escuchaba a su madre susurrar que estaba dormida. Una lágrima cayó por su mejilla diciéndose que debía levantarse, pero no tenía energías para nada y mucho menos para ir a trabajar. Hacía tres días que no iba por la oficina, pero es que después de lo sucedido no le encontraba el sentido a nada.

—¡Tengo que hablar con ella!

La puerta de su habitación se abrió de golpe y miró a Isel que se acercó a la cama y por su cara parecía que iba a echarle la bronca. —¡Ya está bien! ¡Levanta!

—¿Pero qué te pasa?

—¡Vas a tomar el control de tu vida porque como sigas así, vas a enviarlo todo a la mierda! ¡Levanta!

Se volvió dándole la espalda. —Quiero dormir.

—¡Y una leche! ¡Llevas durmiendo días! —Las mantas desaparecieron. —Joder, qué mal hueles. ¿Ni te has duchado? Levanta te digo o te tiro de los pelos hasta la ducha.

Bufó dándose la vuelta molesta. —¡Qué me dejes!

—Me cago en… —Isel se agachó y la agarró por su pelo negro. —¡A la ducha te digo!

—¡Ay, mamá!

Su madre se cruzó de brazos. —No me pidas ayuda que tiene razón.

—¡Vale!

Isel entrecerró los ojos. —¡Mueve el culo o te lo pateo hacia allí! ¡Y no te vistas con pijama! —Soltó su cabello y salió de la habitación. —¡Tienes cosas que solucionar, así que deprisita o vuelvo! ¡Estás advertida!

—¡Serás bruja! —Se sentó en la cama rabiosa. —¡Tú no has perdido al amor de tu vida!

Isel se volvió sonriendo maliciosa. —Y tú tampoco, guapa.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Estás loca?

—Dúchate mientras desayuno. No te lo digo más.

—Isel, ¿qué estás diciendo? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Me estás insinuando que no le quería, ¿verdad? Si le hubiera querido, hubiera dejado que se explicara.

Su amiga suspiró y se sentó sobre la cama. —No, cielo. Lo que te estoy diciendo es que estás perdiendo un tiempo precioso ya que tienes que regresar a Inglaterra para cargarte a ese cerdo porque está vivito y coleando.

Esas palabras tardaron en entrar en su cerebro y un rato más en comprenderlas, pero cuando lo hizo, mientras su madre jadeaba del horror, miró atónita los ojos castaños de su amiga. —¿Me estás vacilando? ¡No tiene gracia, Isel!

—Claro que no la tiene. —Le puso delante un papel y era un mail. —Me lo ha enviado un amigo del registro. —No hay certificado de defunción de Colton, guapa. ¡Te ha tomado el pelo!

—¡Será cerdo! —gritó su madre impresionada.

—¿Por qué has pedido esto? —preguntó sin aliento leyendo el mail atentamente.

—Después de todo lo que había pasado, decidí asegurarme. Sobre todo, porque un amigo de Londres con el que comenté la noticia por Skype me dijo que él no se había enterado. Entonces investigué en internet. No había noticias de su defunción ni de su accidente. Eso me mosqueó muchísimo viendo toda la gente que había en la boda. Así que envié el mail a mi colega del registro. Me ha llegado esta mañana.

No se lo podía creer. —¿Pero por qué? ¿Por qué iba a fingir su muerte conmigo?

—Eso es lo que vamos a averiguar. Lo que está claro es que quiere que pienses que la ha palmado. —Entrecerró los ojos. —Y tiene que haber una razón.

—¡Le mato! —gritó saltando de la cama.

Isel sonrió antes de mirar a su suegra que estaba atónita. —Parece que ha renovado las fuerzas.

—¡Si no le mata ella, me lo cargo yo! ¡Menudo disgusto más tonto! —Siguieron a Karen fuera de la habitación para verla en el salón mirando la enorme caja de embalaje que estaba sin tocar. Exasperada intentó levantar la tapa. —Espera hija, necesitaremos herramientas.

—Este capullo… —siseó metiendo las uñas bajo la tapa tirando, pero lo único que consiguió fue romperse dos uñas. Gruñó intentándolo de nuevo—. Mamá, llama al portero.

—Sí, hija —dijo al verla tan alterada.

—Jefa, tranquilízate.

—¡Qué me tranquilice! ¡He llorado lo que no está escrito por ese cerdo! —Mirándola desquiciada fue hasta los papeles que su abogado le había dejado. Furiosa abrió la carpeta. —Maldito psicópata. Este se va a cagar.

Divertida su amiga se sentó en el sofá viéndola leer los documentos a toda prisa. Frustrada los tiró sobre el sofá. —Aquí no pone nada raro. Mamá, ¿dónde está el portero? —Se apartó el cabello de la cara mirando de un lado a otro cuando vio la memoria externa. ¡El pendrive! —Lo levantó mostrándoselo y se volvió caminando hacia el despacho.

Isel se levantó suspirando y la siguió para ver que lo conectaba a su ordenador. —Estoy embarazada, ¿sabes? No me marees.

Concentrada en la pantalla movió el ratón sobre la almohadilla antes de pinchar. Frunció el ceño. —Es un video.

Su amiga silbó antes de rodear el escritorio. —Vamos allá. Veamos lo que Colton estaba tan interesado en que vieras como

para fingir su muerte.

—El muy…

Pinchó sobre el video y miró la pantalla. Ver la imagen de Colton le robó el aliento. Estaba guapísimo con su camisa blanca y con las mangas enrolladas hasta los codos. Él sonrió con tristeza a la cámara. —Hola, nena. No me ha quedado otro remedio que hacer esto, porque no me has dejado más opciones para poder explicarme. Seguramente no entiendes lo que quiero decir, pero si empiezas a especular, no, no me he suicidado.

—Será capullo —dijo Isel asombrada.

—Shusss… —Se adelantó para no perder palabra.

—Es cierto que cuando tu abuela regresó a Inglaterra y se reunió con nosotros fue ella la que quiso que nos casáramos como una especie de reparación a la familia. Y es cierto que yo tenía pensado casarme contigo y divorciarme en cuanto tuvieras un bebé. —Él apretó los labios. —Pero es que no te conocía, cielo. No sabía lo que iba a sentir al verte. No sabía que todo mi mundo se volvería del revés y que desearía ver esa sonrisa día a día el resto de mi vida. No sabía que al no tenerte no podría dejar de pensar en ti y que te amaría más que a nada. —Los ojos de Karen se llenaron de lágrimas. —No sabía que echaría de menos todo de ti. Ni sabía cómo eras y no te mentí, cielo. Cuando te vi en la puerta de mi casa en Londres me di cuenta de que éramos uno. —Hizo una mueca. —Tuve miedo, lo admito. Miedo a que el trato al que había llegado con tu abuela, se volviera contra mí. A que al descubrir la razón por la que Karenina se fue del país, te sintieras recelosa sobre que ocultábamos un escándalo y que te estaba utilizando. Me daba la sensación de que caminábamos sobre un campo de minas y debo reconocer que me confié en el último momento, porque me sentía inmensamente feliz de casarme contigo y compartir tu vida. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —Pero cometí un error. Ser sincero con mi familia y decirles que te quería. Al parecer Mónica no lo aceptó con deportividad y decidió hacerte daño. Pero sé que si alguien te ha hecho daño he sido yo y jamás me perdonaré por ello. —Suspiró

mirando a la cámara. —Lo siento, cielo. Te juro que lo siento muchísimo y he repasado las situaciones mil veces diciéndome que en ese momento o en el otro no tenía que haber hecho lo que hice, pero ya no puedo cambiarlo. Y seguramente esto también es un error, pero estaba desesperado, ¿sabes? Durante este tiempo he pensado mucho en la vida de Karenina y el Duque. En cómo se distanciaron por el dolor que le ocasionaron a ella. Me preguntaba qué sintió Karenina cuando falleció su padre. En si se había arrepentido alguna vez de haber sido tan dura con él cuándo a su marido le perdonó. Entonces eso me dio esperanzas porque si Karenina consiguió perdonar a Martin después de lo que ocurrió, puede que tú me perdonaras a mí. Pero no querías escucharme. —Apretó los labios. —No me ha quedado otro remedio que hacer esto para que me escucharas al menos, mi vida. ¿Qué se le niega a un muerto?

—Será listo el cabrito —susurró su amiga.

Colton tomó aire mirando muy serio a la cámara. —Puede que esto no me lo perdones jamás, pues si todavía te importo ha tenido que ser un disgusto horrible enterarte de mi muerte. Pero nunca dudes que te amo más que a nada, cielo. Es mi último cartucho para intentar arreglarlo y puede que me explote en las manos, pero te amo Karenina. Te he amado desde el primer momento en que entraste en mi vida y jamás saldrás de mis pensamientos, de mi alma y de mi corazón. Nena, vuelve a casa si todavía me quieres. —Karen apretó los labios intentando contener las lágrimas mientras veía la desesperación en sus ojos. —¿Recuerdas en el hospital? Dijiste que éramos solo nosotros, ¿lo recuerdas, cielo? Pues te juro que todo lo que he hecho ha sido por nosotros, incluido esto. Te necesito demasiado. Por favor perdóname, mi Karenina. Y aunque no me perdones, te esperaré siempre.

La pantalla se quedó en negro y ambas se quedaron en silencio mientras Karenina no dejaba de llorar.

—¡Ya estoy aquí! —gritó su madre con un martillo y una cizalla en la mano—. ¿Qué pasa? ¿Se ha muerto de nuevo?

Levantó la vista hacia su madre y siseó —Más le vale que no hasta que le pille. —Se levantó y rodeó el escritorio acercándose a ella para coger las herramientas. Caminó hasta la caja y metió la cizalla para golpearla con el martillo con saña hasta que la tapa saltó. Su madre la ayudó a quitarla y miraron en el interior de la caja. Apretó los labios al ver el retrato de Karenina y Martin. Quitó parte del embalaje y se mordió el labio inferior para ver en el fondo de la caja sus anillos. El de casada y el de compromiso. También había un sobre blanco a su lado. Se agachó para coger el sobre y lentamente lo abrió sacando una tarjeta escrita de su puño y letra.

"Tanto si regresas como si no, estos objetos te pertenecen, mi amor. Son tuyos. Sé que es un golpe bajo enviártelos, pero si quieres gritarme que soy un cabrón, estoy más que dispuesto a escucharte."

—¿Cómo sabía que ibas a abrir la caja después de ver el video? —preguntó Isel asombrada.

—Por eso el abogado me lo dejó en el despacho. Pensaba que lo miraría allí antes de llegar a casa.

Su madre acarició el marco con cariño. —Míralos, hija… Se amaban tanto…

Miró el cuadro y al ver los ojos de Karenina se le hizo un nudo en el estómago. Si ella le había perdonado, si había olvidado el dolor para ser feliz…

Caminó saliendo del salón e Isel preguntó atónita —¿Y ahora a dónde vas?

—¡A Inglaterra!

Su amiga sonrió mirando a su suegra antes de chocarse las manos. —Ese toque final ha sido perfecto. La ha rematado.

—Gracias, nuera. He decidido ayudar un poco al chico. Realmente tiene que estar desesperado, ¿no crees?

—Más le vale o lo capa. Es su última oportunidad.

En ese momento escucharon el llanto de Martin y Karenina corrió. —Ya voy, cielo.

—¡Mamá, prepárame al niño que tengo vuelo en tres horas!

Isel miró el cuadro mirando a Martin. —Este no sabe lo que se le viene encima. Prepárate Duque, que Karenina está de vuelta y con refuerzos.

Capítulo 12

Acarició el cabello negro de su hijo antes de darle un beso en la frente distraída viendo como el taxi se detenía ante la casa del Duque. —Vamos allá.

Pagó al taxista y bajó del taxi para ver la fachada de la casa. Maliciosa sonrió. —Aquí vive papá. Se va a enterar de lo que vale un peine. —Caminó hasta la entrada principal y llamó al timbre. El mayordomo abrió la puerta y ella le miró compungida. —Hola, ¿se acuerda de mí?

El hombre abrió los ojos como platos antes de mirar a su hijo. —Señora…

—Señorita. ¿Están mis exsuegros en casa? —Entró en el hall y Martin chilló estirando los brazos hacia el mayordomo que no salía de su asombro mirando al niño.

—Sí, el Duque está en el despacho y la Duquesa en el jardín.

—Estupendo. Vengo a darles el pésame.

—¿El pésame? —preguntó confundido.

—¡Karenina! —El Duque apareció en el hall y miró asombrado al niño. —Dios mío.

—Lo siento muchísimo… He venido en cuanto he podido.

—¡Creo que te has retrasado un poco! —dijo exaltado mirando a Martin que frunció el ceño observando a su abuelo con sus preciosos ojos azules—. ¿Cuánto tiempo tiene? ¿Año y medio?

—¿Martin? Dieciséis meses. ¿A que está guapo? —Sonrió con tristeza. —Es una pena que Colton no lo hubiera conocido.

—¡Igual si se lo hubieras dicho, hubiera podido conocerle!

—Cierto, estaba tan dolida… —Suspiró exageradamente. —Pero bueno, tú no te preocupes que tienes heredero.

El Duque no salía de su asombro. —¿Perdón?

—Claro. Es hijo de Colton. Aunque él haya fallecido, Martin puede sustituirle, ¿no? Es el heredero del heredero. ¿O eso no va así? Es que en América no tenemos Duques y me pierdo un poco.

—¿De dónde has sacado que Colton ha fallecido? —preguntó asombrado.

Le miró aparentando confusión. —De su abogado. —Extendió los brazos tendiéndole al niño. —Sujeta.

El Duque cogió al niño y se miraron a los ojos. Martin sonrió antes de agarrar su nariz. Karen sacó los papeles y se los mostró. —Cariño, no le retuerzas las narices a tu abuelo. —Que ya lo hago yo, pensó cogiendo al niño para darle los papeles.

—No pasa nada —dijo su suegro sonriendo a Martin.

Frunció el ceño al coger los papeles y Karenina no esperó yendo hacia el salón para sentar a Martin sobre la alfombra. Abrió su enorme bolso y puso un par de juguetes en el suelo. —Listo.

Se incorporó para ver a Milton mirando los papeles atónito. —¿Ves? Te aseguro que he venido enseguida.

—¿Pero qué diablos es esto?

Le miró sin comprender quitándose el abrigo negro que llevaba para mostrar un vestido del mismo color y aparentó confusión. —¿El testamento está mal?

—Es que no debería haber ninguno. ¡Colton está vivo!

Le miró asombrada girándose. —¿Qué has dicho?

—¡Qué mi hijo está vivo! ¡Esto tiene que ser una broma de mal gusto!

Karenina se llevó la mano al pecho y puso los ojos en blanco antes de caer desplomada sobre la alfombra. —¡Joder…!¡Traiga un paño frío para mi nuera! ¡Y llame a mi mujer!

—Enseguida, Excelencia.

Su hijo caminó a gatas hasta ella y le cogió de la mejilla tirando de su moflete con saña. Igualito que su padre.

—Espera cielo, que mamá esta dormidita.

—Mumir.

—Eso, mamá está durmiendo. —Para su asombro escuchó como se sentaba en el sofá con su nieto y se echaba a reír. —Eres de la familia, eso no hay duda. Un futuro Duque de los pies a la cabeza.

Karen gruñó por dentro viendo lo que le importaba que estuviera espatarrada en medio de su salón. Increíble.

Abrió un ojo para verle totalmente fascinado con el niño que estaba sentado a horcajadas sobre sus rodillas mientras le cogía de la corbata. —¿Te gusta? Te compraré una para ti.

—Mía.

Se echó a reír de nuevo. —No, ésta no te vale. Te llevaré a mi sastre y te hará una como ésta, ¿de acuerdo?

—Milton, ¿qué ocurre? —Karen cerró el ojo y escuchó jadear a la Duquesa que se acercó a ella a toda prisa. —¿Qué le ha pasado? ¿Está enferma?

—¡Se ha desmayado! —dijo indignado—. ¡Pero es lógico ya que pensaba que Colton estaba muerto! —La Duquesa gimió lo que le indicó que estaba metida en el ajo. —¡Esther!

—Era para que se diera cuenta de lo que es importante.

—¡Esto es importante!

—¿De quién es ese…? —Su suegra chilló —¿Es nuestro?

Hala, ya se lo habían apropiado. No maja, Martin era suyo. Antes de que todo se fuera de madre y se agenciaran al niño, gimió moviendo la cabeza y abriendo los ojos. Esther sonrió arrodillada a su lado. —Te has desmayado. ¿Te encuentras mejor?

—¿Está vivo? —susurró como una moribunda.

—Sí, cielo. Está vivo.

Se sentó de golpe. —¡Martin!

—Está aquí. —Miró a su suegro que sonrió, pero perdió la sonrisa poco a poco al ver que se ponía furiosa. —¿Te encuentras mejor?

El mayordomo llegó corriendo con un paño en la mano. —Ya está aquí el…Vaya.

—¡A buenas horas! —Se levantó furiosa y cogió a Martin en brazos. —Puñeteros manipuladores. Yo me largo.

—¡No! —gritaron todos a la vez—. No puedes irte. Seguro que ha sido un malentendido, ya verás.

—¿Malentendido? ¡Vino su abogado a mi oficina para darme su testamento diciendo que había muerto en un accidente de coche! —Señaló a su suegra. —Seguro que estás metida en esto.

La Duquesa se sonrojó antes de mirar al niño y sonreír como una boba. Karenina puso los ojos en blanco. —¡No estáis bien de la cabeza! Me largo.

—No. —El Duque se interpuso en su camino. —Vamos a aclarar lo sucedido. Esther llama a Colton a la oficina. Que venga de inmediato. Y ni se te ocurra decirle la razón.

—Milord está aparcando. Por eso me he retrasado. Había un problema con la valla de entrada.

El Duque le miró fijamente. —¿Le has dicho que está aquí?

—No, Excelencia. Tengo tanto interés como usted en ver su cara cuando se encuentre a su viuda.

Karen reprimió la sonrisa y disimulando abrazó al niño. —¡No quiero verle!

—Lo entiendo querida, pero tú también le has ocultado cosas, ¿no crees? —dijo su suegra con pitorreo—. Ay, mi niño que guapo es. Se va a morir cuando le vea.

—Eso espero —siseó sentándose en el sofá.

Su suegro chasqueó la lengua. —Todo esto es muy poco ortodoxo y sorprendente.

—¿No me diga?

Escucharon pasos en el hall y Karen entrecerró los ojos. Colton entró distraído mirando su móvil. —Hola fami… —Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. —Karenina.

Disimulando el vuelco que le dio al corazón siseó —Te veo muy bien, Colton. Al parecer has regresado de entre los muertos con muy buen aspecto.

El Duque carraspeó. —Hijo, eso no se hace.

—Está aquí, ¿no? —Dio un paso hacia ella. —Nena, cómo me alegro de que hayas venido. Ni te imaginas cuánto.

—Sí que me lo imagino.

—Pa…—Colton miró al niño deteniéndose en seco y éste extendió sus bracitos. —Pa…

—Sí, hijo. Es papá. Al menos está vivo para que le conozcas.

—¿Cómo que mi hijo? —preguntó exaltándose antes de mirar a sus padres que se encogieron de hombros. Colton la fulminó con la mirada—. ¿Me has ocultado que tenía un hijo?

Levantó la barbilla. —Es parte de la familia. Simular muertes, ocultar hijos. Está claro que lo llevo en el ADN.

—¡Karenina!

—¡No quería que le utilizaras! ¡Y al parecer tenía razón! ¿Cómo se te ocurre simular tu muerte, idiota? Cuando me lo ha dicho tu padre…

—¿Cómo que mi padre? ¡Te envié un video!

—¿Un qué?

—¡Y una carta!

—No.

—¿Cómo que no?

Negó con la cabeza. —A mí no me llegó nada. Tu abogado me dio la noticia y me dijo que me iban a llegar unas cosas a mi casa. —Le señaló los papeles. —Y no me llegaron.

—Hijo, el anillo de la abuela. ¡Ya te dije que eso no era buena idea! ¡Era muy valioso!

—¡Madre ahora no! —Dio un paso hacia Karen. —Nena, te juro que te lo explicaba todo.

—¡Cómo se puede explicar que uno simula su muerte! ¡Eso es de tarados mentales! —Entrecerró los ojos. —¡O de manipuladores sin sentimientos! ¡Llevo días pensando que estabas muerto!

La miró arrepentido y se agachó ante ella. —Lo hice por nuestro bien. —Se la comió con los ojos. —Nena, estás preciosa.

Simulando las ganas que tenía de tirársele al cuello y cubrirle de besos, Karenina levantó la barbilla. —Por nuestro bien. Bueno, me da igual. De todas maneras yo venía a otra cosa.

—Sí, hijo. Ha traído al heredero —dijo el Duque muy serio.

Colton entrecerró los ojos. —¿Cómo?

—Claro, ¿para qué pensabas que había venido? ¡Creía que la habías espichado! Martin es tu heredero, así que venía a cobrar.

Colton se quedó de piedra y se incorporó lentamente. —A cobrar mi herencia.

—Por supuesto. El merecía todo lo tuyo. Es tu hijo.

—La madre que me…

—¡Hijo!

—¿La estás escuchando, madre? ¡La que me acusaba de querer su herencia!

—Esto es distinto. A Martin le correspondía.

—¡Karenina!

—¿Qué? ¡Vas a gastarme el nombre!

Asombrado miró al niño que sonrió. —¡Pa!

—Qué listo —dijo Esther con orgullo—. Ha salido a ti, Milton.

—Eso ya lo veo.

Colton gruñó mirando al niño antes de mirarla a ella. —Tiene tus ojos.

—Sí, es lo único que tiene mío. En todo lo demás se parece a ti.

—¡Donu!

—Tiene hambre —les informó—. Quiere un donut.

—Oh, cielo, ¿tenemos donut en casa? —preguntó el Duque preocupado.

—No lo sé.

—¡Methven! ¡Un donut para mi nieto!

Karen puso los ojos en blanco. —Le vale con cualquier cosa.

—Ah, no. Si quiere donut, tendrá donut. ¡Methven!

—Enseguida lo traen, Excelencia —dijo el mayordomo sonriendo —. Donut para el futuro Duque. Por supuesto.

Los Duques sonrieron encantados antes de hacerse un incómodo silencio en la habitación. Karen carraspeó acariciando el cabello negro de su hijo y miró de reojo a Colton que parecía que no sabía qué decir.

—Puedes cogerlo si quieres.

Colton la miró a los ojos furioso. —Esto… Debería…

¡Lo que le faltaba! —¿Estás enfadado?

—¿Tú qué crees?

—¡Yo sí que debería estar furiosa! ¡Has simulado tu muerte!

—¡Porque ya no sabía qué hacer para que regresaras!

—¡Está claro que tu buen nombre te importa mucho más que yo, porque no insististe demasiado!

—¡Perdona que quiera proteger a mi familia! ¡Esta es la única solución que se me ocurrió para recuperarte! ¡Y ahora me apareces con un niño que no sabía que tenía para llevarte la herencia que se supone que le corresponde!

—Oh, pobrecito. Cariño, ¿estás dolido? ¡Espera, que simulo mi muerte para que te sientas mejor!

—¡Y dale!

El Duque carraspeó. —Chicos…

Karen se levantó dándole el niño al Duque. —¿Sabes cómo me sentí al enterarme de tu muerte?

—¡Pues no tengo ni idea porque como no sabía si te importaba un pito…!

Los Duques sonrieron mirando al niño y salieron lentamente del salón mientras Methven cerraba la puerta.

Jadeó. —¡Tendrás cara! ¡Yo siempre te he demostrado que me importabas!

—Claro, era tan importante para ti que has tardado dos años en regresar. ¡Yo al menos demostré que me importabas en cada maldito mail que estoy seguro que ni abriste! ¡Ahí te demostré lo que te quería!

—¿Que me querías? ¿Cuándo me has querido tú? ¡Cuando amas a alguien no simulas tu muerte! —le gritó a la cara—. ¡Eres un insensible de mierda!

—¿Insensible yo? ¡Si me has ocultado que soy padre! ¿Puede haber algo peor que eso?

Se retaron con la mirada antes de tirarse el uno al otro reclamando sus labios. Ambos gimieron de necesidad cuando sus

lenguas se rozaron y Colton la cogió por la cintura pegándola a él con pasión para saborearla como si fuera el manjar más exquisito del mundo. Karen abrazó su cuello pegando su cadera a la suya y al sentir su excitación, la sangre corrió por sus venas de manera alocada mareándola de placer.

Él la agarró por la cintura sin dejar de reclamar su boca y la sentó sobre el respaldo del sofá metiendo una mano entre sus piernas para acariciarla por encima de sus braguitas. Karen gritó separando su boca y cerró los ojos cuando apartando la braguita a un lado la acarició íntimamente de arriba abajo estremeciéndola de placer. Colton besó su cuello. —Preciosa, cómo te he echado de menos. —Se agachó sorprendiéndola y Karen gritó de placer cuando su lengua hizo el recorrido de su dedo, antes de besar con pasión sus húmedos pliegues para llegar a su clítoris y lo torturó haciéndola estallar en el orgasmo más intenso de su vida. Colton se levantó sujetándola por la cintura y la pegó a sus caderas. Sentir su endurecido miembro entrar en ella la abrasó de placer y queriendo más se aferró a su cuello. Colton la agarró por la melena inclinando su cabeza hacia atrás y mirándola con pasión susurró —Dímelo, nena. Dime que me amas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque durante esos dos años sin él no había estado viva. Estaba viva en ese momento a su lado. Era suya y lo sería para siempre. —Te amo.

Él gruñó entrando en ella hasta el fondo de su ser y ambos gritaron por el placer que les traspasó. Colton perdió el control y entró en ella una y otra vez de manera contundente, haciendo que cada célula de su ser gritara por liberarse hasta que con un fuerte movimiento de cadera sus cuerpos estallaron en un placer infinito.

Los besos de su marido la despertaron horas después. Tumbados en el sofá se abrazaron y Karen abrió los ojos sonriendo. —¿Qué pensará el servicio? Que estamos algo locos seguramente.

—No, pensará que nos queremos y que teníamos algo de prisa. —Colton besó su labio inferior. —Joder, nena... No me puedo creer que estés aquí. En estos días había perdido la esperanza.

—Y yo.

Se miraron a los ojos y Colton asintió. —Siento haberte hecho pensar que estaba muerto. Y todo lo demás también.

—Lo hiciste porque era lo mejor para nosotros, lo sé. Pero te equivocaste. No pasa nada. Te perdono. Soy magnánima.

Colton sonrió. —Magnánima, ¿eh? Me aseguraré de no cabrearte de nuevo. Nena, lo del niño… —Karen se sonrojó. —Si me lo hubieras dicho…

—Temía que lo aprovecharas. ¡Y me fastidiaba que ganaras! —Le miró preocupada. —¿Me perdonas?

—Es precioso. Tan hermoso como su madre.

—Es igualito a ti. Siempre consigue lo que quiere de una manera u otra.

Colton se echó a reír. —Pues habrá que controlarle.

—Más te vale. No quiero un Duquecito caprichoso. ¿Estará bien con tus padres?

—Tranquila. Saben lo que hacen. —Acarició su mejilla. —Mi Karenina… No vuelvas a dejarme.

—Lo intentaré. —Él frunció el ceño. —¿Respuesta equivocada? Vale, no te dejaré. Si te portas bien.

Colton se echó a reír antes de besarla en el cuello haciéndola reír a ella. Dos golpecitos en la puerta hicieron que Colton levantara la cabeza y gruñó —¿Quién es?

—Milord, ¿puede atenderme un minuto? Siento interrumpir, pero es importante.

—¿Es Martin?

—Espera, nena. —Colton se levantó como Dios le trajo al mundo y fue hasta la puerta abriendo una rendija. Hablaron en susurros mientras Karen se sentaba en el sofá y se cubría con el vestido. Al ver la cara de Colton entrecerró los ojos y más cuando la miró de reojo. Uy, uy. Se agachó para coger sus braguitas haciendo una

mueca al ver que estaban rotas porque en la segunda sesión de sexo se había puesto aún más apasionado y las descartó cogiendo el sujetador. Se lo puso a toda prisa y estaba cerrando la puerta cuando se estaba bajando el vestido. —Nena…

—¿Qué ha pasado? ¿Martin tiene fiebre? La tuvo la semana pasada. Mierda, se me ha olvidado su jarabe en casa. Pero habrá una farmacia por aquí que esté abierta, ¿no?

—No tiene fiebre. Está muy bien.

Suspiró del alivio y se agachó para recoger los zapatos. —¿Entonces qué ocurre? Porque has puesto una cara…

Él forzó una sonrisa. —¿Recuerdas cuando todo iba tan bien entre nosotros, pero mi familia metió la pata?

—¿Cuándo me dio la pedrada esa prima tuya que quería casarse contigo después de nuestro divorcio y que yo me enterara de que me ocultaste algo así durante todo nuestro compromiso?

Colton hizo una mueca. —Precisamente ahí. Yo te quería, nena.

Sonrió como una tonta. —Sí, me lo dijiste en el video.

La miró asombrado. —Me dijiste…

—Era para fastidiar. ¿Qué pasa ahora, Colton? ¡Suéltalo de una vez!

Gruñó antes de pasarse la mano por su cabello negro. Dios, estaba tan guapo que se lo comería. Distraída con sus duros pectorales ni se dio cuenta de que carraspeaba. —Cielo…

Miró sus ojos mientras se acercaba a ella. —¿Si, amor?

—Mis padres han secuestrado al niño.

Dejó caer la mandíbula del asombro antes de pensarlo mejor y echarse a reír. —Esto es una broma. —Se echó a reír aun más mientras él forzaba una sonrisa. —¿Crees que voy a picar después de fingir tu muerte? Casi caigo, pero no.

—Nena… no es broma. Se fueron hace dos horas.

Karenina perdió la sonrisa de golpe. —Colton, no tiene gracia.

—Lo sé. Pero seguramente lo han hecho para que pasemos tiempo juntos o vete tú a saber.

—¡Colton!

—Yo estaba contigo.

Le señaló con el dedo. —¡Llama a tu padre ya! ¡Qué me devuelvan a mi hijo!

—Es nuestro hijo, nena.

—¡Es tuyo desde hace dos horas! —Colton apretó los labios y ella le miró arrepentida. —Lo siento.

Él la abrazó. —No debes preocuparte. Seguro que está muy bien.

—No puede dormir sin su osito, Colton. Se va a poner como loco cuando se dé cuenta de que no lo tiene.

—Llamaré a mi padre, ¿de acuerdo? E iremos a buscarle para que te quedes tranquila. —Colton la besó en la frente y se apartó para vestirse a toda prisa. Ella se apretó las manos nerviosa. Cogió el móvil de la alfombra y se sentó en el sofá marcando. —Ya verás como todo va perfectamente.

Karen se mordió el labio inferior viendo como su suegro no contestaba al móvil y le miró angustiada. —¿No lo coge?

Colton juró por lo bajo y volvió a llamar. —¡Methven!

Su mayordomo entró en el salón. —¿Si, milord?

—¿Qué te dijeron exactamente?

—Diles que secuestramos a nuestro nieto. Tendrán noticias nuestras.

Karen lo miró asombrada. —¡Están chiflados!

Colton hizo una mueca volviendo a llamar. —Estará bien. Han criado a sus hijos y hemos salido todos… —Le miró incrédula. —Casi perfectos.

—No les conoce. Siempre le acuesto yo —dijo angustiada.

—Nena, no te preocupes —dijo Colton cada vez más alterado jurando por lo bajo cuando no se lo cogieron de nuevo. Después de la cuarta llamada se dio por vencido y con los codos sobre las rodillas miró al frente pensativo—. Vamos a Lapworth House. Solo han podido irse allí.

—¿Estás seguro?

—No, cielo. Pero es lo único que se me ocurre.

—Pues vamos —dijo inquieta cogiendo su enorme bolso donde llevaba todo lo que pudiera necesitar para Martin.

—Nena…

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Nunca hemos pasado la noche separados.

Colton se levantó y la abrazó con fuerza. —Dime que no me vas a dejar por esto. Por favor, nena.

Le miró sorprendida. —¿Por tener unos padres chiflados? Ahora entiendo muchas cosas de como eres así, pero no. No te voy a dejar. ¡Te quiero, pero quiero a nuestro niño de vuelta ya! ¡Así que mueve el culo!

Colton reprimió la risa y la cogió por la cintura para salir del salón cuando le sonó el móvil.

Él lo sacó del pantalón a toda prisa y suspiró del alivio al ver que era su madre. —¿Dónde estás? —preguntó furioso. Karen se acercó impaciente intentando escuchar algo—. ¡Madre, esto no tiene gracia! —Se pasó una mano nervioso por su pelo negro.

—¿Qué dice? —preguntó exaltada antes de arrebatarle el móvil —. ¡Escúchame bien bruja manipuladora, devuélveme a mi hijo ya!

—Ahora escúchame tú… —dijo partiéndose de la risa dejándola de piedra—. O sigues mis instrucciones o vas a tardar en ver al niño.

—¡Estás loca! ¡Llamaré a la policía!

—No, no lo harás porque soy su abuela y está muy bien cuidado. Tú te encargarás de que el apellido que va a heredar no sufra un escándalo. ¿Recuerdas? Lo dijiste el día de tu boda. Yo lo recuerdo muy bien. —Asombrada miró a Colton. —Así que sé buena, súbete al coche y vete a la finca. Allí te esperará el pastor Klein que nos hará el favor de casaros.

—¡Decidido, necesitas un psiquiatra! ¡Toda esta familia está de atar!

—Ah, y ponte los anillos. He llamado a nuestro abogado y está seguro de que los recibiste. ¿Quién es la manipuladora, nuera? Bienvenida a la familia. Encajarás perfectamente —dijo antes de colgar.

—¡Me ha colgado! —Colton levantó una ceja y ella le miró furiosa. —¿No vas a decir nada?

—No.

—¡Colton!

—Nena, si digo que nos casemos, dirás que te he obligado a esto. Así que la decisión está en tus manos.

Entrecerró los ojos y gruñó. —¿Quieres casarte conmigo?

Colton sonrió cogiéndola por la cintura para pegarla a él. —Más que nada, preciosa. Lo deseo más que nada porque te quiero más que a mi vida.

Karen sonrió. —Te quiero.

—Lo sé, porque si no ya estarías llamando a la policía. —La besó suavemente en los labios. —Todavía no me creo que estés aquí.

—Y lo estaré siempre, mi amor.

—¿Crees que seré un buen padre?

—Tranquilo, yo te controlo.

Colton se echó a reír abrazándola. —Eso espero, mi Karenina.

Epílogo

Abrió los ojos como platos al ver el pony de pelo blanco ante la escalinata de Lapworth House. —Smithson, ¿qué es eso?

—Un pony, milady. Los usan los niños para aprender a montar a caballo.

—Muy gracioso. —Puso la mano en la cadera inexistente por su enorme vientre de ocho meses. —¿Y por qué está aquí?

—Su amado esposo, ese al que quiere con locura y que la adora por encima de todo, se lo ha comprado al niño.

Entrecerró los ojos levantando la mano para detenerle. —¡Ni hablar! ¡Es demasiado pequeño todavía!

En ese momento pasó Colton montado a caballo con Martin ante él gritando —¡Más deprisa, papá!

La risa de Isel en la puerta de entrada hizo que mirara hacia allí para verla con su hija en brazos. —Ríndete. Es casi imposible luchar contra los dos.

Dejó caer los hombros acariciándose el vientre. —Ya no tengo energías y solo llevamos dos años de casados. Dentro de un año hará conmigo lo que quiera.

Isel le guiñó un ojo. —Como si a ti te importara.

Sonrió maliciosa. —Me fastidiaría perder nuestras pequeñas discusiones. Las reconciliaciones son lo mejor.

Colton se acercó a ella y Karen se volvió mirándole como si estuviera enfadada. —Lo sé, nena.

—Pues si lo sabes, ¿por qué lo has hecho?

Le dio el niño a Smithson para que lo bajara y sonriendo descendió del enorme caballo. —Porque siempre haré lo que creo que es lo mejor para nosotros y Martin tiene que empezar a montar. Yo empecé incluso antes.

—¡Con el rollo ese de hacer lo mejor, siempre haces lo que te da la gana!

La cogió por la cintura pegándola a él mientras el mayordomo se llevaba al niño para darle la merienda. —¿Cómo están mis niñas?

—La mayor muy cabreada y Karenina un poco inquieta.

—A la mayor la compensaré esta noche —susurró con voz ronca acariciándole la espalda.

—¿De verdad?

Isel se echó a reír a carcajadas. —Amiga, te tiene en el bote.

Se volvieron hacia ella. —¿No tienes trabajo pendiente? ¿O un marido al que llamar? ¿Un misterio que resolver? —preguntó Colton exasperado.

—Pues ya que lo decís… —Ambos se tensaron mirándola. —No.

—Muy graciosa. Sí, muy graciosa.

—Aunque hay algo que siempre me ha rondado en la cabeza y que quería preguntarte, Colton.

Su marido se tensó. —Uy, uy, esta bruja va a fastidiarme otra vez —dijo por lo bajo asombrándola.

—¿Me ocultas algo? —preguntó indignada.

—No, cielo. Claro que no. Pero la veo venir.

—Pues entonces no tienes que preocuparte. —Miró a Isel que bajaba los escalones con una sonrisa maliciosa. —¡Suéltalo de una vez!

—Siempre me he preguntado cómo es posible que nuestra Karen lleve el mismo anillo que Karenina tiene en el cuadro con Martin si ella nunca regresó.

Karen dejó caer la mandíbula del asombro antes de mirarse la mano. —¿Cómo que el mismo anillo? Si es el de la abuela de mi suegra. —Ambas se volvieron hacia Colton cruzándose de brazos. —¿Cariño?

Colton se echó a reír. —Nunca vais a dejarlo, ¿verdad?

Las dos a la vez levantaron las cejas de manera interrogante.

—Podría decir que es una réplica para evitar más líos y os quedaríais a gusto, pero voy a decir la verdad para que te des

cuenta de que no hay secretos entre nosotros, mi amor.

—Vaya, gracias.

—Es que es su anillo, cielo.

Se quedó sin aliento. —¿Era el anillo de Karenina?

—Mi madre ha dicho que es de la abuela no de su abuela. El Duque se lo dio a su nieto cuando se iba a comprometer. Y cuando mi abuela falleció, me lo dio a mí. El anillo de la abuela.

—¿Y tu madre por qué no lo lleva? —preguntó Isel maliciosa.

—¡Porque aún lo llevaba mi abuela cuando se comprometió, cotilla!

—Bueno, asunto resuelto —dijo Karen sonriendo.

—No, resuelto no, porque cómo es que lo tenía el Duque. —Colton cogió de la cintura a su mujer para empezar a subir las escaleras. —¿Se lo dejó al escaparse? ¿Y por qué no lo tenía Martin? Eran los anillos de su esposa. Debería habérselos llevado cuando fue a los Estados Unidos a buscarla. —Isel entrecerró los ojos dándole vueltas. —¿Karenina quería dejar claro que aquel matrimonio se acababa cuando se largó y él no se los llevó para no recordarle todo lo que había sucedido? —Se volvió sorprendida para ver que no le hacían ni caso. —Eh, ¿no os consume la curiosidad?

—¡No! —respondieron a la vez.

Isel entrecerró los ojos. —Sí, vale más que lo dejemos que luego se lía todo. —Sonrió mirando la casa y a sus amigos entrando en ella y le dijo a su hija —¿Ves, cielito? Cuando se quiere de verdad se supera todo. El amor lo puede todo.

—Martin mío.

Isel levantó una ceja. Uy, uy… eso mejor se lo callaba.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo
17- Huir del amor (Serie oficina)
18- Insufrible amor
19- A tu lado puedo ser feliz
20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
21- No me amas como quiero (Serie época)
22- Amor por destino
23- Para siempre, mi amor.
24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
25- Mi mariposa (Fantasía)
26- Esa no soy yo
27- Confía en el amor
28- Te odiaré toda la vida
29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo
31- Dejaré de esconderme
32- La culpa es tuya
33- Mi torturador (Serie oficina)
34- Me faltabas tú
35- Negociemos (Serie oficina)
36- El heredero (Serie época)
37- Un amor que sorprende
38- La caza (Fantasía)
39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
40- No busco marido
41- Diseña mi amor
42- Tú eres mi estrella
43- No te dejaría escapar
44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
45- ¿Nunca? Jamás
46- Busca la felicidad
47- Cuéntame más (Serie Australia)
48- La joya del Yukón
49- Confía en mí (Serie época)
50- Mi matrioska
51- Nadie nos separará jamás
52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
53- Mi acosadora
54- La portavoz
55- Mi refugio
56- Todo por la familia
57- Te avergüenzas de mí
58- Te necesito en mi vida (Serie época)
59- ¿Qué haría sin ti?
60- Sólo mía
61- Madre de mentira
62- Entrega certificada
63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único
65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
67- Por una mentira
68- Vuelve
69- La Reina de mi corazón
70- No soy de nadie (Serie escocesa)
71- Estaré ahí
72- Dime que me perdonas
73- Me das la felicidad
74- Firma aquí
75- Vilox II (Fantasía)
76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
77- Una noticia estupenda.
78- Lucharé por los dos.
79- Lady Johanna. (Serie Época)
80- Podrías hacerlo mejor.
81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
82- Todo por ti.
83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
84- Sin mentiras
85- No más secretos (Serie fantasía)
86- El hombre perfecto
87- Mi sombra (Serie medieval)
88- Vuelves loco mi corazón
89- Me lo has dado todo
90- Por encima de todo
91- Lady Corianne (Serie época)
92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
93- Róbame el corazón
94- Lo sé, mi amor
95- Barreras del pasado
96- Cada día más
97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)
99- Protégeme (Serie oficina)
100- No puedo fiarme de ti.
101- Las pruebas del amor
102- Vilox III (Fantasía)
103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104- Retráctate (Serie Texas)
105- Por orgullo
106- Lady Emily (Serie época)
107- A sus órdenes
108- Un buen negocio (Serie oficina)
109- Mi alfa (Serie Fantasía)
110- Lecciones del amor (Serie Texas)
111- Yo lo quiero todo
112- La elegida (Fantasía medieval)
113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
114- Con solo una mirada (Serie época)
115- La aventura de mi vida
116- Tú eres mi sueño
117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
119- Sólo con estar a mi lado
120- Tienes que entenderlo
121- No puedo pedir más (Serie oficina)
122- Desterrada (Serie vikinga)
123- Tu corazón te lo dirá
124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
126- Dragón Dorado (Serie época)
127- No cambies por mí, amor
128- Ódiame mañana
129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.
133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
136- Por nuestro bien.

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. No cambiaría nunca
5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.